

26 DE JULIO

EL ASALTO QUE INCENDIÓ LAS NUBES

COMPILACIÓN
Frank Josué Solar Cabrales



FRANK JOSUÉ SOLAR CABRALES (Santiago de Cuba, 1981). Licenciado en Historia (2005) y Máster en Estudios Cubanos y del Caribe (2007) por la Universidad de Oriente; Doctor en Ciencias Históricas (Universidad de La Habana, 2016). Historiador de la Universidad de Oriente. Es Profesor Titular del Departamento de Historia y Patrimonio Universitario de la Universidad de Oriente. Miembro de la Cátedra de Estudios Históricos del Estado y el Derecho Leonardo Griñán Peralta, y presidente de la Cátedra Honorífica para el estudio del pensamiento y la obra de Fidel Castro en la Universidad de Oriente. Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y del Comité Provincial de la filial de la Unión de Historiadores de Cuba (UNHIC) en Santiago de Cuba. Investigador adjunto de la Oficina de Asuntos Históricos de la Presidencia de la República de Cuba. Vicepresidente del Consejo Científico de la Universidad de Oriente. Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Premio de Ensayo Histórico-Social «Juan Pérez de la Riva» (UNEAC, 2017). Premio Nacional de la Crítica Histórica «Ramiro Guerra» (UNHIC, 2021).

**26 DE JULIO:
EL ASALTO QUE INCENDIÓ LAS NUBES**

**Compilador
Frank Josué Solar Cabrales**

Derechos © 2023 Frank Josué Solar Cabrales
Derechos © 2023 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-923074-02-6

Primera edición 2023

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

América Latina: Ocean Sur • E-mail: info@oceansur.com

Cuba: Prensa Latina • E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu

EE.UU., Canadá y Europa: Seven Stories Press

- 140 Watts Street, New York, NY 10013, Estados Unidos • Tel: 1-212-226-8760
- E-mail: sevenstories@sevenstories.com

ocean
sur



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

ÍNDICE

Introducción	1
Fidel Castro Ruz	
Discurso pronunciado en el VIII aniversario del Moncada. Fragmentos	13
Discurso pronunciado en el X aniversario del asalto al Moncada. Fragmentos	15
Discurso pronunciado en el XIII aniversario del Moncada. Fragmentos	22
Discurso pronunciado en el XIV aniversario del Moncada. Fragmentos	27
Conferencia de prensa en Chile. Fragmentos	28
La estrategia del Moncada: entrevista con la televisión sueca	31
Raúl Castro Ruz	
Fragmentos de su diario en Isla de Pinos. Sábado 24 de julio de 1954	59
En el VIII aniversario del 26 de Julio	63
Haydée Santamaría Cuadrado	
«Recuerdos imborrables»	87
Antes de ver a Fidel...	92

Melba Hernández del Rey	
«¡Conserven la vida de cualquier manera!»	95
Los hombres más valientes que pueda haber	101
El último legado de Abel	111
Jesús Montané Oropesa	
El asalto a la posta tres el 26 de Julio	115
Pedro Miret	
Un grupo verdaderamente heroico	130
Ramiro Valdés Menéndez	
Discurso pronunciado el 16 de julio de 1977. Fragmentos	141
Léster Rodríguez Pérez	
El asalto	147
Andrés García Díaz	
El asalto al cuartel de Bayamo	152
José Ponce Díaz	
Recuerdos del ataque	160
Mario Lazo	
«Recuerdos del Moncada». Fragmentos	168
«26 de julio de 1953 hace 16 años». Fragmentos	169
Juan Almeida Bosque	
«Un lugar en el libro de la Historia»	173
<i>La historia me absolverá. Fragmentos</i>	178

INTRODUCCIÓN

Abundan en la historia de Cuba, en la larga estela de luchas de su pueblo por la libertad, ejemplos de hechos que parecen desafiar toda lógica, en los que la audacia, el coraje y la voluntad se rebelan contra los estrechos contornos impuestos por cálculos racionales de posibilidad. Es Céspedes, en sentido contrario a la sensatez que aconsejaba esperar por mejores condiciones, levantándose el 10 de octubre de 1868, sin más recursos que unas pocas armas y un manojo de hombres libres, frente a un imperio que aparentaba ser más poderoso solo porque se le había mirado de rodillas. Es Agramonte rescatando a Sanguily en una «carga de locura», al mando de 35 jinetes que lucharon como fieras contra una columna española de más de 120 efectivos; o apelando a la vergüenza de los cubanos como factor determinante para continuar el combate, cuando todo lo demás escaseaba. Es Maceo, prácticamente solo y sin medios materiales mínimos, alzando en Baraguá la dignidad de la Patria mancillada en el Zanjón y proclamando la decisión de pelear hasta las últimas consecuencias, en momentos donde todo parecía perdido y muchos, cansados, se rendían y dejaban caer la espada. Es Martí, sobreponiéndose a privaciones e incomprendiones, limitaciones físicas y de salud, adversidades, fracasos y obstáculos gigantescos, para persistir en el ciclópeo empeño de unir a todos los que deseaban la independencia y poner al país nuevamente en pie de guerra. Es Mella, venciendo a un

tirano despiadado y brutal contando solo con su cuerpo, tras una legendaria huelga de hambre de 18 días, en la que estuvo a punto de perder la vida.

En esa extensa constelación de proezas, brillan con luz propia y singular fuerza las acciones del 26 de julio de 1953. El asalto a la mayor fortaleza del país fuera de La Habana, por un grupo de jóvenes sin experiencia militar y pobremente armados, fue una verdadera quijotada que sorprendió a todos y marcó un punto de giro en la historia nacional y latinoamericana. ¿Quiénes eran aquellos combatientes desconocidos? ¿De dónde habían salido? ¿Quién los dirigía? ¿Qué los motivaba a arriesgar la vida? ¿Qué perseguían con su impulso heroico?

El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 había interrumpido el ritmo constitucional inaugurado en 1940, e instaurado una férrea dictadura militar. Entre la panoplia de reacciones contrarias, que fueron desde la pretensión de salir del régimen por vías electorales hasta las conspiraciones para producir una solución armada, la mayoría provino de los dos partidos más afectados por la asonada: el Partido Revolucionario Cubano (Auténticos), que se encontraba en el poder, y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), probable ganador de los próximos comicios. De las dirigencias de estas dos fuerzas, que habían sido las hegemónicas en el panorama político cubano de los últimos años, y que contaban con prestigio y prontuario de lucha, con abundantes recursos materiales e influencia en la opinión pública, se esperaba que surgiera una respuesta lo suficientemente enérgica y eficaz para provocar el derrocamiento de la tiranía. No estuvieron a la altura, sin embargo, de las nuevas circunstancias históricas, y quedaron, pasivas y timoratas, expuestas en su incapacidad de encabezar una rebelión que restaurara las libertades conculcadas.

La principal decepción ocurrió en la ortodoxia, depositaria de las esperanzas populares de un adecentamiento de la vida pública del país y del inicio de reformas que trajeran justicia a los sectores más preteridos de la sociedad cubana. Tras el golpe de Estado, su dirección se dividió en tres facciones fundamentales, igual de inoperantes. Una buscaba la inscripción oficial del partido para participar en las elecciones que convocara el dictador. Otra se negaba, con justicia, a acudir a una liza organizada bajo el régimen de fuerza, pero en su lugar, propugnaba un quietismo abstencionista que no pasaba de lo declarativo y conducía a la inacción más absoluta. La tercera se planteaba la lucha armada, pero en colaboración con los auténticos, lo que suponía romper con la línea de independencia política, establecida por Eduardo Chibás como uno de los principios rectores de los ortodoxos, y verse implicados en ajeteos conspirativos que se diluían una y otra vez, sin concretarse nunca. Esta última tendencia llegó a firmar en junio de 1953, en la ciudad canadiense de Montreal, un pacto insurreccional con el depuesto presidente Carlos Prío, a quien siempre la ortodoxia había acusado de corrupto y malversador. Concertar una alianza con el autenticismo significaba un anatema para el Partido Ortodoxo, una especie de traición o negación de su propia esencia. Mucho peor si se hacía para prometer levantamientos y sublevaciones que en ningún momento se convertían en realidad.

Mientras, las bases ortodoxas, desorientadas y confundidas, no encontraban un liderazgo que las condujera al combate frontal contra la dictadura, sin compromisos indignos con los ladrones de ayer. Esa corriente subterránea de descontento con la ejecutoria política de sus dirigentes, entre las filas de los seguidores de Chibás, fue galvanizada por el joven abogado Fidel Castro, cuadro político de nivel intermedio en la

ortodoxia, que iba a aspirar como representante por ese partido en las frustradas elecciones de 1952. A partir de los contactos personales forjados en sus actividades políticas, y de las redes construidas entre los partidarios de la lucha armada, fue nucleando y entrenando un grupo de combatientes, con el objetivo inicial de sumarse a la primera tentativa insurreccional que surgiera contra el batistato.

Fidel comprendió que el momento era revolucionario y no político, y que había que prepararse seriamente para el enfrentamiento armado. Trabajando con discreción pudo contar en poco tiempo con un contingente dispuesto al sacrificio por la libertad de Cuba, pero ninguna de las operaciones subversivas anunciadas por los jefes auténticos y ortodoxos conseguía cuajar. Frente a las promesas incumplidas, decide adelantar y llevar a cabo su propio plan, al margen de los grupos insurreccionales más conocidos. De los fracasos ajenos ha aprendido que deberá ser muy original y explorar caminos nuevos si desea coronar con éxito su proyecto de transformación profunda de la sociedad cubana. Hasta ese momento las vías para la toma del poder en la Cuba republicana habían transcurrido generalmente por la ocupación del Estado Mayor del Ejército en Columbia y el control de centros neurálgicos en la capital, con la acción combinada de pequeños grupos de civiles armados y conspiraciones militares. Si Fidel y sus compañeros buscan algo más allá de la simple sustitución de un hombre y de la restauración de la política tradicional anterior al 10 de Marzo, están obligados a ser pioneros y emprender sendas inexploradas. El fin que se proponen no admite cualquier medio. El cambio total que pretenden solo podrá alcanzarse a través de una insurrección popular armada y no de un *putsch* aislado y quirúrgico, de acuerdo con sectores castrenses.

La radicalidad del objetivo condiciona la estrategia escogida. Ellos no actuarán en nombre del pueblo, sustituyéndolo. Serán la chispa que inicie el incendio, el percutor que franquee el acceso del pueblo al poder, a tomarlo en sus propias manos. A esa gran «masa irredenta» no le iban a decir: «Te vamos a dar», sino: «¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sean tuyas la libertad y la felicidad!».

Se levantaban, así, no solo contra la dictadura y sus sostenedores, sino también contra moldes impuestos como verdades absolutas por el sentido común y ciertos esquemas teóricos revolucionarios, que acotaban las rebeldías en canales seguros, inofensivos y funcionales al sistema de dominación colonial regente en Cuba. Entre ellos, los que pontificaban sobre la imposibilidad de victoria de una rebelión popular armada contra el Ejército, y a 90 millas de Estados Unidos.

En esa lógica de ensayo y creación, apartado de la repetición de fórmulas gastadas, Fidel no reclutó a sus combatientes entre aquellos con fama de experiencia insurreccional, que alardeaban de ser fogueados veteranos en lances violentos. Tampoco lo hizo en la Universidad de La Habana, uno de los principales focos de oposición al régimen, donde confluían e intercambiaban sobre sus planes la mayoría de los movimientos conspirativos, pero en el que la disciplina y la discreción no eran los rasgos más característicos, y todavía mantenían un peso importante grupos de poder con los cuales el joven ortodoxo había sostenido relaciones difíciles durante su etapa estudiantil. Los buscó en las capas más humildes del pueblo y en la ortodoxia, sobre todo en su ala juvenil, la más radical del partido.

La concepción de la operación también era disruptiva con respecto al repertorio tradicional de acciones insurgentes en Cuba. Se tomaría, sin tener contactos previos con la guarnición,

la mayor fortaleza al este de la Isla, lejos de La Habana y sus centros represivos, aprovechando a favor de los asaltantes el factor sorpresa y la confusión inicial, para entregarle las armas al pueblo y convocarlo a un levantamiento insurreccional. Se pensaba entonces controlar la provincia oriental y establecer allí un poder alternativo, con la intención de seguir avanzando luego al resto del país, en la medida de lo posible. Parte de su fuerza radicaba justamente en que nadie esperaba que de ellos, un grupo de jóvenes desconocidos y sin historial de lucha, prácticamente desarmados, surgiera el primer golpe serio contra la dictadura. Las dos claves del éxito serían la ocupación del cuartel sin apenas presentar combate, apresando a sus soldados y oficiales mientras dormían, y el respaldo masivo que esperaban recibir de la población santiaguera.

Fue este último cálculo, avalado por la tradición de luchas y rebeldías de esta porción de la Isla, un factor determinante de que solo un residente de la ciudad de Santiago de Cuba, escenario principal de los acontecimientos planificados, participara de los aprestos conspirativos previos y de la fase inicial de la acción armada. No era necesario movilizar ni poner sobre aviso a las fuerzas revolucionarias de la urbe indómita, porque bastaría hacerles un llamado para que se levantaran al unísono sus hombres y mujeres, y nutrieran las filas del contingente libertario.

Por eso formaba parte primordial del plan, una vez en manos rebeldes la fortaleza del Moncada, la ocupación de la Cadena Oriental de Radio y la transmisión por sus ondas de himnos y documentos revolucionarios, entre ellos el último discurso de Chibás y el Manifiesto a la Nación, escrito por Raúl Gómez García, para convocar a los santiagueros a sumarse al estallido insurgente.

Aunque nunca llegó a concretarse este segmento de la operación, la conducta de los habitantes de la capital oriental en los momentos posteriores a su fracaso, proporcionó sobradas pruebas de cuán justificada había estado la confianza depositada en ellos por la dirección del movimiento revolucionario. No tuvieron la oportunidad de tomar las armas para formar parte del levantamiento. En cambio, se volcaron a la solidaridad con los asaltantes heridos y perseguidos, a la vez que condenaban los crímenes cometidos contra los prisioneros.

No fueron pocos los obstáculos que debieron sortear en los preparativos y ejecución del asalto. Sin depender de otro apoyo económico que no fuera el propio, el armamento, de escaso calibre y poder de fuego, tuvo que ser obtenido con el esfuerzo y sacrificio de los integrantes del movimiento, reuniendo centavo a centavo. Trasladar y alojar centenar y medio de efectivos con sus respectivas armas, de un extremo a otro del país, en el más absoluto secreto, para desarrollar una acción en una ciudad que muchos veían por primera vez, implicó colosales retos logísticos y organizativos. Solo la decisión de luchar y vencer, y una inmovible fe en la victoria, pudo suplir las carencias materiales que enfrentaron.

Cuando en el juicio a los sobrevivientes del asalto se presentó como elemento acusatorio un libro de Lenin encontrado en el apartamento de Abel Santamaría en 25 y O, en La Habana, Fidel respondió que sí leían a Lenin porque quien no lo hiciera era un ignorante, pero lo cierto es que no se limitaban a la lectura: los principales dirigentes del movimiento, Fidel, Abel y Jesús Montané, realizaban círculos de estudios de obras marxistas durante los meses previos a la acción. Si el marxismo estuvo presente en los análisis sociales y de situación de los líderes, la inspiración fundamental común a todos los asaltantes era

la figura de José Martí, su ideología radical y democrática. Así lo declaraban en el Manifiesto a la Nación que sería leído por radio en caso de éxito: «La Revolución declara que reconoce y se orienta en los ideales de Martí, contenidos en sus discursos, en las Bases del Partido Revolucionario Cubano, y en el Manifiesto de Montecristi; y hace suyos los Programas Revolucionarios de la Joven Cuba, ABC Radical y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos)».¹ Resalta entre los programas asumidos como propios el de la Joven Cuba, que se proponía como objetivo «que el Estado cubano se estructure conforme a los postulados del Socialismo»,² y planteaba una línea insurreccional para lograrlo.

En especial el alegato de autodefensa de Fidel, conocido como *La historia me absolverá*, distribuido clandestinamente de forma masiva en todo el país, fue el vehículo a través del cual no solo se denunciaron los crímenes de la tiranía contra los combatientes del 26 de julio de 1953, sino también se dieron a conocer la ideología que los animaba y los objetivos que perseguían. Se convirtió en el primer programa de la Revolución, además de por las medidas de beneficio popular que relacionaba, porque explicaba que ellas solo podrían realizarse mediante la conquista del poder por métodos revolucionarios y con la participación protagónica de las mayorías en esa lucha.

El documento contiene un brillante análisis marxista de la estructura de dominación de clases que existía en Cuba, y define como pueblo, en función de la lucha, a la masa trabajadora y humilde del país, que sufría bajo el yugo de la dictadura, pero

¹ «Manifiesto a la Nación». Disponible en <http://www.fidelcastro.cu/es/documentos/manifiesto-del-moncada>

² Fernando Martínez Heredia: «Guiteras y la revolución», en *Pensar en tiempo de revolución. Antología esencial*, CLACSO, Buenos Aires, 2018, p. 953.

que también padecía un sistema social de opresión y exclusión. De ese modo, se dirigía a las fuerzas populares que debían conformar el frente revolucionario, aquellas en las que se apoyaría y a cuyos intereses respondería un gobierno salido de la insurrección victoriosa, e identificaba en el campo enemigo, más allá de Batista y sus aparatos represivos, a las «manos extranjeras», los «poderosos intereses», los «poseedores de capital».

En *La historia me absolverá* se exponía nítidamente que el objetivo de la Revolución era cumplir la promesa de soberanía nacional y justicia social largamente postergada desde la manigua y la propuesta martiana, y otra vez traicionada en la Revolución del Treinta. Ello significaba que la lucha no se agotaba con el derrocamiento de una dictadura sino que implicaba el inicio de cambios económicos, políticos y sociales de profundo calado que transformarían las estructuras de dominación e injusticia de la sociedad cubana. Para los jóvenes moncadistas el ideal revolucionario se sintetizaba en la siguiente tríada ideológica: libertad política, independencia económica, justicia social; extendida en el imaginario político cubano a partir de las jornadas de lucha contra Machado y la primera dictadura de Batista. Aunque en el texto no se mencionara la palabra socialismo, en las condiciones concretas de la Cuba de 1953, un país subdesarrollado y dependiente, sojuzgado por el imperia- lismo, las medidas que proyectaba solo podrían ser cumplidas y llevadas hasta sus últimas consecuencias con una revolución socialista. Las exigencias de libertad, independencia, igualdad y justicia social eran ya incompatibles con los límites que imponía el capitalismo. Así lo explica el propio Fidel:

Para nosotros, ya aquella era una lucha por una revolución profunda, pero todavía en todo aquel período no estaba

planteada una revolución socialista. Ya se había publicado mi discurso de autodefensa en el Moncada. Cualquiera que lea en serio dicho material, y lo lea bien, ve que hay un programa, que ahí están todos los gérmenes de una revolución mucho más progresista, de una revolución socialista: hablo de utilizar los recursos en el desarrollo del país, de la ley urbana, de la propiedad de la vivienda, la reforma agraria, de las cooperativas; ya digo el máximo que se puede decir en tal período, el programa más ambicioso que se podía proclamar y que fue la base de todo lo que hizo la Revolución. Ya era el programa de un marxista-leninista, de alguien que comprendía bien la lucha de clases, que cuando habla de pueblo se refiere a los sectores humildes, los campesinos, los obreros, los desempleados; hay una concepción clasista planteada en *La historia me absolverá*, un programa que era el primer paso hacia el socialismo.³

El asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes marcó el inicio de la construcción del liderazgo revolucionario de Fidel y el surgimiento de una nueva vanguardia. Fidel y los moncadistas van a constituir, en lo adelante, una especie de nobleza revolucionaria dentro de la oposición insurreccional. Los rodeaba la aureola sagrada de ser los primeros que se atrevieron a desafiar al tirano con las armas en la mano. Más allá de la dosis de azar y buena fortuna que le permitió sobrevivir providencialmente en momentos de extremo peligro, fueron la voluntad, la determinación personal y la persistencia en irse por encima de obstáculos y dificultades las que permitie-

³ Katiuska Blanco Castiñeira: *Fidel Castro Ruz. Guerrillero del tiempo. Conversaciones con el líder histórico de la Revolución Cubana*, 1ra. parte, tomo 1, Casa Editora Abril, La Habana, 2011, p. 94.

ron a Fidel convertir el revés militar coyuntural en una victoria política de largo aliento.

Las revoluciones nunca son obra de la cordura. Los testimonios aquí compilados dan cuenta de una generación que destrozó todos los cálculos y dinamitó todas las lógicas de lo que parecía posible en la política al uso, y a golpe de entrega y valor fundó un nuevo tiempo en la lucha por la liberación de los seres humanos. En el espíritu de ese ejemplo, transgresor y rebelde, está su principal legado para los revolucionarios de hoy.

OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



FIDEL CASTRO RUZ

Discurso pronunciado en el VIII aniversario del Moncada. Fragmentos⁴

[...]

Hace ocho años, un día como hoy tuvo lugar aquel episodio que estamos conmemorando del ataque al cuartel Moncada. Aquel combate significó un revés para nosotros; no fue una victoria de las armas, pero fue una victoria de la moral y de la dignidad. El revés no importó. No fue solo un revés el que hubo de soportar la Revolución en su larga marcha. La Revolución libertadora había sufrido otros reveses en el siglo pasado. Había sufrido un gran revés al final de su lucha heroica por la independencia, con la intervención norteamericana. La Revolución venía sufriendo reveses, la liberación venía sufriendo reveses. Y aquel 26 de Julio fue una escaramuza más de la larga lucha que nuestra nación libraba por su liberación.

Pero los reveses no importaban. Aquel revés, que hizo creer a la camarilla militar y a sus amos imperialistas que había garantizado para siempre la permanencia de sus privilegios y de sus intereses, fue, sin embargo, el comienzo de aquella lucha. Ocho años no es mucho. Sin embargo, desde aquella chispa hasta hoy, al cumplirse ocho años, se ha hecho algo; el pueblo

⁴ Publicado en *Pensamiento Crítico*, julio de 1967.

conquistó el poder político, el pueblo destruyó la camarilla militar, el pueblo se libró de los monopolios imperialistas, el pueblo, con el poder en la mano, comenzó a resolver los problemas más urgentes e inmediatos, y ha creado las condiciones para nuevos pasos de avance y está dando esos pasos de avance.

Los reaccionarios, los contrarrevolucionarios y los imperialistas deben tener presente la historia de nuestra Revolución, deben tener presente la historia de los combatientes revolucionarios. Y vale la pena que recuerden que la Revolución empezó sin armas, que la Revolución empezó sin recursos, que la Revolución surgió de la nada, y que aquella Revolución se fue imponiendo a cada revés, y que aquella Revolución, es decir, aquella idea revolucionaria, aquel propósito revolucionario, fue desarrollándose, fue creciendo, fue conquistando el apoyo de las masas, y llegó a ser lo que es hoy.

Luego, el poder revolucionario no es producto de una imposición, el poder revolucionario no es producto de un golpe aventurero, el poder revolucionario no es producto de un cuartelazo; el poder revolucionario es producto de un largo proceso de lucha, el poder revolucionario es la culminación de un anhelo grande de todo nuestro pueblo, que comenzó a luchar desde el siglo pasado sin haber logrado alcanzar nunca verdaderamente ese poder revolucionario.

Y las últimas batallas de esta larga lucha la libró esta generación, las últimas batallas las libró esta generación, y comenzaron hace ocho años un 26 de Julio; y luchando, y sangreando, y peleando y sacrificándose llegó el pueblo al poder, después de pagar un altísimo precio de sus mejores hijos.

[...]

Discurso pronunciado en el X aniversario del asalto al Moncada. Fragmentos⁵

[...] ¿Qué importancia tiene esta fecha? Hace diez años nuestro país se encontraba en situación similar a muchos otros países hermanos de la América Latina. Al gobierno castrense de Batista lo habían sucedido en el poder los gobiernos corrompidos de Grau y de Prío. Nuevamente el 10 de marzo de 1952 Batista y su camarilla se apoderaron por la fuerza de los destinos de la Nación. El pueblo quedó ante una situación sin salida posible.

La República había ido atravesando de gobierno en gobierno cada vez peores, cada vez más corrompidos, cada vez más entreguistas a los imperialistas norteamericanos; para la nación no se vislumbraban perspectivas de progreso posibles, los males sociales se acentuaban, el desempleo crecía, crecía la incultura, crecía la pobreza. Mientras la población del país se había duplicado, el país seguía viviendo del mismo número de centrales azucareros, de las mismas cantidades de azúcar que tenían un precio real muy inferior al que tenían en los años veinte; crecía la población y no crecían las riquezas de la nación; nuestro producto básico bajaba de precio mientras los artículos de importación aumentaban constantemente en virtud del dominio que el imperialismo ejercía sobre nuestros mercados.

Era enorme la incultura, era grande el desamparo de los ciudadanos humildes para adquirir educación, para adquirir un empleo decoroso, para ingresar en un hospital, para resolver cualquier problema vital para él o para sus hijos.

⁵ Tomado del sitio <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1963/esp/f260763e.html>

Fue en esas circunstancias en que tuvo lugar el golpe de Estado militar, y fue en esas circunstancias en que nuestro pueblo se quedó virtualmente sin salida. Pero por paradójico que parezca, fue precisamente en el instante en que los caminos estuvieron más cerrados que nunca, cuando la salida del pueblo de Cuba se acercó más que nunca.

Los partidos políticos habían sido disueltos, la prensa, la radio y la televisión al servicio de los intereses de la burguesía y del imperialismo y, por tanto, del régimen político imperante, y la nación privada de toda participación en la vida pública, tenía ante sí el proceso de acondicionamiento de aquella dictadura militar, que a fin de perpetuarse en el poder con el apoyo de los elementos politiqueros y de las clases reaccionarias, había entrado también en el re juego electorero. Y ese problema lo vemos a menudo en otras repúblicas de América Latina: los gorilas aprovechan el descrédito del poder civil, derrocan el poder civil, instauran la dictadura militar, obtienen el apoyo del imperialismo y después comienzan a elaborar fórmulas politiqueras, soluciones seudodemocráticas para mantener el dominio de la situación.

Eso estaba ocurriendo también en nuestro país. Y los partidos de la burguesía siempre se han prestado a ese re juego, siempre se han prestado a esa maniobra; y en nuestro país los partidos de la burguesía y de los explotadores estaban colaborando con el régimen de Batista con vistas a repartirse las senadurías, los cargos en la Cámara de Representantes, y dividirse los frutos de la explotación y del saqueo de la nación. En aquellas circunstancias fue como surgió una táctica de lucha, una estrategia de lucha; en aquella situación fue cuando comenzó a elaborarse una nueva concepción de la lucha del pueblo.

El inicio del camino hacia la Revolución

La importancia que tiene esta fecha radica en que aquel día inició nuestro pueblo, en escala modesta si se quiere, inició el camino que lo condujo a la Revolución. Cruzarse de brazos ante aquella situación habría significado la continuidad indefinida de la camarilla militar, la continuidad indefinida en el poder de los partidos reaccionarios de las clases explotadoras, habría significado la continuidad de la politiquería, de la corrupción y del saqueo sistemático de nuestro país.

La importancia de aquella fecha es que abrió un nuevo camino al pueblo; la importancia de aquella fecha radica en que marcó el inicio de una nueva concepción de la lucha, que en un tiempo no lejano hizo trizas a la dictadura militar y creó las condiciones para el desarrollo de la Revolución.

El ataque al cuartel Moncada fue la réplica enérgica y digna al 10 de Marzo, fue la réplica decidida a aquel gobierno instaurado a fuerza de bayonetas; y fue la respuesta que, una vez superados los primeros reveses, una vez superadas las deficiencias, una vez superada la inexperiencia, una vez desarrollada plenamente, hizo posible lo que antes parecía imposible: hizo posible la destrucción de un ejército moderno, en contra de una serie de teorías según las cuales el pueblo no podía luchar contra esa fuerza; hizo posible lo que parecía imposible, pero no fue un milagro. Lo que ha tenido lugar en Cuba no fue un milagro.

Y nuestros visitantes se preguntarán: «¿Qué ocurrió en Cuba y cómo pudo ocurrir esto en Cuba?». Nuestros visitantes de todas partes del mundo, pero sobre todo los visitantes de América Latina, se preguntarán cómo ha sido posible.

Es posible que la presencia de una multitud tan gigantesca, que la presencia de tantos cientos y cientos de miles de personas, ante sus ojos, mas no solo la presencia: el vigor y el entusiasmo

de esta muchedumbre, les haga parecer tal vez cosa de milagro lo que ha ocurrido en Cuba. Mas, lo que ha ocurrido en Cuba no tiene nada de milagro, ¡y lo que ha ocurrido en Cuba puede ocurrir exactamente igual en muchos otros países de América Latina!

Todo lo que en Cuba se ha hecho, y aún más y mejor de lo que en Cuba se ha hecho, es posible hacerse también en muchos otros pueblos de América Latina.

Para nosotros los cubanos, no tendría tanta trascendencia conmemorar con júbilo, con entusiasmo, con fervor revolucionario esta fecha, si esta fecha ante nuestros ojos no tuviera el valor de una lección útil, utilísima, a decenas y decenas de millones de hermanos de América Latina; si esta fecha y lo que ella simboliza, no entrañara un sólido aliento, una firme esperanza de que hay remedio a los males de los explotados y hambrientos de este Continente, de los millones de trabajadores y campesinos y de indios esquilmados en este Continente; si no entrañara una esperanza y un aliento a la posibilidad de resolver de una vez y para siempre los trágicos males sociales de este Continente, donde los porcentajes de muerte entre la población infantil se cuentan entre los más altos del mundo, donde el promedio de vida es bajísimo, y donde minorías oligárquicas —en complicidad con los monopolios yanquis— saquean despiadadamente a esos pueblos.

¡Esta fecha tiene valor no como hecho que se proyecta hacia el pasado, sino como hecho que se proyecta hacia el porvenir! Porque aquí en nuestro país había un poderoso ejército profesional al servicio de los explotadores, aquí había numerosos partidos burgueses que arrastraban a una parte no desdeñable de la masa por caminos erróneos, y había todo un sistema de prensa, de radio y de televisión al servicio de los intereses creados. Y aún más: cuando Batista dio el golpe de Estado, tenía

una situación financiera el país que no tiene hoy ningún pueblo de la América Latina, porque encontró en las arcas del Banco Nacional de Cuba más de 500 millones en divisas. Y esa no es la situación de Guatemala, esa no es la situación de Argentina, esa no es la situación de Colombia, esa no es la situación de Venezuela, esa no es la situación de Nicaragua, de Honduras y de otros países de la América Central.

Y, sin embargo, en aquellas difíciles condiciones para la Revolución —del esfuerzo surgido, como ocurre siempre en los acontecimientos históricos en que el esfuerzo y la idea surgen de unos pocos y si es un esfuerzo bien dirigido y si las ideas son justas, van convirtiéndose poco a poco en el esfuerzo y en la idea de las masas—, en aquellas difíciles condiciones nuestro pueblo encontró una salida.

El cuartel Moncada no cayó. Factores imprevistos hicieron fallar el intento de ocupar la fortaleza, factores imponderables. Aquello habría podido ser un duro golpe para nosotros, para nuestra convicción y nuestra fe de que aquel era el camino; aquello pudo circunstancialmente fortalecer la opinión de aquellos que afirmaban que no era posible luchar contra el ejército de Batista; pudo circunstancialmente fortalecer la opinión de los politiqueros y los argumentos de los politiqueros en favor de las componendas electoreras donde jamás el pueblo obtiene nada. Sin embargo, nuestra fe se mantuvo firme, incommovible, de que aquel era el camino; y nos dimos de nuevo a la tarea, ya con más experiencia, ya más elaborada, de llevar adelante aquella lucha.

Mas, cuando nosotros desembarcamos en el *Granma* 82 hombres, aun nos traicionó la inexperiencia, aun nos traicionó nuestra inmadurez como combatientes, y de nuevo un duro revés se asentó sobre nuestro esfuerzo y aquella fuerza expedicionaria

—organizada y preparada con grandes esfuerzos y sacrificios— quedó virtualmente dispersa y aniquilada.

Aquello habría podido ser un golpe tremendo para nuestra fe y para nuestra convicción de que aquel era el camino. Mas, sin embargo, nuestra fe y nuestra convicción se mantuvieron inalterables. Creíamos que aquel era el camino, ¡y al fin la historia y los hechos, la realidad y la vida, se encargaron de demostrar que aquel era el camino!

El deber de los revolucionarios es hacer la Revolución

Y quienes un día se vieron cercados entre los cañaverales, en número tan reducido que se podían contar con los dedos de una mano, y han vivido estos diez años de Revolución y de lucha, y hoy les hablan y se encuentran frente a un pueblo entero como este, un pueblo formidable como este —que es a su vez forjador y producto de la Revolución— ¿cómo no hemos de sentir en lo más hondo de nuestras almas la convicción y la fe de que para los pueblos hay siempre un camino, de que para los pueblos oprimidos hay siempre una solución?

Mas ese camino no se abre solo, ese camino hay que abrirlo, ese camino tienen que abrirlo los combatientes revolucionarios. Y hay una manera de abrir el camino, y es decir: ¡debemos abrir el camino!; y hay una manera de no abrir jamás el camino, y es decir: ¡no queremos abrir el camino!

Y en muchos países de la América Latina las condiciones prerrevolucionarias son incomparablemente superiores a las que existían en nuestro país; hay países de la América Latina, saqueados y esquilados por los monopolios y por las oligarquías, donde masas hambrientas y desesperadas esperan la brecha para irrumpir en la historia.

Y el deber de los revolucionarios es abrir esa brecha; el deber del revolucionario no es solo el estudio de la teoría; el deber de los revolucionarios no consiste en atiborrarse de conocimientos teóricos, olvidados de las realidades prácticas de la Revolución; el deber de los revolucionarios no consiste solo en aprender y conocer y sentir la convicción de una concepción de la vida, y de la historia y de la sociedad revolucionaria, sino también en la concepción de un camino, de una táctica, de una estrategia que lo conduzca al triunfo de esas ideas.

Ese es el deber de los revolucionarios, y no esperar hasta las «calendas griegas» para ver si los caminos se abren solos, o si por obra de milagro los regímenes explotadores desaparecen.

Y el deber de los revolucionarios, sobre todo en este instante, es saber percibir, saber captar los cambios de correlación de fuerzas que han tenido lugar en el mundo, y comprender que ese cambio facilita la lucha de los pueblos. El deber de los revolucionarios, de los revolucionarios latinoamericanos, no está en esperar que el cambio de correlación de fuerzas produzca el milagro de las revoluciones sociales en América Latina, sino aprovechar cabalmente todo lo que favorece al movimiento revolucionario ese cambio de correlación de fuerzas, ¡y hacer las revoluciones! Esa es una cuestión demasiado clara y demasiado evidente.

Y la culpa de que las condiciones determinadas se pueden desperdiciar, de que la oportunidad no se aproveche, de que las circunstancias no se utilicen debidamente, no la tendrá nadie, no la tendrá ningún otro partido o Estado revolucionario, no la tendremos nosotros; la culpa la tendrán los revolucionarios de cada país, porque es a los revolucionarios de cada país a quienes les corresponde hacer la revolución en cada país.

Para nosotros eso es un hecho evidente, para la América Latina ese es un hecho clarísimo, y no tenemos confusiones de ninguna clase.

¿Si nosotros no hubiésemos hecho la Revolución, alguien la iba a hacer por nosotros? Hicimos la Revolución y hemos encontrado entonces el apoyo de circunstancias favorables, el apoyo y la ventaja del extraordinario cambio en la correlación de fuerzas, el apoyo de la Unión Soviética y de todo el campo socialista.

Nosotros sabemos, por experiencia y por convicción, que todo pueblo que haga lo que ha hecho el pueblo cubano tendrá el apoyo decidido de la Unión Soviética y de todo el campo socialista. Y donde los revolucionarios no sepan cumplir el deber, solo ellos serán responsables ante sus pueblos, solo ellos serán culpables ante la historia, porque, es a ellos a quienes les compete decidir y actuar. Y nosotros lo que podemos hacer es reafirmar esta convicción, reafirmar esta fe absoluta de que la Revolución Cubana abrió las perspectivas de la lucha en numerosos países de este Continente, y que la Revolución Cubana desarrolló un camino, una experiencia y un ejemplo, que si se comprenden cabalmente, habrán de ser muy útiles a otros pueblos de América Latina.

Discurso pronunciado en el XIII aniversario del Moncada. Fragmentos⁶

Ninguno de esos hombres queridos, de los hombres que dieron su vida por esta Revolución, eran conocidos; ninguno de esa legión de hombres, que aquel día ofrendaron su vida a la Patria, los conocía nadie; ninguno de ellos había aparecido nunca,

⁶ Publicado en *Bohemia*, 29 de julio de 1966.

posiblemente, en las letras de molde de un periódico; ninguno de ellos figuraba en los cálculos de los agoreros de la política; ninguno de ellos se vislumbraba como figuras prominentes en el corazón del pueblo. ¡Pero eran del pueblo y venían del corazón del pueblo y de la sangre del pueblo!

No se podía pensar entonces, y nadie lo pensó, ninguno de los que intervinimos en aquellos hechos aquel día, hace 13 años, habíamos pensado en actos como este; no estábamos pensando escribir historia. Estábamos ciertamente haciendo historia, pero no estábamos haciendo historia para la historia, sino que estábamos luchando para el pueblo.

No fue afán de gloria ni afán de prestigio o de popularidad, ni mucho menos ambiciones personales de ninguna índole. Muy lejos estábamos de suponer, o de pensar en estas cosas. Pensábamos en la lucha, pensábamos en la Revolución en sí misma, pensábamos en la obra que era necesaria realizar en nuestro país. En realidad, en las demás cosas que han ido acompañando el proceso revolucionario no pensábamos.

Ninguno de nosotros podíamos imaginarnos en ese momento que cada año, cada 26 de Julio, habríamos de reunirnos con el pueblo para conmemorar aquella fecha. No eran esos los cálculos, los objetivos que entraban en nuestras mentes.

Sí teníamos una absoluta fe en el pueblo, y toda la estrategia de la Revolución se basó siempre en el pueblo, siempre — lo hemos dicho en otras ocasiones — en una gran confianza en el pueblo, en una gran convicción acerca de las enormes energías morales del pueblo, acerca de la enorme fuerza revolucionaria que se encerraba en el pueblo.

Cuando se vaya a definir a un revolucionario, lo primero que habría que preguntarle es si cree o no cree en el pueblo, si cree o no cree en las masas.

Nosotros éramos un puñado de hombres, no pensábamos con un puñado de hombres derrotar a la tiranía batistiana, derrotar a sus ejércitos, no. Pero pensábamos que aquel puñado de hombres podía ocupar las primeras armas para empezar a armar al pueblo; sabíamos que un puñado de hombres podría bastar, no para derrotar aquel régimen, pero sí para desatar esa fuerza, esa inmensa energía del pueblo que sí era capaz de derrotar a aquel régimen.

Y el 26 de Julio ciertamente que no logramos de inmediato nuestros objetivos, ciertamente que no logramos tomar la fortaleza. Eso es cierto.

Nosotros consideramos los factores que infortunadamente se presentaron de forma adversa y nos impidieron lograr aquel objetivo inmediato. Nosotros, aun hoy, después de años en que experiencias en este tipo de cuestiones se fueron adquiriendo más y más, estamos seguros de que nuestro plan era bueno, y estamos seguros de que era posible tomar aquella fortaleza; que factores imponderables, que siempre se presentan en las guerras, que muchas veces se pueden presentar en los campos de batalla, produjeron un resultado adverso.

Naturalmente que cuanto menor es el número de armas y cuanto más inferior es la calidad del equipo en un combate, tanto más riesgosa resulta la operación, tanto más susceptible de fallar en sus resultados con algunas cosas insignificantes que se produzcan de una manera diferente.

Pero, sin embargo, ¿por qué el 26 de Julio se convirtió en una fecha de la rebeldía nacional? ¿Por qué se convirtió en una fecha de nuestra Revolución? ¿Por qué se convirtió en un símbolo no solo para nosotros, sino en un símbolo cuyas enseñanzas pueden ser útiles aun para los revolucionarios de otros países? (APLAUSOS).

Habría que recordar cuáles eran entonces las circunstancias. Batista había llevado a cabo su golpe de Estado prácticamente sin disparar un solo tiro. Se apoderó de los mandos militares y contaba con la adhesión de un ejército relativamente grande y relativamente bien armado; contaba con la adhesión de todos los cuerpos armados; promovió innumerables ascensos en la oficialidad; les aumentó el sueldo a los soldados, muchos de los cuales eran los mismos soldados de las épocas anteriores de Batista; el pueblo estaba totalmente desarmado, y no solo estaba el pueblo totalmente desarmado, sino estaba carente en absoluto de dirección política: un número de partidos burgueses tradicionales, una serie de figuras de renombre nacional, una gran segmentación de las fuerzas; de manera que se creaba un cuadro donde parecía imposible una revolución.

En medio de aquel cuadro, los políticos burgueses cuando pensaban en la forma de deshacerse de Batista no pensaban en una revolución, sino pensaban en una conspiración. La influencia, o las posibilidades de determinados dirigentes políticos, se medían por el número de sus amistades con determinados oficiales dentro del ejército, porque existía la creencia de que solo mediante un golpe de Estado podría sustituirse el régimen de Batista por otro régimen más o menos igual.

Los priístas conspiraban, por ejemplo. Aquel partido que se había dejado arrebatarse el gobierno sin disparar un solo tiro, solo aspiraba a aplicarle la misma receta que les habían aplicado a ellos. Es cierto que dentro de las filas de todos los partidos, incluso de ese partido donde sus dirigentes se habían enriquecido extraordinariamente, hubo en sus filas hombres que honestamente lucharon y se sacrificaron.

¿Pero quién podía pensar en aquella época en una revolución contra el ejército? ¡Nadie podía pensar en una revolución

contra el ejército! Incluso existía el apotegma, que se venía repitiendo no se sabe desde cuánto tiempo hacía, de que las revoluciones se podían hacer con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra el ejército. Y aquella idea prevalecía de manera absoluta en la mente de los políticos de aquellos tiempos.

La idea de una revolución contra el ejército, contra sus fuerzas armadas, contra el sistema, parecía a mucha gente una idea absurda, parecía a todos los políticos burgueses, que eran los que dirigían la política de este país, una locura. ¿Pensar, además, en una revolución contra todas aquellas fuerzas, prácticamente sin un solo depósito de armas; más, no solo sin un solo depósito de armas, sin un solo centavo para comprar armas? Eran muy pocos los que habrían podido creer en aquello. Solo hombres del pueblo, de las filas más humildes del pueblo, sanos, desprovistos de ambición, podían sentir aquella posibilidad, podían sentir aquella fe, podían creer en que fuera posible llevar a cabo una lucha en condiciones tan difíciles.

El hacer este análisis del cuadro en que nos encontrábamos nosotros, puede tener una utilidad, puede tener una utilidad en relación con otros pueblos de América Latina. Porque, realmente, nosotros podemos afirmar que nuestra Revolución comenzó a llevarse a cabo en condiciones increíblemente difíciles, y aquella fe, aquella confianza en que sí era posible —si se lograba despertar al pueblo— liquidar aquel sistema, se mantuvo en nosotros, a pesar de los reveses. Porque una gran parte de los compañeros murieron —la inmensa mayoría de ellos asesinados—, otra parte minoritaria fuimos a parar a las prisiones, y, sin embargo, no aceptamos el punto de vista de los que creían que lo que había ocurrido el 26 de Julio era una prueba de que no se podía hacer una revolución contra el ejército (APLAUSOS); no aceptamos los puntos de vista de los

que querían sacar de aquella fecha una prueba en favor de sus argumentos; no aceptamos los puntos de vista de aquellos que decían que sí, que era una cosa heroica, pero que era una cosa ilusoria, que era un sueño, que era una aventura de muchachos románticos; no aceptamos, ni mucho menos, aquel punto de vista de que Batista se podía caer del gobierno únicamente si los norteamericanos le retiraban su apoyo. Porque esas eran las dos cosas: no se puede hacer una revolución contra el ejército; no se puede mantener un gobierno frente a la oposición del gobierno de Estados Unidos.

Discurso pronunciado en el XIV aniversario del Moncada. Fragmentos⁷

Nos encontramos en la ciudad que se convirtió, en aquella fecha, en el símbolo del inicio de la lucha revolucionaria en nuestro país. La historia es sobradamente conocida. Ni las armas, ni el tipo de las armas, ni la experiencia, y ni siquiera los factores fortuitos acompañaron a aquel primer esfuerzo. Pero aquel primer esfuerzo significó un camino que no se habría de abandonar después jamás; significó un camino que nos ha llevado a lo largo de 14 años; significó el camino que abrió para el pueblo revolucionario la conquista del poder.

Es necesario recordar esa historia. Pero hay un hecho que resalta, que fue la tenacidad del pueblo, la confianza del pueblo, la perseverancia en esa lucha. No hemos llegado, ni mucho menos, al final de ese camino, pero hemos adelantado ya un trecho importante.

⁷ Publicado en *Granma*, 4 de diciembre de 1971.

Y esa característica esencial del movimiento revolucionario que surgió aquel día es hoy también la característica esencial de nuestra Revolución: la confianza del pueblo en sí mismo, la fe del pueblo en su causa, la convicción del pueblo de que no habrá dificultad, por grande que sea, que no logremos vencerla; de que no habrá camino, por difícil que sea, que no seamos capaces de seguirlo hasta el final.

[...]

El asalto al Moncada puede decirse que constituía el primer asalto a una de las tantas fortalezas que habrían de ser tomadas después. Quedaban muchos Moncada por tomar. Quedaban, entre otras cosas, el Moncada del analfabetismo, y nuestro pueblo tampoco vaciló en atacar aquella fortaleza, la atacó y la tomó; el Moncada de la ignorancia; el Moncada de la inexperiencia; el Moncada del subdesarrollo; el Moncada de la falta de técnicos, de la falta de recursos en todos los órdenes. Y nuestro pueblo no ha vacilado en emprender también el asalto de esas fortalezas. Pero quedaba el Moncada más difícil de tomar, que era el Moncada de las viejas ideas; y ese Moncada de las viejas ideas, de los viejos egoístas sentimientos, de los viejos hábitos de pensar y de concebirlo todo y de resolver los problemas, ese Moncada no ha sido todavía totalmente tomado.

Conferencia de prensa en Chile. Fragmentos⁸

[...] si nos encontráramos de nuevo en Cuba en 1953 o en 1955 o en 1956, en las condiciones en que nosotros nos encontrábamos, con la experiencia que tenemos hoy, habríamos seguido el mismo camino.

⁸ Publicado en *Granma*, 4 de diciembre de 1971.

Quizás habríamos ahorrado una larga vuelta. Porque ustedes saben, nosotros iniciamos la lucha con el ataque al cuartel Moncada, empleando 160 hombres: 120 de los cuales en el Moncada, y 40 en otra fortaleza situada en la ciudad de Bayamo. Cometimos el error de dividir las fuerzas. Debimos haber concentrado los 160 hombres en el punto principal. Después, llegamos a Cuba con 82 hombres. Pasamos dificultades muy grandes.

Hoy, no repetiríamos el ataque al Moncada. Hoy, no repetiríamos el desembarco del *Granma*. Hoy, con aquellos hombres que hicimos la primera acción, habríamos estudiado la zona de la Sierra Maestra, nos habríamos dirigido hacia allí, habríamos tomado una pequeña unidad, habríamos ocupado sus armas, y habríamos comenzado la lucha de esa forma, ahorrando el largo viaje del Moncada y del *Granma*.

No es que el Moncada hubiese sido imposible tomarlo. Nosotros habríamos podido tomarlo. Analizado aun hoy, a la luz de nuestras experiencias, creemos que pudo ser factible la toma. Y que la toma de aquel regimiento — que era la segunda unidad más importante del país — habría podido producir en fecha mucho más temprana la victoria de la Revolución. Pero era un camino mucho menos seguro, porque podía depender de muchos imponderables.

Pero sí les puedo asegurar que nosotros, ahorrando esa operación compleja y difícil — que fue necesario preparar en plena clandestinidad —, ahorrándonos la tarea de organizar también en la clandestinidad y en condiciones difíciles una expedición prácticamente de 82 hombres — que en definitiva quedó reducida a siete hombres armados, y que nos vimos en la necesidad de proseguir esa lucha con esos siete hombres que volvieron a reunirse con armas —, habría sido mucho

más lógico, mucho más sencillo, mucho más simple y mucho más seguro comenzar por allí: comenzar precisamente por la Sierra, sin ataque al Moncada y sin desembarco del *Granma*.

Pero, además, por una razón adicional: cuando hicimos la operación del Moncada fue el intento casi de tomar el poder de una manera en cierta forma fulminante, apoderarnos del regimiento y de sus armas, levantar la ciudad de Santiago de Cuba, lanzar la consigna de la huelga general en el país. Y si en último no lo lográbamos, sencillamente marchar a las montañas con aquellas armas.

Pero si hubiésemos obtenido la victoria en ese momento, la habríamos obtenido un equipo de hombres muy nuevos y sin suficiente experiencia. Al fin y al cabo la lucha en la Sierra Maestra nos enseñó mucho más en todos los órdenes de la vida: nos enseñó a combatir, nos enseñó a resolver problemas difíciles, desarrolló las mejores virtudes de los hombres del pueblo a lo largo de 25 meses de lucha. Y nosotros creemos que esa experiencia fue decisiva en los momentos ulteriores. Me pregunto qué habría ocurrido si nosotros en 1953 hubiésemos obtenido la victoria, con mucha menos experiencia, pero, además, con una correlación de fuerzas mucho menos favorable.

Los hechos han sucedido de tal manera que precisamente llegamos a la victoria casi en el minuto y en el segundo exacto en que nosotros podíamos haber encontrado una situación internacional que en muy difíciles circunstancias no habría dado un mínimo margen de supervivencia.

La estrategia del Moncada: entrevista con la televisión sueca⁹

I. Los orígenes. La conciencia del hombre se puede elevar por encima de su origen de clase

Comandante, usted ayer en la Granja Siboney nos habló de su formación ideológica, de su evolución ideológica y política en tiempos de la universidad. Yo quería hacerle una pregunta un poco anterior a eso, es decir, ¿cómo ha pasado de ese tipo de educación que usted recibió en ese tipo de familia hasta esa evolución ideológica, porque en ese discurso a los intelectuales que usted hizo, usted utilizó una imagen muy fuerte, muy viva, que decía que la educación burguesa era como un molino de piedra, que casi lo podía triturar a uno mentalmente para siempre? Eso me llamó mucho la atención, queríamos preguntarle algo sobre eso.

En realidad, mi procedencia... Yo nazco en el seno de una familia de terratenientes, pero no tenía una estirpe de terratenientes. ¿Qué quiere decir esto? Mi padre era un campesino español de familia muy modesta, que viene a Cuba a principios de siglo como emigrante español.

Comienza a trabajar en condiciones difíciles. Era un hombre emprendedor, se fue destacando, llegó a ocupar cierta posición dirigente en los trabajos de principios de siglo. Fue acumulando algún dinero y fue adquiriendo algunas tierras. Es decir, tuvo éxito en los negocios y llegó a ser propietario de unas cantidades de tierra, si mal no recuerdo alrededor de mil hectáreas. Cosa no muy difícil en los primeros tiempos de la

⁹ Selección de las conversaciones sostenidas por Fidel con periodistas suecos sobre los acontecimientos relacionados al asalto al cuartel Moncada, durante un recorrido por los lugares donde sucedieron los hechos. Publicado en *Casa de las Américas*, julio-agosto de 1978.

República. Después arrendó otras tierras. Y cuando yo nazco, realmente nazco en el seno de una familia que pudiéramos llamar terrateniente.

Ahora, por otro lado, mi madre era una campesina muy humilde, muy pobre. Por eso no existían las tradiciones de lo que pudiéramos llamar una oligarquía en el seno de mi familia. Pero no obstante, objetivamente, la posición social nuestra en ese momento era de una familia que tenía recursos económicos relativamente abundantes. Era propietaria de tierra y tenía todas las comodidades —pudiéramos decir— y los privilegios propios de una familia terrateniente en nuestro país.

La educación mía en los primeros años, los primeros meses casi pudiéramos decir... Yo aprendo a leer y a escribir en la escuela pública del lugar donde nací, en pleno campo. Después me llevaron a Santiago de Cuba cuando apenas tenía 5 o 6 años. Pasé trabajo, pasé hambre; pasé hambre a pesar de que mi familia remuneraba la pensión donde yo estaba en Santiago de Cuba, pero por una serie de circunstancias, éramos un grupo relativamente numeroso de muchachos allí, pasamos bastante trabajo en ese período.

Es decir, que no tuvo una infancia privilegiada realmente.

Cuando estaba en mi casa sí, cuando me trasladaron a Santiago no. Puedo decir así que pasé hambre, que me quedé prácticamente descalzo, que tenía yo mismo que coser mis zapatos cuando se me rompían.

Eso explica muchas cosas.

Y estuve en esa situación algo más de un año. Se puede decir que en esa ocasión conocí la pobreza.

¿Puede haber influido eso en mí? Realmente no sé, no puedo asegurarlo. Después de eso ingresé... Me enviaron a una escuela privada de Santiago de Cuba que era regida por una orden religiosa, los Hermanos La Salle. Ahí estuve aproximadamente cinco grados. Después me mandaron a una escuela de los jesuitas. Y así hice la enseñanza primaria, y toda la enseñanza preuniversitaria en escuelas de ese tipo. Eran escuelas de familias relativamente privilegiadas.

Ahora, ciertos factores contribuyeron a desarrollar en mí un cierto espíritu de rebeldía. Pudiéramos decir que me rebelé en primer término contra las condiciones injustas en la casa de la familia donde me llevaron a los 5 años. En las propias escuelas a donde me enviaron sentí también un impulso de rebeldía contra ciertas injusticias en la escuela.

Podemos decir que durante el período de mi infancia, aproximadamente tres veces sentí la sensación de cosas que me parecían injustas y que estimularon en mí un sentimiento de rebeldía. Esos factores pudieron haber contribuido a desarrollar un carácter relativamente rebelde. Ese espíritu de rebeldía puede haberse manifestado también después en mi vida ulterior.

Mis relaciones sociales de muchacho, en las vacaciones en la escuela, eran con los niños muy pobres del lugar donde yo vivía.

Comandante, ¿usted quería desarrollar más ese punto?

Puedo decir que a pesar de la situación económica de mi familia, siempre en el campo donde yo nací me relacioné con los hijos de las familias más humildes, porque no había una tradición aristocrática en mi familia. Tercero, que el proceso de mi niñez y mi adolescencia me llevó más de una vez a adoptar una

actitud de oposición y de rebeldía contra cosas que creía que eran injustas.

Aunque recibimos esa educación propia de esos colegios particulares, también hubo en la formación nuestra, la preeminencia de ciertos principios de rectitud.

Ahora, en toda esa fase de mi vida tal vez se fue desarrollando un carácter, se fue desarrollando un espíritu, pero no adquirí ninguna conciencia política. La conciencia política que me ayudó a interpretar la vida, me ayudó a interpretar el mundo, me ayudó a interpretar la sociedad y me ayudó a interpretar la historia, la adquirí como estudiante universitario. Principalmente, cuando entré en contacto con la literatura marxista, que ejerció en mí una extraordinaria influencia, y me ayudó a comprender las cosas que de otra forma no habría comprendido jamás.

De modo que, yo puedo decir que la conciencia política mía la adquirí por estudio, por análisis, por observación; no por origen de clase. Pero no creo de ninguna manera que el origen de clase sea un factor insuperable, creo que la conciencia del hombre se puede elevar por encima de su origen de clase.

II. El Moncada. Del cuartel a la montaña

Escogimos este lugar [la Granjita Siboney], porque nosotros teníamos que buscar un punto donde concentrar el personal antes del ataque del Moncada, entonces estudiamos las distintas direcciones. Y buscando, encontramos esta casa, con una pequeña parcela de terreno, que la alquilaban. Y entonces, analizados todos los factores, decidimos escoger esta casa, que estaba a unos cuantos kilómetros del cuartel por una carretera, bastante directo.

Se alquiló la casa, pero teníamos que buscar algún elemento para disfrazar esto. El plan que hicimos fue simular una granja

avícola, por eso ustedes ven algunas de estas instalaciones, que parecen instalaciones para la avicultura, pero que en realidad servirían para esconder los automóviles. Entonces algunos meses antes alquilamos esta casa. Se preparó con algunas cosas adicionales bajo el pretexto de que era una granja avícola.

Tengo entendido que estaba cerca la casa de uno de los militares batistianos, que eso disminuía, de cierta manera, la sospecha.

Es posible. Pero no fue ese el factor principal: el factor principal es que estaba aislada, que estaba en esta carretera que conducía directamente a las proximidades del cuartel, y era uno de los lugares disponibles, porque no era fácil encontrar una casa.

Entonces, esta casa sirvió, primero, para concentrar las armas, y por último, para concentrar el personal. Esto había que hacerlo en condiciones de clandestinidad. Por eso había que tomar todas las medidas. Incluso había un vecino que vivía ahí, frente a esta casa, un campesino. Se hizo amistad con él y todo, pero él nunca sospechó que esta casa tenía un propósito revolucionario. Había un compañero del Movimiento que vivía en Santiago de Cuba, era el único de Santiago de Cuba, porque no queríamos reclutar personal de Santiago para disminuir los riesgos de que pudiera haber alguna indiscreción. Por eso, en Santiago solo teníamos un cuadro que ayudó en el alquiler de esta casa; después para esta casa vino uno de los jefes del Movimiento, y se instaló aquí en Santiago de Cuba. Y durante varias semanas estuvimos concentrando las armas aquí.

Pero ninguno de los asaltantes sabía realmente el objetivo hasta el último momento.

No. La Dirección del Movimiento sí, un grupo de tres compañeros, que era una especie de ejecutivo de la Dirección del

Movimiento. Y el compañero de Santiago también tenía idea del objetivo, puesto que a él se le dieron instrucciones de observar el cuartel, de hacer una exploración sobre el cuartel.

De aquí fue de donde partieron los vehículos que fueron a atacar el cuartel.

Desde aquí, sí. Aquí se concentraron las armas. El 26 de julio era domingo, y desde el sábado por la noche se fueron concentrando aquí en esta casa.

¿Y el recorrido es más o menos el mismo?

El recorrido es varios kilómetros, no recuerdo exactamente ahora cuántos. Esta carretera sale a una avenida, la avenida al cuartel, y tácticamente era el lugar mejor para esa operación. Y aquí se disimulaba esto con el pretexto de que se estaba fundando una granja avícola en este lugar. Y realmente todo el mundo creyó que había una granja avícola, por lo menos los pocos vecinos que estaban enfrente. Por ahí todavía vive el vecino que estaba frente a esta casa en aquellos tiempos.

Tenía algunas matas de mango... Yo no sé si después han sembrado algunas; pero en general era este el ambiente de la casa.

Pero aquí no se hizo ningún entrenamiento; aquí solo se hizo la concentración.

Aquí no se podía hacer entrenamiento porque era muy arriesgado; el entrenamiento lo hicimos en La Habana. Aquí solo se fueron acumulando las armas y había una sola persona en Santiago de Cuba que conocía de esta casa. A pesar de que Santiago de Cuba era una ciudad muy rebelde, muy revolucionaria, nosotros, para guardar la discreción del plan, pues no reclutamos a nadie de Santiago para el asalto.

A pesar de todo eso una de las cosas más admirables del Movimiento, que ahora refleja la historia, fue cómo se pudo mantener esa organización clandestina bajo un régimen de tal represión, una organización tan amplia.

Era muy difícil, realmente era difícil, puesto que en aquella época los revolucionarios no tenían organización, no tenían experiencia militar.

Pero el 26 sí la tenía.

Bueno, nosotros... Había mucha gente organizándose en aquel período. El grupo nuestro yo creo que en aquella época reclutó más combatientes que todas las demás organizaciones. Además, era un grupo muy discreto; pero, además, no solo era discreta por la calidad de la gente sino por el método de organización que teníamos. Estábamos organizados en células. Nadie tenía contacto, unas células con otras. El grupo de dirección era de mucha confianza, y seguíamos las reglas de la clandestinidad. Porque en aquella época había muchos elementos revolucionarios y hablaban y conversaban. Eran indiscretos. Casi todo lo que se hacía en aquella época contra Batista se sabía.

Y toda esa importación de armas de la gente de Prío y todo eso que se iba haciendo...

Sí. Porque la gente de Prío tenía dinero y nosotros no teníamos dinero; ellos tenían armas y nosotros no teníamos armas. Por lo tanto, nosotros teníamos que hacer las cosas con mucho cuidado. Ellos hacían propagandas con las armas. Pudiéramos decir que hacían política con las armas.

¿Y no pudieron conseguir de aquellas armas ustedes?

En realidad, tratamos de conseguir un poco. Y nosotros les habíamos infiltrado la organización de ellos. Teníamos 360 hombres

infiltrados en la organización de ellos, con el objetivo de tratar de tomar las armas. Pero parece que fue demasiado ambicioso nuestro plan, y en un momento dado ellos sospecharon de aquella gente un poco.

Pero todos los hallazgos de armas que iba haciendo la policía de Batista por esa época eran...

Eran armas de ellos, del antiguo gobierno, que tenía mucho dinero porque había robado mucho.

Pero eran armas sembradas por ellos mismos en algunas ocasiones, por la policía, paquetes con...

No, yo creo que no. Los dirigentes de los partidos políticos tradicionales y del gobierno que estaba en el poder — que había sido desalojado por Batista — tenían mucho dinero. Y compraron armas y pudieron introducirlas en el país por distintos procedimientos bastante ingeniosos, y las trajeron. Ellos no tenían masa, ellos no tenían combatientes; tenían dinero, tenían armas, pero no tenían hombres. Y ellos trataban de hacer un esfuerzo por reclutar gente del pueblo. Y en ese período nosotros tratamos de filtrarles algunas gentes en la organización de ellos, con el objetivo de ocupar las armas.

Pero el Movimiento sí tenía bastantes efectivos ya en aquella época...

Bueno, nosotros llegamos a entrenar más de mil hombres. En esa época nosotros teníamos alrededor de mil 200 hombres.

Pero aparte de los entrenados, ¿la organización era bastante amplia?

No era tan amplia, no era muy amplia, aunque su base sí era la base de oposición y de odio al régimen de Batista. Pero los militantes, los hombres organizados y entrenados llegaron a ser

alrededor de 1 200 hombres, porque había una oposición bastante generalizada al gobierno de Batista. Muchos de ellos eran de origen ortodoxo, muchos de los combatientes del Moncada, pero eran ya gente de extracción muy humilde; es decir, era una organización al margen de aquellos partidos políticos. Yo seleccioné la gente principalmente entre los sectores humildes del pueblo. Nuestra gente fue seleccionada en sectores humildes del pueblo, de entre los que tenían una actitud de oposición a Batista.

Pero muchos militantes del Movimiento, tenía entendido que eran provenientes de la ortodoxia...

Eran provenientes de la ortodoxia porque era un partido popular con bastante ascendencia en el pueblo, pero un poco heterogéneo. El Partido Ortodoxo se componía principalmente de gentes humildes, obreros, campesinos y gente de pequeña burguesía. En aquella época la alta dirección de ese partido estaba en manos de gente ya de la clase dominante, realmente.

Y la juventud del partido donde usted militaba...

Había una juventud combativa, pero los líderes oficiales del partido ya estaban más o menos comprometidos, no voy a decir con una posición de clase sino que estaban ya adaptándose al sistema, podemos decir. Yo organizo a la juventud de ese partido, pero aparte de la... oficial. Yo hice un trabajo en la base con los jóvenes principalmente de extracción humilde del pueblo. No había dirigentes oficiales de ese partido en la organización nuestra.

Fue un trabajo político, ideológico, ya que se hizo...

Sí, fue un trabajo político-ideológico.

Pero todavía no se hablaba de ideas socialistas en esa época.

Todavía no se hablaba de socialista en esa época. En esa época pudiéramos decir que el objetivo principal del pueblo era el derrocamiento de Batista. Pero ya la extracción social de todas aquellas gentes que nosotros reclutamos propiciaba el adoctrinamiento político.

Por lo menos el grupo, el pequeño grupo que trabajó en la organización del Movimiento era gente de ideas muy avanzadas. Nosotros teníamos cursos de marxismo. Y el grupo de Dirección, durante todo aquel período, estudiamos marxismo. Y pudiéramos decir que los principales dirigentes de la organización eran marxistas ya.

Después de la muerte o el suicidio de Chibás se fue agudizando, digamos, la diferencia entre la dirección del partido y la juventud...

Yo puedo decir lo siguiente: Chibás era un líder carismático, de mucho apoyo popular, pero no se caracterizaba por un programa de reformas sociales profundas. Digamos que su programa en aquella época se circunscribía a algunas medidas de tipo nacionalista frente a los monopolios yanquis, y principalmente medidas contra la corrupción administrativa, contra el robo. Era un programa constitucionalista, y luchaba a favor del adcentamiento público. El programa de Chibás estaba lejos de ser un programa socialista.

Podíamos señalar que en aquella época ese programa respondía a las ansias de la pequeña burguesía, que ya tenía contradicciones con el imperialismo, que se resentía del exceso de explotación de los monopolios existentes en el país, y su bandera principal era la lucha contra la corrupción pública, contra el robo, contra la malversación. Pero ya dentro de la masa de ese partido había una izquierda. Podríamos decir que noso-

tros éramos la izquierda de ese partido. No era muy numeroso tampoco, pero estaba integrada por compañeros procedentes de la Universidad, que en la Universidad habían podido tener contacto con las ideas socialistas, con el marxismo-leninismo, y habíamos adquirido ya una conciencia política mucho más avanzada.

De modo que cuando se produce la muerte de Chibás existía un gran partido de masas sin dirección. Y la dirección era una dirección reformista. Y dentro de esa masa había ya un grupo que teníamos ideas mucho más avanzadas. En dos palabras: yo en aquella época, al final de mis estudios universitarios, ya tenía una concepción marxista de la política. En el tiempo de la Universidad, mis contactos con las ideas marxistas fueron los que me hicieron adquirir a mí una conciencia revolucionaria. Ya a partir de ese momento toda la estrategia que yo elaboré políticamente estaba dentro de una concepción marxista.

Cuando se produce el golpe de Estado del 10 de marzo, ya yo tenía una formación marxista. Pero nos encontramos con la situación de un país donde se produce un golpe de Estado, donde el partido que tenía más base popular era un partido que estaba mal dirigido, sin orientación. Yo tenía ya idea revolucionaria práctica, concreta, desde antes del golpe del 10 de marzo.

Y el PSP, el Partido Socialista Popular, ¿tenía alguna estrategia elaborada?

El Partido Socialista era pequeño, relativamente pequeño; para la América Latina era un partido grande, pero estaba muy aislado. En aquellas circunstancias, toda la época del macarthismo, del anticomunismo había logrado, digamos, bloquear al Partido Comunista. Yo no era un militante del Partido Comunista, porque por mi educación, mi origen de clase... Yo llego

a la Universidad y es en la Universidad que yo adquiero ya una conciencia revolucionaria. Adquiero una conciencia revolucionaria, pero por ese período estaba ubicado ya dentro de un partido que no era un partido marxista, sino un partido populista, podemos decir. Pero yo veo que aquel partido tiene una gran fuerza política de masas, y entonces empiezo a elaborar una estrategia para llevar a esas masas hacia una posición revolucionaria, desde antes del golpe de Estado del 10 de marzo. Ya yo tengo la idea clara de que la Revolución hay que hacerla tomando el poder y hay que tomar el poder revolucionariamente. Ya en aquella época, antes del golpe de Estado, yo adquiero esa convicción.

Desde luego que antes del golpe de Estado la estrategia que personalmente yo elaboraba era una estrategia de acuerdo con aquellas circunstancias. Era una época política, parlamentaria. Entonces yo estoy ya dentro de ese movimiento. Las primeras ideas de una Revolución yo las concibo incluso desde el Parlamento, pero no para hacerla a través del Parlamento. Yo pensaba utilizar el Parlamento para proponer un programa revolucionario.

¿Por eso se postuló usted?

Pensaba precisamente utilizar el Parlamento para proponer un programa revolucionario, y alrededor de ese programa movilizar las masas y marchar hacia la toma revolucionaria del poder. Desde ese entonces, desde entonces, ya yo ni estoy pensando en los caminos convencionales, en los caminos constitucionales desde antes del 10 de marzo.

Cuando se produce el 10 de marzo, fue necesario cambiar toda aquella estrategia. Ya no había necesidad de utilizar los caminos constitucionales.

¿Pero el 10 de marzo se produce no tanto para impedir una revolución, sino para impedir que tomara el poder el reformismo en Cuba, o un partido más o menos progresista, o ...?

Me parece a mí que en realidad el 10 de marzo se produce para impedir el triunfo de un partido progresista en Cuba, no para impedir el triunfo de un partido revolucionario. Esa es la realidad. Ellos tratan de impedir un movimiento progresista, pero podemos decir que históricamente crearon las condiciones para producir un movimiento revolucionario. Pero en las condiciones de Cuba, yo creo que era posible incluso promover una Revolución aun antes del 10 de marzo.

Antes del 10 de marzo ya yo era comunista, pero el pueblo todavía no era comunista, la gran masa todavía no respondía a un pensamiento político radical, la gran masa en esa época respondía a un pensamiento político progresista, reformista, pero no era todavía un pensamiento comunista.

Además, en eso influía también todo el problema del anticomunismo, del macarthismo.

Mucho, mucho, porque nosotros éramos una colonia económica y además ideológica de Estados Unidos. Pero yo adquirí esa conciencia como estudiante universitario.

Comandante, ¿es de ese lugar exactamente de dónde se montaron aquí en los carros y en los autos que fueron?

Por ahí hay un pozo donde guardamos las armas, porque las armas nuestras las conseguimos en las armerías, eran armas de caza: fusiles 22, calibre 22, y fusiles escopetas de caza, para cazar patos, para cazar palomas. Pero no eran armas inofensivas, puesto que nosotros compramos un gran número de escopetas automáticas, para las cuales adquirimos cartuchos no

para cazar patos, sino para cazar venados y para cazar jabalíes. Es decir que, como armas, no eran armas inofensivas realmente.

Pero Batista se sentía tan seguro que en aquella época funcionaban las armerías y las tiendas de armas. Ellos se sentían muy seguros dentro de su poder militar.

Pero armas de guerra no había.

No, no había armas de guerra.

No, pero nosotros por lo menos algunas armas eficientes podíamos adquirir, y las adquirimos legalmente, legalmente adquirimos las armas nuestras. Nosotros teníamos unos compañeros que estaban disfrazados de cazadores y de gente burguesa, y entonces tenían sus carnés, y ellos compraron en las armerías.

Hay que decir que fue tan eficiente el trabajo que conseguimos que las armerías nos dieran crédito, y las últimas armas las compramos a crédito casi todas.

Y luego las metieron en un pozo aquí.

La mayor parte vinieron el día antes aquí el viernes, víspera del 26 de Julio, compramos la mayor parte de las armas, y se trasladaron en ómnibus, en tren, para acá. Armas de guerra propiamente, teníamos unos 3 o 4 fusiles. Nuestras armas eran fusiles calibre 22, o calibre 12; escopetas automáticas, una sola ametralladora, que teníamos un M-3, que se utilizaba de entrenamiento en la Universidad, porque nosotros utilizamos mucho la Universidad para entrenar a la gente.

Pero luego tuvieron que salir de ahí llegado el momento no entendí.

En esa época había muchas rivalidades entre las organizaciones juveniles. Los estudiantes en aquella época, muchos de ellos, pensaban que ellos eran los herederos de las tradiciones

revolucionarias; pero nuestro movimiento había conquistado el apoyo de unos cuantos cuadros universitarios, y ellos nos facilitaron la Universidad para el entrenamiento de nuestra gente. Es decir, nuestro movimiento era popular, no era universitario; pero algunos compañeros en la Universidad, principalmente Pedrito Miret; que hoy es del Buró Político, que era el responsable de entrenamiento en la Universidad... Ellos entrenaban a todo el mundo, pero entonces nosotros logramos la adhesión de algunos de esos compañeros que trabajaban allí, esencialmente Pedrito Miret, y utilizamos la Universidad para entrenar a nuestra gente, que era de extracción popular, no universitaria.

Comandante, ¿y entonces de aquí salieron?

Aquí concentramos las armas y aquí concentramos el personal que iba a atacar el cuartel Moncada. Ciento treinta y cinco hombres se reunieron aquí en la madrugada del día 26 de julio, mientras otro grupo estaba en la zona de Bayamo. Porque militarmente nosotros pensábamos tomar el Moncada y Bayamo, para tener una vanguardia organizada en la dirección principal del contraataque posible de Batista.

Comandante, ¿pero la estrategia del Moncada era tomar ese campamento para armar luego al pueblo y seguir una guerra?

Nosotros pensábamos ocupar las armas del campamento, pensábamos hacer un llamamiento a la huelga general de todo el pueblo, partiendo de la situación de descontento y de odio hacia Batista, y pensábamos utilizar las estaciones nacionales de radio para un llamamiento a la huelga general. Si no se lograba la paralización del país, el objetivo nuestro era después ir hacia las montañas para librar una guerra irregular en las montañas.

Así que el plan de la guerrilla ya lo tenía elaborado.

Tenía dos variantes. Una, tratar de provocar un levantamiento nacional para el derrocamiento de Batista. Caso de no lograrse el levantamiento nacional, o en el caso de que Batista pudiera reaccionar con fuerzas superiores y atacarnos aquí en Santiago de Cuba, la idea nuestra era, con las armas del cuartel Moncada, marchar a las montañas y librar la guerra irregular en las montañas. Fue exactamente lo que hicimos tres años después. La estrategia que elaboramos para el Moncada fue la misma que nos condujo después a la victoria, solo que en la segunda ocasión no comenzamos por el Moncada, sino comenzamos por la Sierra. Hicimos la guerra en la Sierra, y al final liquidamos a Batista con esa misma estrategia en esencia.

De modo que la estrategia del Moncada fue la estrategia que seguimos —en rasgos generales— después, y con la cual derrocamos a Batista. Pero no fue en ese momento.

Ahora, estoy convencido de que si hubiéramos podido tomar el cuartel y ocupar las armas, y hubiéramos iniciado en ese entonces la guerra contra Batista, habríamos liquidado a Batista antes. Ahora, habría que ver si la correlación de fuerzas en 1953...

Yo pienso que si hubiéramos liquidado a Batista en 1953, el imperialismo nos habría aplastado; porque entre 1953 y 1959 se produjo en el mundo un cambio en la correlación de fuerzas muy importante.

La Guerra Fría estaba todavía en pleno auge.

Y el Estado soviético era todavía relativamente débil en esa época. Y hay que ver que a nosotros nos ayudó decisivamente el Estado soviético, que en 1953 no lo habría podido hacer. Esa es mi opinión.

Es decir, un triunfo en 1953 posiblemente habría sido frustrado después por el imperialismo. Pero seis años más tarde, era el momento preciso, muy ajustado, en que un cambio en la correlación de fuerzas del mundo nos permitía a nosotros sobrevivir. Tal vez en 1953 no habríamos sobrevivido, si hubiésemos triunfado.

Se hubiesen radicalizado y...

Pero habiendo triunfado en 1959, hubo una oportunidad de sobrevivir. Esa es mi apreciación.

Una oportunidad.

Sí, sí, una oportunidad.

Eso es significativo, que usted diga una oportunidad; porque realmente fue bastante estrecha para...

¿Qué habríamos podido hacer en 1953? Habríamos triunfado, habríamos llevado a cabo el programa revolucionario que entonces habíamos concebido, ese programa habría desatado la agresión imperialista, y nos habrían aplastado. De modo que si la Revolución triunfa en 1953 no habría podido sobrevivir. Esos son los azares de la historia.

Bien, Comandante, ¿podemos seguir con usted?

Hacemos lo que ustedes quieran. ¿Quiere que le enseñe las armas aquí? Venga. Ese es el único fusil M-1 que teníamos, la única arma de guerra.

Esta es una selección del grupo de armas que nosotros utilizamos. Esta es la única arma de guerra que había, un fusil M-1, que era de la Universidad. Entrenábamos allí en la Universidad con ese fusil.

De este fusil teníamos 3, pero este es un fusil de la época de Buffalo Bill más o menos, un fusil 44. El grueso de nuestras armas eran de este tipo de escopetas, calibre 12, calibre 16 y fusiles de 22 milímetros. Con estas armas... Estas las compramos en armerías todas. Pero yo diría que eran armas eficientes, eran fusiles automáticos, y estos también eran automáticos, que tenían cartuchos especiales que había comprado. Y pienso que son armas eficientes, aún hoy pienso que son armas eficientes.

Claro, no teníamos ninguna bazooka, ningún cañón antitanque, ningún mortero. Habría sido mucho mejor todo eso. Pero en aquella época teníamos esas armas, y esas fueron las armas con las cuales nosotros organizamos el ataque al cuartel Moncada.

Otro hecho: nosotros habíamos adquirido uniformes del Ejército, todos nuestros uniformes eran uniformes del Ejército, que los habíamos adquirido a través de un compañero nuestro que estaba en el Ejército de Batista, y entonces los 135 hombres tenían uniformes militares. El elemento sorpresa era el factor decisivo de la operación, con estas armas y con estos uniformes del Ejército.

Al Ejército de Batista íbamos a tomarle la segunda fortaleza militar del país, que tenía más de mil hombres. Y se habría podido tomar. Aún hoy, pienso que el plan no era un mal plan; era un buen plan.

El problema fue el desvío de la otra fuerza.

El problema fundamental es que con motivo de los carnavales, que nosotros habíamos planificado nuestra acción en el carnaval, durante el carnaval, para poder movilizar más fácilmente a nuestras fuerzas, en esos días precisamente ellos redoblaron la guardia, y establecieron una posta cosaca alrededor del Regimiento. Y lo que complicó la situación definitivamente fue el

choque nuestro con la guardia cosaca, una guardia cosaca que pusieron a todo alrededor del cuartel y por la calle principal por dónde íbamos nosotros. Y origina un combate fuera del cuartel. De lo contrario, nosotros habríamos podido tomar el cuartel perfectamente bien.

Se puede sacar una foto ahí.

En este pozo escondimos las armas, y sobre este pozo Abel Santamaría, que era el compañero responsable de esta casa y dirigente del Movimiento, colocó esta tinaja. En esa tinaja echó tierra y sembró un árbol. Así que nuestras armas estaban debajo de un árbol que se sembró aquí. Y así estaba todo hasta el día 26 de julio, que quitamos el árbol, quitamos la tinaja y sacamos las armas.

(La entrevista continúa mientras Fidel conduce el *jeep*, rumbo al cuartel Moncada).

¿Cuántos carros eran en total?

Eran, en total... Primero salieron los carros que iban a tomar el Hospital Civil; eran tres. Después, los carros que iban a tomar la Audiencia; eran dos y después conmigo iban los carros que iban a tomar el cuartel, que eran alrededor de 14 carros los que iban conmigo. Yo llevaba alrededor de 90 hombres para tomar el cuartel.

¿Entonces el total eran asignados a otros objetivos?

Sí, había 35 destinados a tomar el Hospital Civil y la Audiencia, para rodear el cuartel.

¿Su hermano Raúl, Comandante, qué misión tuvo?

Raúl iba a tomar el Hospital Civil, el Hospital Civil no, la Audiencia de Santiago de Cuba, que rodea el cuartel. Y Abel iba

al Hospital Civil. Yo a los compañeros responsables, al segundo jefe del Movimiento, que era Abel, lo mandé al Hospital Civil por si me mataban a mí en el cuartel, ¿comprende?, que no fuera a quedar el grupo sin dirección. Y Raúl iba a la Audiencia. Nosotros tomábamos los edificios alrededor del cuartel simultáneamente con el ataque al cuartel.

Ya se imaginará que íbamos tensos por aquí, por este camino; pero en realidad muy decididos. Ciertamente no teníamos ninguna duda del éxito. Lo más difícil hasta este momento se había logrado: organizar los hombres, entrenarlos, adquirir las armas y preparar el ataque.

Claro, sin caer en la represión.

Claro.

¿Y esta montaña, al frente, es la Gran Piedra, a donde fueron después?

Después nosotros regresamos aquí a la casa, para tratar de reorganizar a la gente, y con un grupo de 10 o 12 hombres fuimos a las montañas. Pero nuestras armas, que eran buenas para luchar en el cuartel, no eran buenas para luchar en las montañas.

¿No eran de largo alcance?

Eran de muy corto alcance.

Me imagino que el panorama era un poco distinto, porque no había tales pastoreos allí.

No, esto es nuevo todo. Si quieren, pueden guardar material para cuando lleguemos allá, ¿eh?

Sí, sí, hay.

Era por este puente. El único incidente de importancia es que este puente es de una sola vía, y cuando íbamos por allí

venía un carro por el frente, y tuvimos que esperar que cruzara, y entonces seguimos por aquí.

Como usted ve, la casa estaba cerca del cuartel. Aquí doblamos para entrar en el cuartel.

¿En ocasión del asalto siguieron derecho?

Por aquí, por aquí, por aquí seguimos. (Fidel y los periodistas arriban al cuartel Moncada, donde prosigue el relato). Entonces le voy a decir dónde se produce la crisis; la crisis se produce aquí. ¿Por qué? Porque la posta cosaca venía en esta dirección hacia acá, y nos la encontramos aquí; pero un carro había pasado delante de nosotros, que es el que tenía que desarmar la posta, y el carro llegó —llevaba 100 metros delante de nosotros— y desarmó la posta. Pero la posta cosaca vio pasar el primer carro y se quedó mirando; y cuando vio que el carro desarmó a la posta allí, se puso en actitud de guardia, de alerta.

Entonces me quedaba a mí aquí al lado la posta cosaca, y yo estaba sacando la pistola para hacer prisionera a la posta cosaca. Y en ese momento, la posta cosaca se da cuenta de que nosotros estamos al lado, y hace un ademán de disparar y yo le tiro el carro a la posta cosaca arriba. Aquí mismo fue, en este lugar, más o menos. Entonces la posta cosaca se retira para allá, yo me bajo... Porque yo estuve haciendo tres movimientos: con esto por aquí, manejando por aquí, la pistola por acá. Entonces, cuando yo me paro, los carros que vienen detrás piensan que están dentro del cuartel y se bajan y asaltan este lugar aquí. Entonces yo tengo que bajar a sacar a la gente de este edificio para continuar el ataque; pero invierto como 5 o 6 minutos en eso. Cuando ya nosotros montamos otra vez en el carro, monto otra vez en el carro, un carro avanzó y retrocedió y chocó con el

mío. El resultado fue que el combate se empieza a desarrollar fuera del cuartel, y el combate tenía que desarrollarse dentro del cuartel...

Entonces se movilizó el cuartel.

Entonces se movilizó el Regimiento, y entonces organizó la defensa. Eso fue lo que impide... Porque realmente la posta cosaca era una cosa nueva, que la habían puesto con motivo de los carnavales. El plan realmente... Le voy a decir... Yo no sé si se podrá caminar por aquí, pero ahí no había árboles creo yo en esta época. Entonces el asalto empezaba allí, allí.

Allí tenía que empezar.

Allí tenía que empezar todo cuando nos franqueara la posta. Pero resulta el encuentro con la posta cosaca, que en realidad yo tuve dos intenciones: uno, proteger la gente que había tomado la posta; segundo, quitarle las armas a la posta cosaca. Yo creo que si hubiéramos seguido de largo sin hacerle caso a la posta los otros carros, habríamos tomado el cuartel.

En esos momentos.

Sí, sí, lo hubiéramos sorprendido; porque él hubiera visto un carro delante, otro detrás, otro detrás, y la posta cosaca no habría tirado. Hoy me doy cuenta de eso, pero en aquel momento yo traté de proteger la gente que tomó la posta y quitarle las armas a la posta cosaca. Y como resultado de eso se produce el combate fuera del cuartel; y la gente que no conocía bien el cuartel, asalta todos aquellos lugares. Y yo tengo entonces que dedicarme a reorganizar a la gente para el encuentro... Cuando vamos a penetrar en el cuartel, se produce un accidente de un carro que choca con el carro mío.

Porque la gente suya no conocía a Santiago realmente.

La gente no conocía, la gente tenía que pararse donde yo me parara. Pero realmente en ese momento, cuando yo veo que la posta cosaca va a tirarle a la gente nuestra en el cuartel, traté de protegerlos y fui a arrestar la posta cosaca. Entonces la posta nos descubre, va a tirar, yo le tiro el carro arriba a la posta cosaca, y en ese momento se empieza a armar el tiroteo. Pero el tiroteo se arma fuera del cuartel.

Entonces ese incidente fue el más grave.

Ese fue el más grave. Si no llega a ocurrir el incidente de la posta cosaca, nosotros tomamos el cuartel, porque la sorpresa era total. El plan era un buen plan. Y si fuera necesario hacer un plan ahora, con la experiencia que ya tenemos, haríamos un plan más o menos igual. El plan era bueno. Es decir, que se produce un incidente, una cosa accidental, que dio al traste con todo el plan; esa es la realidad. El fracaso de la toma del cuartel fue el encuentro con la posta cosaca, que en realidad debimos haber seguido de largo.

¿Por qué le llamaban posta cosaca?

Porque le llaman así a la posta que hace recorrido alrededor del cuartel, y esta iba de aquí hasta la avenida, y volvía. Y la pusieron con motivo de los carnavales, es decir que eso no estaba previsto, la posta. Parece que con motivo de los carnavales, quizás para prevenir incidentes de menor importancia, pusieron la posta cosaca; porque ellos no tenían la menor sospecha de que se iba a atacar el cuartel, pero la posta la pusieron con motivo de los carnavales de Santiago; anteriormente no tenían esa posta, la pusieron esos días.

Por otro lado, los carnavales eran un elemento favorable.

Nos ayudaban, porque facilitaban el movimiento con menos sospecha. Es decir, el carnaval nos favoreció, pero por otro lado el carnaval originó que ellos pusieran una posta extra que no ponían normalmente, y esa posta tiene el choque con nosotros allí, a 80 metros de la entrada del cuartel. Pero de lo contrario, de los carros se habría bajado aquí todo el mundo y habrían tomado el cuartel, lo habrían tomado. Y estábamos vestidos de soldados además. Y si se toma la posta, se atrincheran aquí, porque el problema es que ellos movilizan al Regimiento; de lo contrario, nosotros hubiéramos agarrado al Regimiento dormido y lo habríamos cercado, porque teníamos tomado el edificio de la Audiencia, los edificios que rodean, los edificios principales los habíamos tomado ya, los que rodean el cuartel. Entonces nosotros habríamos tomado esta parte y los habríamos puesto para el patio a ellos. Claro, habría sido una carnicería; porque lo que se demostró allí cuando chocamos con la posta cosaca, empezó el tiroteo violento, muy violento... Yo pienso que como la gente nuestra todavía no tenía mucha disciplina de fuego, al llegar aquí habría disparado también, y habría sido una carnicería. No dudo eso.

¿Y ahora en este cuartel existe una escuela? Se ven pioneros...

Sí, una escuela. Quitamos los muros y todo eso. Pero algunos critican eso, porque dicen que mejor se hubiera quedado como lugar histórico; pero en los primeros tiempos de la Revolución no teníamos muchas escuelas y no estábamos pensando en la historia, y entonces tumbamos los muros e hicimos una escuela.

Pero es un lugar histórico.

Pero queda ahora un pequeño museo aquí, es lo que hay. Quizás algún día sea mejor reconstruir los muros y dejarlo como estaba originalmente.

Comandante, yo, como le mencioné, quería pasar a otro punto antes de hablar de cosas políticas más generales. Una cuestión que ha impresionado bastante a cualquiera que conozca la historia de Cuba un poquito, fue ese proceso de su aislamiento después de la derrota del Moncada, con la tragedia de tantos compañeros muertos. Una derrota, claramente... ¿Cómo en ese aislamiento, esa celda de aislamiento, usted no se perdió de ánimos, no abandonó la lucha; siguió pensando, siguió preparando La historia me absolverá, hizo un documento político que fue la base de la continuación de la lucha y el programa de la Revolución?

En realidad nosotros trabajamos para la victoria, no para la derrota, y sufrimos un revés muy duro. Pero además, ese revés había costado el sacrificio de muchos compañeros. Si antes del ataque al Moncada me sentía obligado con el país, después del ataque me sentí mucho más obligado. Yo creo que dadas nuestras intenciones, nuestros propósitos, no podía reaccionar de otra forma que como reaccioné, todavía con más decisión, más espíritu de lucha. Nadie sabía cómo podía terminar todo aquello. No sabíamos, incluso, si nos iban a asesinar. Pero, desde luego, teníamos que defender nuestras ideas, teníamos que defender nuestra verdad. Puede decirse que en circunstancias como esas, el hombre tiene mucho más estímulo que en circunstancias normales y, de esas dificultades saca fuerzas para enfrentarse a los problemas. Pero lo más esencial de todo es que nosotros estábamos absolutamente convencidos de que teníamos la razón. Y ese factor nos daba fuerzas para enfrentarnos a aquellos momentos tan difíciles, profundizar más, exponer ante el pueblo los objetivos de nuestra lucha, enfrentarnos

a la campaña de calumnias del gobierno y crear las condiciones para que si nuestra generación no podía realizar esas tareas, las pudiera realizar otra generación. Es decir, sembrar la semilla y ofrecer el ejemplo, que ya no era el ejemplo personal mío sino era el ejemplo de todos los compañeros que habían luchado y se habían sacrificado. Teníamos el deber de hacer el máximo esfuerzo para que ese sacrificio no fuera inútil.

En ese momento tan tremendo, usted se inspiró mucho en Martí, ¿verdad, Comandante?

En realidad, siempre, todos nosotros y toda nuestra generación recibió una gran influencia de Martí, y una gran influencia de las tradiciones históricas de nuestra Patria, que habían sido tradiciones de lucha muy duras por su independencia, y tradiciones realmente muy heroicas, que ejercían una gran influencia en todos nosotros. Yo en ese momento tenía una doble influencia, que la sigo teniendo hoy: una influencia de la historia de nuestra Patria, de sus tradiciones, del pensamiento de Martí, y de la formación marxista-leninista que habíamos adquirido ya en nuestra vida universitaria.

Siempre esa combinación de las dos influencias: la influencia del movimiento progresista cubano, del movimiento revolucionario cubano, del pensamiento martiano y del pensamiento marxista-leninista, estuvo muy presente en todos nosotros. No se puede separar una cosa de la otra en la historia de nuestro país. Porque Martí en su época cumplió la tarea que le correspondía y fue exponente del pensamiento más revolucionario de aquella época. Pudiéramos decir, que para nosotros la vinculación de ese pensamiento patriótico, de ese pensamiento revolucionario con el pensamiento revolucionario más moderno, con el marxismo-leninismo; la combinación de esos fueron los elementos que más influyeron en nosotros y que más, realmente,

nos inspiraron. Y que no podía ser de otra forma, porque en países como Cuba la liberación nacional y la liberación social están estrechamente unidas.

Martí significó el pensamiento de nuestra sociedad, de nuestro pueblo en la lucha por la liberación nacional. Marx, Engels y Lenin, significaban el pensamiento revolucionario en la lucha por la revolución social. En nuestra Patria, liberación nacional y revolución social se unieron como las banderas de la lucha de nuestra generación.



CONTEXTO LATINOAMERICANO

Una revista de Ocean Sur

www.contextolatinoamericano.com
f ContextoLatinoamericano

La versión digital de Contexto Latinoamericano actualiza semanalmente cada uno de sus espacios dedicados a la actualidad, la opinión y el debate, al tiempo que ofrece una síntesis diaria del acontecer noticioso en América Latina y el Caribe.

PROYECTO EDITORIAL CHE GUEVARA

www.cheguevaralibros.com
f LibrosCheGuevara

Los títulos publicados en español e inglés propician el conocimiento de la vida, el pensamiento y el legado del Che a través de un ordenamiento temático por medio del cual se accede íntegramente a sus múltiples facetas.



RAÚL CASTRO RUZ

Fragmentos de su diario en Isla de Pinos.

Sábado 24 de julio de 1954¹⁰

Retorno al mismo día de 1953... En compañía de Pedro Miret y Abelardo Crespo fui anoche a una fiesta familiar y por motivo de unos jaiboles que tomé, ahora me dolía mucho la cabeza y me quedé acostado hasta la media mañana, era un viernes. Miret, que entonces era mi compañero de cuarto en la esquina de Neptuno y Aramburu y ahora también con Crespo somos compañeros de galera, había salido muy temprano y cuando regresó al mediodía y encontrarme con dolor de cabeza y aún en el cuarto, bajó a la calle y regresó con un jugo de manzana insistiéndome en que lo tomara «pues tenía que curarme enseñada», él se volvió a ir para la calle y a los pocos minutos yo vomité el jugo. No obstante, sus palabras, así como la seriedad de su rostro me hicieron pensar que algo raro pasaba. Al poco rato recibí una llamada telefónica de José Luis Tasende, diciéndome que me mantuviera en la casa y esperara otra llamada de él o que tal vez pasaría a verme. Ya no me quedaba lugar a dudas: la «hora cero», como solíamos decir, se acerca rápidamente. A media tarde recibo la anunciada visita del com-

¹⁰ Tomado de «Durante aquel amanecer del 26 de julio se inició el fin del capitalismo en Cuba». Fragmento de *Un diario escrito en el Presidio por el Cmdte. Raúl Castro*, publicado en *Bohemia*, 26 de julio de 1963, pp. 66-71.

pañero Tasende, quien se presentó con una visita relámpago idéntica a la de Miret, abandonando mi cuarto un instante después de darme algunas instrucciones y también a entender que muy pronto tendríamos que actuar sin más datos de ninguna clase. De acuerdo con esta conversación salí a la calle y en una peletería perteneciente a unos polacos en Belascoaín, compré un par de zapatos amarillos. Vuelvo a la casa y me acuesto para esperar, ya que seguía sintiéndome mal. A las ocho de la noche recibo la última llamada telefónica de Tasende, señalándome que me reuniera con él en el punto «L» (casa de Léster Rodríguez, cerca de la Universidad), dirigiéndome inmediatamente al punto indicado, donde con Tasende recogí el último cargamento de armas, dirigiéndome a la estación de ferrocarril, tomando el tren central rumbo a Oriente. Miret, Crespo y Léster se habían ido por otra vía. En la estación de ferrocarril nos reunimos con 16 compañeros más, todos subordinados al compañero Tasende.

1953. Nada dormimos en el viaje, el alba de aquel sábado caluroso se presentaba con esa tranquilidad que precede a los grandes acontecimientos. (En realidad era un amanecer como otro cualquiera, pero a mí se me ocurrió pensar que ese era diferente).

En el coche comedor, donde los componentes del grupo íbamos a almorzar individualmente como si no nos conociéramos, con la excepción de Tasende y yo que llegamos juntos a tomar el tren y por lo tanto, fuimos a comer algo también juntos, allí él me informó del objetivo.

Se me paraliza el estómago y desaparece el apetito, yo conocía la magnitud y fortaleza de ese objetivo por haber estudiado en Santiago de Cuba durante varios años, Tasende riéndose me decía: «come Raulillo, que mañana no vas a tener tiempo», yo

seguía tomando solamente pequeños sorbos de cerveza. Ya el tren avanzaba por la provincia de Oriente y después de pasar por Cacocún y un tramo antes de llegar al entronque de Alto Cedro, mirando hacia la izquierda divisé el central Marcané, un poco más a la derecha de este punto, se veían las faldas de las montañas donde empieza la Sierra de Nipe, allí estaban mis padres, en el mismo lugar donde habían nacido todos sus hijos. Con la vista fija y el pensamiento recordando los años de la niñez por esos puntos, estuve con la cabeza fuera de la ventanilla hasta que ondulaciones del terreno los hicieron desaparecer de mi vista. En Alto Cedro, durante la breve parada del tren, tuve que cubrirme bien la cara con un pañuelo y fingir que dormía para evitar ser visto por algunas de las personas que por allí conozco. Durante el viaje todo lo miraba con esa avidez que despierta el sentimiento de la última vez. Me agradaba infinitamente volver a ver esos lugares conocidos por mí, y sobre todo, saber que el teatro de los acontecimientos sería Oriente, mi tierra natal. A media tarde llegó el tren a Santiago de Cuba, en la estación esperaban Abel Santamaría y Renato Guitart, los que nos indicaron que atravesáramos la calle que teníamos por delante y fuéramos a hospedarnos al hotel Perla de Cuba, que estaba frente a la estación del ferrocarril, donde tenían separadas habitaciones para nosotros. Allí nos repartimos en unos cuartuchos del primer piso, y mientras unos esperaban con paciencia su turno para asearse un poco, aprovechando el único lavabo que había en el piso, otros nos echábamos en las camas para descansar un rato. Alrededor de las siete de la noche, fuimos para el restaurante del hotel, donde el diligente Abel Santamaría había ordenado preparar un succulento arroz con pollo, allí, entre tragos, risas y música, celebraban los carnavales algunos santiagueros. Con sus abigarrados disfraces algunos

grupos se veían pasar a lo largo de la calle en forma de pequeñas comparsas, a veces entraban al restaurante donde comíamos, tomaban algo y seguían la fiesta.

Sentados en diferentes mesas comían los compañeros, cuyos rostros estaban alegres, serenos y decididos, se necesitaba ser muy observador para poder ver en los ojos la tensión del momento, y adivino para descubrir que esa alegría era ajena completamente a las fiestas carnavalescas. Para hacer más normales las apariencias, Tasende a pequeños intervalos depositaba algunas monedas en el tocadiscos, piezas que no llegamos a oír porque eran muchas las que otros habían seleccionado con anterioridad y apenas terminó la comida nos íbamos marchando a nuestras habitaciones a esperar que nos fueran a recoger.

Cada pequeño cuarto solo tenía una cama y en la que a mí me tocó me recosté con ropa y zapatos y con ambas manos detrás de la cabeza, los ojos fijos en el alto techo del viejo hotel y la cabeza llena de pensamientos esperaba que transcurrieran los minutos más lentos de mi vida. Como las paredes que separaban los cuartos entre sí solo llegaban a la mitad del espacio que separaba el piso del techo, se percibía con toda intensidad el ruido de los tambores de las pequeñas comparsas que pasaban por la calle, así como el ruido del restaurante repleto de personas que bebían y comían, el tocadiscos seguía chillando canciones de diferentes tipos en forma ininterrumpida. A ratos percibía claramente la conversación que en el cuarto contiguo al mío mantenían un español y una prostituta que se hacían el amor, cuyo diálogo cambió de tono al final sustituyéndose las palabras amorosas por el tono comercial que encerraban las palabras del peninsular por el alto precio del asunto.

Por un instante pensé que no era justo que mientras unos bailaban y tomaban, o se hacían el amor, todos divirtiéndose a su manera, nosotros estuviéramos allí esperando ser llamados de un momento a otro para una acción inminente, ¿para cuántos de los compañeros que hace un momento estábamos sentados en el restaurante sería la última comida? De los 18 que formábamos ese grupo, al frente de los cuales venía el compañero Tasende, creo que solo tres regresamos con vida.

A medida que pasaban las primeras horas de la noche seguía desarrollándose con creciente intensidad el carnaval santiaguero. Con ritmo frenético sonaban los cueros de los tambores, cuando próxima ya la medianoche, se apareció un compañero enlace de nuestro improvisado Cuartel General, situado en la carretera entre Santiago y Siboney: Fidel nos mandaba a buscar. Minutos después nos encontramos con él y el resto de los compañeros, estaba tocando a su fin el sábado 25 de julio y dentro de pocos minutos comenzaría un nuevo día: el domingo 26 de julio de 1953.

En el VIII aniversario del 26 de Julio¹¹

Hace ocho años, Cuba entera fue conmovida por una noticia que la prensa censurada y vendida, publicó tan solo a medias y tergiversada: la noticia del asalto al cuartel Moncada, la fortaleza militar de la provincia oriental.

Lo que la mayoría de la gente supo entonces, aquel 26 de julio de 1953, fue que un grupo numeroso de jóvenes capitaneados por Fidel Castro, se había lanzado a una audaz operación

¹¹ Publicado en *Fundamentos*, no. 175, junio-julio de 1961.

militar para adueñarse del cuartel Moncada, que había habido fuerte lucha, que más de 80 jóvenes, una vez prisioneros, habían sido asesinados y que otros en los días siguientes, habían sido apresados y encarcelados.

El 26 de julio de 1953 abrió una nueva fase en la historia de Cuba: la fase de la acción armada como método principal de lucha contra la tiranía batistiana y contra el dominio semicolonial extranjero sobre nuestro país.

Fidel, que en el juicio fue su propio defensor y acusador implacable de la tiranía y del régimen económico-social existente en Cuba, expuso en el discurso ante el tribunal, conocido con el nombre *La historia me absolverá*, las razones que movieron aquel asalto heroico que se convirtió en sangrienta inmólación y los fines políticos que se proponía alcanzar y desarrollar.

Aquel no era el asalto a una fortaleza para alcanzar el poder con la acción de un centenar de hombres: era el primer paso de un grupo decidido para armar al pueblo de Cuba e iniciar la Revolución.

No era un *putsch* que tuviera el propósito de buscar un triunfo fácil sin masas; era una acción de sorpresa para desarmar al enemigo y armar al pueblo, a fin de emprender con este la acción revolucionaria armada.

No era una acción para quitar simplemente a Batista y sus cómplices del poder; era el inicio de una acción para transformar todo el régimen político y económico-social de Cuba y acabar con la opresión extranjera, con la miseria, con el desempleo, con la insalubridad y la incultura que pesaban sobre la Patria y el pueblo.

Es verdad que entonces no tenía Fidel una organización que respondiera a esos planes y estuviera comprometida con ellos; es verdad que Fidel confiaba en que dado el estado político del

país y el descontento existente, los combatientes se presentarían espontáneamente tan pronto hubiera armas y gentes dispuestas a comenzar y dirigir la acción; pero lo que importa destacar es que no se trataba de organizar una acción a espaldas de las masas, sino de conseguir los medios para armar a las masas y movilizarlas a la lucha armada; que no se trataba de apoderarse de la sede del gobierno y asaltar el poder, sino de iniciar la acción revolucionaria para llevar al pueblo al poder.

Escenario político hasta 1953

Tocaba a su fin el gobierno de Carlos Prío, que como los anteriores se desprestigiaba por la sumisión a los intereses imperialistas, por el gangsterismo, el robo descarado del tesoro público, la imposición sindical, la persecución al movimiento obrero, la clausura de su prensa revolucionaria y el asesinato de muchos de sus líderes. El Partido Auténtico, con el que llegara al poder, en el transcurso del mismo se había deteriorado enormemente, sufriendo grandes desprendimientos, careciendo totalmente de apoyo de masas. Conjuntamente con el Partido Auténtico formaban una coalición en el poder los liberales, demócratas y republicanos, conocidos con el nombre de «partidos de bolsillo», que representaban una exigua minoría de viejos políticos corrompidos y ladrones, representativos de los tradicionales sectores dominantes de la sociedad cubana, los hombres «corcho» acostumbrados a flotar a través de todas las mareas y tempestades políticas del país, como una muestra de que las anteriores sacudidas de nuestra vida republicana no habían sido lo suficientemente fuertes para hundirlos definitivamente.

El pueblo estaba descontento, pero esperaba algún cambio en las próximas elecciones generales para las que ya todos se estaban preparando.

En el campo de la oposición figuraba como mayoritario el Partido Ortodoxo con gran influencia en la pequeña burguesía, el Partido Socialista Popular, con bastante influencia en la masa obrero-campesina y el PAU [Partido Acción Unitaria], creado por Batista, con gente de su calaña y sin ninguna posibilidad de éxito.

Los ortodoxos, muerto ya su fundador, Eduardo Chibás, rechazaban un pacto de unidad propuesto por el PSP, los que ofrecían apoyar la candidatura presidencial de los primeros; pero estos, mientras rehuían la unión con otras fuerzas políticas abrían sus puertas y ofrecían importantes cargos en su dirigencia a gran número de viejos politiqueros, latifundistas, banqueros, plattistas en su mayoría, etc.

No obstante, con esa admirable disciplina y espíritu de sacrificio, característicos de los comunistas cubanos, pensando solo en lo que más convenía a Cuba en aquellos momentos, a pesar del rechazo ortodoxo y de las diarias advertencias de sus principales dirigentes de que no querían pacto con los comunistas, sobre todo para que los oyera bien el imperialismo y les diera el visto bueno inevitable para poder ser gobernantes en la Cuba de entonces, el Partido Socialista Popular decidió apoyar la candidatura presidencial ortodoxa y llevar su propia candidatura independiente para senadores y representantes con un programa de medidas de fondo, contra el imperialismo, el latifundismo, la discriminación, el desempleo, el asalto a los sindicatos y el mujalismo.

De esta forma ya era indudable que, siendo los ortodoxos el partido mayoritario de la oposición, contando además con el respaldo y la influencia del Partido Socialista Popular, les era fácil alcanzar el triunfo en las próximas elecciones generales.

Así estaban las cosas en Cuba, cuando el 10 de marzo de 1952, a 80 días de las elecciones se produce el golpe de Estado, encabezado por Batista y auspiciado por el imperialismo, para reforzar el semicolonialismo y prevenir un triunfo electoral ortodoxo, que si por su alta dirigencia no tenía nada que temer, por las masas que lo apoyaban y las demandas que estas exigían con posterioridad al triunfo, y que no se conformarían con las formales libertades, sí tenían mucho que temer.

El gobierno se desmoronó como un merengue en cuestión de horas y el presidente Carlos Prío, huía cobardemente.

La indignación nacional fue general; las masas salían a la calle pero volvían desalentadas a sus respectivos hogares, poniéndose inmediatamente de manifiesto la incapacidad y las vacilaciones que durante los siete largos años de la lucha contra Batista, mantendrían los dirigentes opositoristas que hasta unas horas antes, se mataban por subir a las tribunas y se cansaban de gritar al pueblo de que ellos eran los mejores y más capaces para dirigir el país.

Con el golpe de Estado, al producir la crisis política del país, parejamente se producía una crisis mayor aún, por ser de carácter definitivo, en la dirigencia del Partido Ortodoxo los alejados del poder, que tan cerca tuvieron en las manos, dieron rienda suelta a todas sus debilidades, ambiciones e incapacidades, con las excepciones que todos conocemos.

Por lo tanto, ni ese Partido, ni las facciones innumerables en que se dividieron sus dirigentes oficiales podrían ofrecer un camino ni mucho menos un programa de lucha a la masa que estaba ansiosa de algo más que libertades a secas y que manifestaban antes del golpe de Estado, que ya apetecía algo más que el microprograma de la honradez administrativa, que nada resolvería; una masa que empezó a comprender que el reciente golpe

reaccionario no era contra el gobierno que estaba en el poder sino contra ella misma y sus honradas aspiraciones. Y frente a tal situación no servía una dirigencia que predicaba el quietismo bajo actitudes «dignas», quejas inoperantes a la OEA, y consignas débiles, como no comprar zapatos ni ropas, no ir al cine, comprar lo menos posible, repudio moral, etc. etc., con las cuales no hubieran siquiera hecho temblar ni a un alcalde de barrio.

Lo peor de todo era que con su influencia y sus prédicas eran un verdadero obstáculo para movilizar las masas populares a la acción revolucionaria contra la tiranía, entorpecían a la unidad de acción de las fuerzas revolucionarias porque sus más altos dirigentes practicaban y predicaban el anticomunismo, sin el cual ningún dirigente burgués recibía el visto bueno de los yanquis para llegar al poder. Por tales motivos la tarea que teníamos por delante era mucho mayor: luchar contra Batista y contra lo que muchos de los líderes opositores representaban.

Las consecuencias no se harían esperar; habían transcurrido cinco meses desde el asalto de Batista al poder y se aproximaba el primer aniversario de la muerte de Chibás, a su tumba irían miles de ciudadanos más a rendirle honor a su persona y aprovechar la oportunidad para hacer una demostración contra la tiranía, que para oír las palabras vacías, como siempre, de sus oradores. En aquella oportunidad circuló entre la multitud un pequeño periódico de varias hojas mimeografiadas nombrado *El Acusador*, que dirigía Fidel conjuntamente con varios ortodoxos. En el mismo aparecía un artículo titulado «Recuento crítico del Partido Ortodoxo» y que, firmado por Fidel, expresando el sentimiento de las masas ortodoxas, en algunos de sus párrafos decía:

Por encima del tumulto de los cobardes, los mediocres y los pobres de espíritu, es necesario hacer un enjuiciamiento

breve, pero valiente y constructivo del movimiento ortodoxo, después de la caída de su líder Eduardo Chibás.

(...)

El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La Revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor e ideal sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte. A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba.

Fidel expresaba en ese artículo la misma preocupación de las masas ortodoxas y se había decidido a publicar esas opiniones después de varios meses de tocar en todas las puertas de aquellos políticos a los que Batista y el imperialismo, con su golpe de Estado y las magníficas consecuencias que del mismo se han derivado en nuestros días, habían colocado una cruz con las clásicas siglas del E.P.D. sobre sus tumbas de hombres públicos. Siete años más tarde le tocaría el turno a Batista y al imperialismo que luchó por mantenerlo; a estos en Cuba los enterró el pueblo con su revolución de enero.

La masa ortodoxa quedó como un ejército cuyos jefes se dieron a la desbandada para siempre, su juventud seguía participando de cuantos actos de calle se propiciaban contra la tiranía, mientras de sus filas humildes iban surgiendo sus nuevos líderes. Con la lucha se iba evolucionando políticamente, y así sucesivamente, mientras se combatía a la tiranía, se hacían círculos donde se estudiaba el marxismo, se imprimían folletos, hojas sueltas, pequeños periódicos mimeografiados, templándose para la lucha. Muchos ingresaban en la Juventud Socialista.

Pasan unos meses más y el 28 de enero de 1953, centenario del natalicio de José Martí, parte de la escalinata universitaria una imponente manifestación donde participan los obreros, estudiantes, empleados y pueblo en general, y entre esa muchedumbre se destacaba un grupo de varios miles de jóvenes que, ocupando seis cuadras, marchaban en tan perfecta formación que llamaba poderosamente la atención. Al frente de ellos iba Fidel. Eran los jóvenes, en su mayoría del Partido Ortodoxo, que ya habían encontrado un jefe e iban en busca de nuevos caminos de lucha.

La terquedad y la ceguera de Batista, creyéndose omnipotente, y la función específica de perro guardián del imperialismo habían situado al país en un callejón sin salida. Pacíficamente lo único que podía lograrse sería una componenda entre las diferentes dirigencias de partidos burgueses que se disputaban el poder a espaldas del pueblo y en contra de sus intereses. De los cuatro partidos que junto al Auténtico formaban la coalición del gobierno de Carlos Prío a los dos días del golpe se adhirió a Batista el Republicano y antes del año, ya el Liberal y el Demócrata estaban otra vez en el poder junto a Batista. Es una muestra de que la política en Cuba era un «cachumbambé» de bandidos. En la clase obrera se intensificaba la destitución de sus líderes honestos, la imposición gansteril de falsos dirigentes, el asalto a manos armadas de los sindicatos, la pérdida paulatina de muchas de sus conquistas; la ofensiva patronal aliada a Mujal y al imperialismo profundizaba la división teniendo como bandera el anticomunismo, cuidadosamente alimentado por la embajada yanqui a través de sus agentes en los cargos dirigentes de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC). Todo esto hacía que estuviera muy lejano el momento en que el movimiento obrero de masas alcanzara las formas explosivas de lucha.

En el campo, la ahora desaparecida guardia rural, esa especie de policía política rural, jugaba el mismo papel que los actuales carabineros en otros países hermanos del continente. No permitían siquiera que nuestros campesinos se reunieran para crear una asociación campesina que les permitiera luchar por sus más inmediatas demandas, y solo subsistían algunas que, a duras penas, habían podido soportar las embestidas de los geófagos y sus defensores de la guardia rural, como las del Realengo 18, Las Maboas, el Cobre.

Los estudiantes cada vez que tenían oportunidad salían a las calles en manifestaciones y encuentros con la policía. Pero a pesar de su creciente combatividad, no dejaban de ser un pequeño sector que mantenía en alto su heroica tradición de lucha, que constituían un factor permanente de agitación, pero que por sí solos, muy poco o nada podían hacer.

Poner en marcha a las masas

Estábamos de acuerdo y teníamos conciencia de que era necesario, para destruir la tiranía, poner en marcha el movimiento de masas, pero, con los antecedentes expuestos ¿cómo lograrlo? Por aquellos tiempos Fidel decía: «Hace falta echar a andar un motor pequeño que ayude a arrancar el motor grande».

El motor pequeño era una acción inicial con aquellos jóvenes que, marchando casi militarmente, lo seguían aquel 28 de enero de 1953 y que, unas veces en pequeños grupos introducidos en la Universidad y, otras, en pequeñas fincas propiedad de campesinos amigos en el interior de la provincia de La Habana, habían ido recibiendo instrucción militar elemental, con manejo de armas y algunas prácticas de tiro.

Eran jóvenes humildes, en su mayoría obreros, empleados y algunos campesinos de La Habana y municipios del interior

de la provincia y también de Pinar del Río. Se destacó Artemisa por la cantidad de magníficos combatientes jóvenes que proporcionó, muchos de los cuales fueron cayendo a través de la lucha en los años posteriores. Algunos llegaron a ser heroicos combatientes del cuartel Moncada, firmes revolucionarios en la cárcel y el exilio, expedicionarios del *Granma*, valientes oficiales guerrilleros y fundadores del Ejército Rebelde, como Ciro Redondo y Julio Díaz, héroes de nuestra juventud que, como tantos otros, cayeron en la Sierra Maestra, sin poder ver el triunfo de su causa. Como justo homenaje a su memoria, una vez acabada la guerra, después de siete años de ausencia y de luchas incesantes, en hombros de su pueblo fueron trasladados a su ciudad natal de Artemisa. Así eran aquellos jóvenes, hijos de nuestro pueblo humilde que, aquel 28 de enero, iban detrás de Fidel, ya habían recibido alguna instrucción militar, preparándose para el camino de la lucha armada, único que veíamos con posibilidades de éxito. Mientras tanto harían acto de presencia en las manifestaciones, actos, o cualquier otro tipo de lucha contra la tiranía batistiana.

Ya Fidel lo tenía decidido: el motor pequeño sería la toma de la fortaleza del Moncada, la más alejada de la capital, la que, una vez en nuestras manos, echaría a andar el motor grande, que sería el pueblo combatiendo, con las armas que capturaríamos, por las leyes y medidas, o sea, el programa que proclamaríamos. Solo había una parte débil del plan: si fallábamos en la toma del cuartel, todo se vendría abajo. Una cosa dependía de la otra, el motor grande del pequeño; pero era una posibilidad, y detrás de ella nos lanzamos.

Se escogió el 26 de julio, domingo de Santa Ana, porque, como es sabido, durante esa fecha se encuentra en su mayor auge y desenvolvimiento los carnavales de Santiago de Cuba.

Con tal motivo, miles de cubanos de otras partes del país, incluyendo numerosos turistas de La Habana o santiagueros que, sencillamente, acuden a su ciudad natal para divertirse durante una semana en las tradicionales fiestas populares, lo que haría pasar totalmente desapercibidos a los hombres que se trasladarían desde La Habana hasta Santiago de Cuba como unos turistas más, de la misma forma que facilitaría, con el exceso de pasajeros y equipajes, el traslado de las armas.

Había transcurrido mucho más de un año desde que Fidel inició su tarea de ir aunando en un movimiento, hasta entonces sin nombre y conocido solo por «El Movimiento», a los mejores de los jóvenes ortodoxos que pudieron tener contacto con él.

Merecería varios capítulos de un libro que recogiera ampliamente todo ese acontecimiento histórico, la etapa de preparación antes del ataque al Moncada; esta vez me limitaré a señalar los rasgos esenciales.

De todos los recursos económicos con que contaríamos dependían en buena medida los efectivos militares de que dispondríamos, y por lo tanto, la suerte de la operación. Desgraciadamente se reunieron solo unos 20 000 pesos, después de muchos sacrificios bastando tres ejemplos, por citar compañeros caídos, de cómo se consiguieron: Elpidio Sosa, vendió su empleo y se presentó ante Fidel con 300 pesos «para la causa»; Fernando Chenard, que vendió los aparatos de su estudio fotográfico, con el que se ganaba la vida, y Pedro Marrero, que empeñó su sueldo de muchos meses y fue preciso prohibirle que vendiera también los muebles de su casa; y así sucesivamente. Es fácil imaginarse cómo se recaudaron los fondos, entre los que lo dieron todo y muchos después la vida. No hay con qué medir la distancia que separa la actitud patriótica y honrada de estos muchachos de la juventud cubana, con la

de aquellos políticos que se gastaban millones en sus campañas electorales y no eran capaces de dar un centavo para liberar la Patria. Y no creo que sería porque tendría la seguridad de que también nos íbamos a liberar de ellos, porque entonces, ni ellos, ni mucho menos «su enemigo» Batista y el imperialismo, se imaginaban lo que vendría después.

Con tan reducidos recursos no eran muchas las armas, ni mucho menos, de calidad que pudiéramos conseguir. Una a una fueron compradas varias docenas de escopetas automáticas de cinco cartuchos calibre 12 y más o menos igual cantidad de pequeños rifles semiautomáticos calibre 22. Solo conseguimos una ametralladora de mano marca Browning calibre 45 y una carabina M-1, varios rifles Winchester recortados, calibre 44, de los que usan los *cowboys* en las películas americanas de la conquista del Oeste y algunas pistolas de variado calibre. Ese era todo nuestro armamento, suficiente, entregándole un arma a cada uno, para armar unos 150 hombres. Semejante armamento era fácil adquirirlo con licencias falsas, usadas una y otra vez, en diferentes armerías, debido a que a pesar de la vigilancia y control de las ventas que sobre las armerías de la capital mantenía el régimen, nadie iba a imaginarse, por inconcebible, que fuese a ser atacada una fortaleza militar con escopetas de matar pájaros.

Los planes se iban desarrollando en medio de todos los sinsabores y dificultades imaginables de la estrechez económica, la vigilancia gubernamental, que si es cierto que para esa fecha no había adquirido la forma brutal e implacable de persecución sangrienta de los años próximos, no es menos cierto que era necesario conservar todas las reglas y adoptar las mayores medidas de seguridad propias de una lucha clandestina.

[...]

Duras fueron las condiciones de trabajo en medio de tales circunstancias y no menos duras fueron las condiciones creadas por la hostilidad, humillaciones, subestimación, desprecio y burla que padecíamos en aquel ambiente de la «oposición a Batista», que no se sabe a quién le hacían más oposición, si a Batista o a los que de verdad trabajaban honradamente por hacer algo contra Batista. Aunque el pueblo y casi toda la juventud había estado perdiendo la fe en ellos, aún había muchos «jefazos» llenos de la «dignidad del quietismo», muchos altaneros que nos miraban por arriba de los hombros, sobre todo a Fidel, muchos vanidosos y estrategas tomadores de café en conocidos restaurantes, los que sobre las servilletas que les entregaban para limpiarse la boca, trazaban los planes y las soluciones de los males de Cuba, todo sobre la base no muy bien disimulada, de sus futuras y personales aspiraciones.

Pero siguieron los planes adelante haciendo caso omiso a esas pequeñeces de los que, con el fragor de la lucha, la caída de Batista y el advenimiento de la Revolución, se desmoronarían sus pedestales de barro y serían incapaces de soportar, comprender, y mucho menos asimilar la tempestad revolucionaria que en el transcurso de los próximos años los abatiría a todos en nuestro país: a ellos, seudorrevolucionarios, a Batista y al imperialismo. Perder la oportunidad y el camuflaje que nos brindaban los carnavales santiagueros, equivalía a tener que esperar otro año o intentar una movilización semejante, que no hubiera pasado inadvertida a los ojos alertas de la dictadura, en una ciudad pequeña como Santiago, si no es con la justificación antes mencionada.

En Santiago, solo se contaba con el joven Renato Guitart. Era suficiente, por ahora. Para los trabajos a realizar allí se alquiló una pequeña finca con el pretexto de una pollería, por

la carretera que va de Siboney a Santiago, a unos 15 minutos en automóvil del último punto, donde se iban recibiendo y guardando en un pozo abandonado las armas que llegaban de La Habana, por las más diferentes vías y métodos.

En esta misma finca nos reuniríamos la víspera del ataque para recibir las armas, los uniformes y las últimas instrucciones.

Se alquilaron algunas casas en Santiago de Cuba, donde serían recibidos los combatientes y hasta se prepararon sin la menor precaución con pequeñas camas para dormir, ya que «estaban listas para albergar a numerosos jóvenes habaneros que en excursión venían a participar de los carnavales».

Dirigidos por el compañero Renato Guitart, conocedor de su ciudad natal, se iba acumulando información, movimientos y planos de la fortaleza militar, parejamente y en menor escala, trabajos similares se iban haciendo en la ciudad de Bayamo y se iban obteniendo datos de la sede del escuadrón militar de esta ciudad que, desde hacía cerca de un siglo, no veía librar en sus calles un combate por la libertad.

Se iban aproximando los carnavales de Santiago y, con ellos, la «hora cero», lo que en el argot revolucionario quería decir la proximidad de una acción importante. Con ritmo acelerado se iban haciendo los preparativos finales. En diferentes grupos iban partiendo los «excursionistas para los carnavales». Unos en ómnibus, otros por tren, el resto en algunos automóviles, alquilados o prestados, tomaban rumbo a la capital oriental unos 165 jóvenes, un médico y dos muchachas: Haydée Santamaría y Melba Hernández. Por cada uno de los que vino se quedaron 20 entrenados en La Habana y Pinar del Río que, por falta de armas, tenían que quedarse. Si hubiésemos tenido más recursos, utilizando el pretexto de los carnavales, de la misma forma que fueron 165 pudieron haber ido 1 650, aunque para

haber obtenido un resultado victorioso en la acción, con mucho menos lo hubiéramos logrado.

El ataque al Moncada

Durante la noche del día 25 de julio, con el pueblo de Santiago de Cuba en medio de las calles, celebrando sus fiestas tradicionales, iban los combatientes que salían de los hoteles, donde se habían hospedado y casas previamente alquiladas, marchando en pequeños grupos, en automóviles, hacia la «pollería» en la carretera de Siboney. A medianoche estábamos todos reunidos en la pequeña casa de madera con piso de mosaico, con la excepción de las disimuladas postas que mantenían la vigilancia y protección del lugar.

Nos vestimos con los uniformes militares, idénticos a los del Ejército de la tiranía, camisa y pantalón color amarillo, gorra de visera del mismo color, algunos con la corbata reglamentaria para este tipo de uniforme. Vestíamos igual que ellos para aumentar la confusión del enemigo; lo único que desentonaba con aquella indumentaria militar, casi perfecta, eran los escopetones con perdigones o los pequeños rifles calibre 22, idénticos a esos que se utilizan en los salones de tiro al blanco, existentes en algunas ciudades.

Una vez listos, desenvueltos estos últimos minutos dentro del más riguroso silencio, en voz baja Fidel nos expuso el plan, en sentido general, y las tareas específicas a los diferentes grupos que tenían que cumplirlas.

[...]

De acuerdo con los planes de proseguir la lucha en las montañas si fracasaba el ataque, una vez de vuelta en la finca Siboney, Fidel reunió algunos hombres, en total unos 18, con las armas y el parque que quedaba. Durante una semana ocuparon

la parte alta de la cordillera de la Gran Piedra y el Ejército ocupó la base. Ni unos podían bajar, ni los del Ejército se decidían a subir. En medio de un terreno con muy escasa vegetación, sin agua, el hambre y la sed fueron venciendo la última resistencia. Fidel tuvo necesidad de ir distribuyendo a los hombres en pequeños grupos, consiguiendo algunos filtrarse entre las líneas del Ejército. Cuando solo quedaban con Fidel dos compañeros, José Suárez y Oscar Alcalde, totalmente extenuados los tres, al amanecer del sábado 1ro. de agosto, una fuerza al mando del teniente Sarría los sorprendió durmiendo. Ya la matanza de prisioneros había cesado por la tremenda reacción que provocó en la ciudadanía, y este oficial, hombre de honor, impidió que algunos matones los asesinasen en pleno campo con las manos atadas.

[...]

Aquella mañana del 26, el primer prisionero asesinado por la espalda fue nuestro médico Mario Muñoz, aunque la verdadera matanza de prisioneros no empezó hasta las tres de la tarde, hora en que llegó de La Habana el general Martín Díaz Tamayo, quien trajo instrucciones concretas salidas de una reunión donde se encontraban Batista, el jefe del Ejército, del SIM, el propio Díaz Tamayo y otros. Dijo que «era una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que había que matar 10 prisioneros por cada soldado muerto»; orden que inmediatamente empezaron a cumplir con todos los que iban cayendo prisioneros. Como el propio Fidel denunciara:

No se mató durante un minuto, una hora o un día entero, sino que en una semana completa, los golpes, las torturas, los lanzamientos de azoteas y los disparos no cesaron un

instante como instrumentos de exterminio manejados por artesanos perfectos del crimen. El cuartel Moncada se convirtió en un taller de tortura y de muerte, y unos hombres indignos convirtieron el uniforme militar en delantales de carniceros. Los muros se salpicaron de sangre; en las paredes las balas quedaron incrustadas con fragmentos de piel; sesos y cabellos humanos, chamusqueados por los disparos a boca de jarro, y el césped se cubrió de oscura y pegajosa sangre.

Todos nosotros teníamos instrucciones precisas de ser humanos en la lucha, y tratar respetuosamente a los prisioneros. Al frente de un grupo de tres, Ramiro Valdés, penetró en una barraca y tuvieron por un rato cerca de 50 prisioneros; los que fuimos al Palacio de Justicia hicimos nueve prisioneros; y en otros lugares también se les capturó prisioneros; a todos se les trató correctamente. En cambio ellos nos dieron un pago diferente.

El 21 de septiembre se inició la primera sesión del juicio en el mismo Palacio de Justicia que dos meses antes había tomado yo con una escuadra de combatientes.

Habíamos más de un centenar de acusados, sentados en el banquillo entre combatientes, sospechosos y líderes políticos de diferentes partidos que, intencionadamente, fueron detenidos e introducidos en el proceso por orden expresa del gobierno. Entre ellos se destacaban Lázaro Peña y Joaquín Ordoqui. Otros acusados, como Juan Marinello, no pudieron ser detenidos.

Durante todo ese tiempo, a Fidel lo habían mantenido incommunicado, separado de nosotros.

Fue el primero en declarar, por espacio de dos horas, al día siguiente. Autorizado por el tribunal a ejercer su propia defensa, ocupó un lugar entre los abogados defensores, y sus interrogatorios a los testigos, que desfilaban frente al tribunal, ya iba poniendo en claro algunos de los asesinatos; por lo que,

violando abiertamente las órdenes del tribunal, el coronel Chaviano no lo volvió a presentar a juicio público. De ese modo fue desenvolviéndose en las sesiones sucesivas sin la presencia de Fidel.

Siguiendo su ejemplo, cerca de 30 acusados utilizamos el banquillo como tribuna de denuncia y, después de aceptar nuestra responsabilidad, íbamos señalando uno por uno todos los asesinatos y la forma en que fueron torturados nuestros compañeros. Al concluir el juicio, con una derrota política para la dictadura, fuimos condenados los que nos declaramos culpables, a penas de 13, 10 y tres años de prisión. Unos días después fuimos remitidos por avión al Reclusorio Nacional de Isla de Pinos. En Santiago quedaba Fidel incomunicado, el que días más tarde, a mediados de octubre, sería juzgado en juicio a puertas cerradas en un cuarto del Hospital Civil, en el que como único público tendría a los numerosos soldados que le servían de escolta.

En esa oportunidad y haciendo uso de la palabra en su condición de abogado que asumía su propia defensa, pensando que jamás el pueblo se enteraría de lo que allí decía, lo dejaron hablar libremente. Pronunció un valiente discurso que constituyó un formidable alegato y, como suele suceder en estos casos en que la razón la ponen en el banquillo de los acusados, se convirtió en el acusador.

Programa del movimiento revolucionario

[...]

El ataque al Moncada no era una acción encaminada solamente al derrocamiento de la tiranía, ni mucho menos independiente de la situación económica y social que padecía nuestro país.

Precisamente se apoyaba en el repudio total a Batista, a su gobierno y a lo que este representaba. Se acentuaba la crisis general de nuestra estructura semicolonial, el desempleo aumentaba; los trabajadores, los campesinos, todos los sectores populares de nuestro país, manifestaban gran descontento, del que no era ajena nuestra burguesía. Como consecuencia del estancamiento económico que padecíamos, y la competencia ruinosa que hacían los voraces monopolios imperialistas yanquis, los que no se inquietaban demasiado por los descontentos de la burguesía, sabedores que esta se encuentra paralizada por el temor que tiene, sobre todo en América Latina, a que la clase obrera y los campesinos encabecen la lucha patriótica y democrática y alcancen el poder. Los imperialistas yanquis confiaban en que en la crisis la burguesía nacional se pondría a su lado contra la soberanía y la independencia de la Patria.

Actuábamos convencidos de que nuestra acción tomando el Moncada, atacando simultáneamente el cuartel de Bayamo, con la intención de situar nuestras avanzadas junto al río Cauto, armando al pueblo con las armas arrancadas a los soldados de la dictadura, cortando los puentes de la carretera y el ferrocarril, ocupando el aeropuerto, las estaciones de radio, dirigiéndonos al pueblo con un programa cuya aplicación hubiera sido inmediata en el territorio que estuviera bajo nuestro control, de beneficio para obreros y campesinos, profesionales, pequeña burguesía y capas medias urbanas, etc., sería la chispa que desataría la tempestad revolucionaria por todo el país.

Y estas razones fundamentales de nuestra lucha no podrían faltar en el combativo discurso de defensa, acusación y programa que ante los intranquilos jueces (que horas después lo condenarían a 15 años de prisión) y los soldados atentos y

boquiabiertos que lo custodiaban, pronunciaba Fidel el día del juicio.

En medio del silencio absoluto se escuchaba con fluidez la palabra de Fidel. ¡Qué lejos de imaginarse estaban entonces aquellos jueces y soldados de que aquellas palabras de un prisionero, que estaba siendo juzgado en forma secreta como para que nadie se enterara de lo que allí se decía, años más tarde, para bien del pueblo, se convertirían en leyes de la nación!

[...]

Fidel resumía en sus conclusiones: «El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo; he ahí concretados los seis puntos a cuya solución se hubieran encaminado resueltamente nuestros esfuerzos, juntos con la conquista de las libertades públicas y la democracia política».

No dejó Fidel de señalar en su discurso, entre otras cosas, que una vez alcanzado el triunfo, se depuraría el Poder Judicial, se confiscarían los bienes a todos los malversadores, se castigaría ejemplarmente a todos los autores de asesinatos políticos, se nacionalizaría el Trust Eléctrico y el Trust Telefónico, la devolución al pueblo del exceso ilegal que han estado cobrando en sus tarifas y el pago al fisco de todas las cantidades que han burlado a la Hacienda Pública, aunque la nacionalización en sí misma, unida a la rebaja de las tarifas eléctricas y telefónicas compensaban los dos últimos puntos.

El programa de los combatientes del Moncada, con los reajustes necesarios que el desarrollo del proceso revolucionario nos impuso una vez en el poder, está siendo aplicado en su totalidad y los frutos rápidamente obtenidos están a la vista de todos.

Jalón hacia la liberación nacional y el socialismo

[...]

Para llegar a nuestros días, fueron de vital importancia los resultados históricos de aquel fracasado ataque al cuartel Moncada. En primer lugar, inició un período de lucha armada que no terminó hasta la derrota de la tiranía.

En segundo lugar, creó una nueva dirección y una nueva organización que repudiaban el quietismo y el reformismo, que eran combatientes y decididas y que en el propio juicio levantaban un programa con las más importantes demandas de la transformación económica-social y política exigida por la situación de Cuba y que, como consecuencia, rechazaban el plattismo de los viejos dirigentes que fueron dejados atrás, perdiendo influencia entre las masas.

Como una muestra concreta de tal pérdida, apareció en la sección Cabalgata Política de la revista *Bohemia* de fecha 4 de diciembre de 1955 lo siguiente:

Fidel Castro resulta un competidor demasiado peligroso para ciertos jefes de la oposición que durante estos tres años y medio no han acertado a tomar una postura correcta ante la situación cubana. Esos jefes lo saben muy bien. Se sienten ya desalojados por el volumen que va alcanzando el Movimiento Revolucionario 26 de Julio en la batalla anti-batistiana. La reacción lógica de los políticos ante ese hecho evidente debiera ser enfrentar una acción política resuelta a la acción revolucionaria del fidelismo.

En tercer lugar, destacó a Fidel Castro como el dirigente y organizador de la lucha armada y de la acción política radical del pueblo de Cuba.

Y en cuarto lugar, sirvió de antecedente y experiencia para la organización de la expedición del *Granma* y la acción guerrillera de la Sierra Maestra.

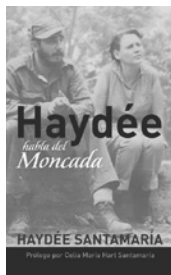
Fidel no se eleva a la dirección nacional de Cuba solo porque demostrara valor y arrojo, firmeza y decisión en la organización del asalto al cuartel Moncada, sino porque expuso, junto a eso, el programa de la Patria, el programa del pueblo. Y no solo expuso ese programa sino que demostró la voluntad de realizarlo y enseñó el camino para conquistarlo.

Si Carlos Marx dijo de los comuneros de París «que intentaron tomar el cielo por asalto», del ataque al Moncada por varias docenas de jóvenes armados con escopetas de matar pájaros, alguien debiera decir que «trataron de tomar el cielo por sorpresa». Años después, en el *Granma*, vendría de nuevo el motor pequeño; habían madurado más las condiciones; no volvimos a confiarnos a los resultados exclusivos de una acción, haciendo depender los demás planes de los resultados de aquella, sino en forma tal que uno o varios fallos no hicieran fracasar la empresa. Y a pesar de los primeros y serios reveses que sufrimos los expedicionarios del *Granma* al inicio de la lucha guerrillera, la tenacidad y firmeza de Fidel al inculcarle a los pocos y primeros combatientes la idea de no darnos nunca por vencidos, mantuvo las guerrillas durante los primeros tiempos, logró el apoyo de los campesinos y los obreros agrícolas primero, de la clase obrera y el resto del pueblo después. Todo esto constituyó el motor grande que hizo caer a la tiranía e iniciar la Revolución. No fue aquella mañana de julio de 1953, sino el Primero de Enero de 1959, cuando con una base firme, iniciamos la conquista del cielo, aquel que para un verdadero revolucionario, para un marxista-leninista, se conquista aquí en la tierra: el progreso, el bienestar y la felicidad de nuestro pueblo.

El 26 de Julio es una gran efeméride de la Revolución.

El 26 de Julio es una gran fecha en la historia de nuestra Patria.

El 26 de Julio se prolonga en el *Granma*, en la Sierra, en el llano; se materializa en Enero de 1959, en el 17 de Mayo de la Reforma Agraria, en la Reforma Urbana, en los cuarteles transformados en escuelas, en la nacionalización de los pulpos de la electricidad y los teléfonos, los bancos, los centrales azucareros y demás grandes industrias y empresas del país, lo que permitió a la Revolución tomar en sus manos todos los principales resortes de nuestra economía, medida elemental para fortalecernos y seguir avanzando en medio de las circunstancias que nos rodean. Se enlaza y se continúa con la Declaración de La Habana, con la victoria de Playa Girón y con la proclamación del carácter socialista de nuestra Revolución, que realiza en nuestra querida tierra cubana el más alto y querido ideal de la sociedad humana: acabar con la explotación del hombre por el hombre.



HAYDÉE HABLA DEL MONCADA

Haydée Santamaría

«Porque recordamos siempre —lo recordamos como si fuera ese primer día— cuando Abel nos decía: “Después de esto es más difícil vivir que morir, por lo tanto tienes que ser más valiente tú que nosotros; porque nosotros vamos a morir y ustedes, Melba y Haydée, tienen que vivir, tienen que ser más fuertes que nosotros, es más fácil esto que lo otro”. Aquello nos ayudó a pasar las horas más terribles que podamos haber vivido, pero también nos ayudó a vivir».

77 páginas, 2005, ISBN 978-1-876175-92-3



HAYDÉE SANTAMARÍA

Compilado por Betsy Maclean

Volumen dedicado a Haydée Santamaría, heroína de la Revolución Cubana y fundadora de la Casa de las Américas, que llegó a ser la institución cultural más importante de todo el continente. Sus páginas recrean la vida y la obra de esta mujer ejemplar como combatiente revolucionaria, defensora y anfitriona siempre de la cultura latinoamericana y caribeña.

137 páginas, 2008, ISBN 978-1-921235-91-7



HAYDÉE SANTAMARÍA

Compiladora: Ana María Cabrera Marsden

Su nombre, su intensa vida, su obra comprometida, se intenta resumir en estas líneas. Sus recuerdos de la lucha revolucionaria, su obra en la Revolución y desde la importante trinchera que significó para Cuba y para el mundo Casa de las Américas; así como cartas enviadas a sus padres, al Che Guevara y a Armando Hart, dan cuerpo a este volumen que nos acerca a una de las mujeres que resultaron icónicas en las luchas del pueblo cubano por alcanzar su libertad.

104 páginas, 2018, ISBN 978-1-925756-25-8

HAYDÉE SANTAMARÍA CUADRADO

«Recuerdos imborrables»¹²

Melba es la que recuerda todas las cosas con mayor exactitud. Yo no recuerdo con precisión las horas, tal vez ella tampoco ahora, después de tantas cosas y tantos años, pero antes cuando nos poníamos a hablar de aquellas horas, a ella le era más fácil reconocer los hechos en detalles.

Si yo comienzo a hablar y sigo hablando por mucho rato sobre el Moncada seguro que voy a recordar muchas cosas.

Ahora en lo que más pienso es en los que fuimos al Moncada y en Fidel, y me pregunto: ¿Cómo es posible que siendo Fidel como es hubiera quien lo traicionara? ¿Cómo es posible que todos no estuvieran perfectamente identificados con Fidel, con la Revolución?

Todas las veces que veo a Fidel, que hablo con él, que lo escucho en la televisión pienso en los demás muchachos, en todos los que han muerto y en los que están vivos y pienso en Fidel, en el Fidel que conocimos y que actualmente es el mismo. Pienso en la Revolución que es la misma que nos llevó al Moncada.

Estábamos en la casa de Siboney, Melba, Abel, Renato, Elpidio y yo. A Renato se le ocurrió hacer un «chilindrón de pollo». Me reí cuando me lo dijo y empecé a argumentarle que no era

¹² Publicado en *Lunes de Revolución*, no. 69.

un «chilindrón», sino un «fricasé». «Así le dicen en Vueltabajo», insistía Renato.

Mientras cocinábamos y sin interrumpir la conversación con Melba y Renato, mirando a Abel, pensaba en la última vez que estuvimos en el Central, a despedirnos de los viejos y la familia. Cuando fuimos a dejar la casa por la madrugada para regresar a La Habana, Aida nos advirtió que pusiéramos cuidado en no despertar a la niña. Abel quiso cargarla, quiso besarla.

Yo dije: —Déjanos, a lo mejor es la última vez que la vemos.

Aida me miró alarmada, y yo quise hacerle un chiste:

— A lo mejor es en la carretera donde quedamos.

— No seas trágica — me dijo Aida — y nos fuimos.

Cuando estuvo hecho el «chilindrón» de Renato, Abel no quiso comer. Iba a Santiago a acompañar a un viejo matrimonio que vivía frente a la casa de Siboney. Tal vez sea el último carnaval que vean, pensé.

Melba estaba a mi lado, hacía siete meses que no nos habíamos separado ni un solo día.

Pensaba en casa, en Melba que estaba a mi lado, en los muchachos. A esa hora no se me hubiera ocurrido pensar en la muerte, pero había dos cosas que me punzaban con dolor. Si todo se acaba, que quede Fidel, por él se hará la Revolución y nuestras vidas y nuestros hechos tendrán una significación; la otra se me reveló mucho después, con una terrible angustia, cuando nuestros muertos quedaron entre la sangre y la tierra y ya supimos que no los volveríamos a ver, temí que me separaran de Melba. Recuerdo a Melba tratando de protegerme; yo tratando de protegerla a ella y unos a los otros tratando de protegernos. Cualquier cosa se hace, cualquier cosa cuando otras vidas están a nuestras manos. Cualquier cosa bajo las balas, bajo las ráfagas de ametralladoras, entre los gritos de dolor de los

que caían heridos, entre las últimas quejas de los que morían. Cualquier cosa es poco y mucho, y nadie sabe cómo un hecho de esta naturaleza va a desarrollarse. Nadie sabe lo que va a hacerse en los minutos que siguen. Hay cosas que sí se saben, como todo lo que se ama. Fui al Moncada con las personas que más amaba. Allí estaban Abel y Boris y estaba Melba y estaba Fidel y Renato y Elpidio y el poeta Raúl, Mario y Chenard y los demás muchachos y estaba Cuba y en juego la dignidad de nuestro pueblo ofendida y la libertad ultrajada, y la Revolución que le devolvería al pueblo su destino.

Los muchachos llegaban con hambre. La medianoche nos encontró conversando, riéndonos, se hacían y decían bromas a todos. Servíamos café y un poco de lo poco que había quedado de la comida, de la comida que Abel no comió. Volvíamos a los cuentos, a las anécdotas de mi llegada a Santiago con dos maletas llenas de armas, de tal modo pesadas, que un soldado que las movió al pasar junto a mí en el coche del tren, me preguntó si llevaba dinamita. Libros —le dije—. Acabo de graduarme y voy a ejercer a Santiago. Aprovecharé el carnaval para divertirme un poco después de los estudios. Usted sería un buen compañero para divertirme en el carnaval. El soldado sonrió amistoso y me dijo dónde debíamos encontrarnos. Bajó conmigo al andén, llevando mi maleta. Abel y Renato estaban esperándome en la terminal. Yo me acerqué para decirles: «Esa es la maleta» y agregué: «es un compañero de viaje». Y al soldado: «Son dos amigos que vienen a esperarme». El soldado entregó la maleta y partimos.

Uno de los muchachos le hacía chistes a Boris.

— Ten cuidado con Yeyé que tiene una cita con un soldado de la dictadura —y todos nos reíamos.

Después llegó Fidel, y unos solos y otros en grupos, llegaron todos.

Después salimos.

Luego estábamos en la máquina, Melba, Gómez García, Mario Muñoz y yo. Después y durante todo el viaje al Moncada pensaba en casa, pensaba en la mañana que vendría: ¿qué pasaría?, ¿qué dirían en casa?, ¿cómo sería el día que comenzaba?

Después llegamos.

Después fueron los primeros segundos y los primeros minutos y luego fueron las horas. Las peores, más sangrientas, más crueles, más violentas horas de nuestras vidas. Fueron las horas en que todo puede ser heroico y valiente y sagrado. La vida y la muerte pueden ser nobles y hermosas y hay que defender la vida o entregarla absolutamente.

Estos son los hechos que Melba recordaba con precisión.

Los que yo inútilmente he tratado de olvidar. Los que yo envueltos en una nebulosa de sangre y humo recuerdo. Los que compartí con Melba. Los que Fidel narra en *La historia me absolverá*. La muerte de Boris y de Abel. La muerte segundo a los muchachos que tanto amábamos. La muerte manchando de sangre las paredes y la hierba. La muerte gobernándolo todo, ganándolo todo. La muerte imponiéndose como una necesidad y el miedo a morir sin que hayan muerto los que deben morir, y el miedo de morir cuando todavía la vida puede ganarle a la muerte una última batalla.

Hay en esos momentos en que nada asusta, ni la sangre, ni las ráfagas de ametralladora, ni el humo, ni la peste a carne quemada, a carne rota y sucia, ni el olor a sangre caliente, ni el olor a sangre coagulada, ni la sangre en las manos, ni la carne en pedazos deshaciéndose en las manos, ni el quejido del que va a morir. Ni el silencio aterrador que hay en los ojos de los que han muerto. Ni las bocas semiabiertas donde parece que hay una palabra que de ser dicha nos va a helar el alma.

Hay ese momento en que todo puede ser hermoso y heroico. Ese momento en que la vida por lo mucho que importa y por lo muy importante que es, reta y vence a la muerte. Y una siente cómo las manos se agarran a un cuerpo herido que no es el cuerpo que amamos, que puede ser el cuerpo de uno de los que veníamos a combatir, pero es un cuerpo que se desangra, y una lo levanta y lo arrastra entre las balas y entre los gritos y entre el humo y la sangre. Y en ese momento una puede arriesgarlo todo por conservar lo que de verdad importa, que es la pasión que nos trajo al Moncada, y que tiene sus nombres, que tiene su mirada, que tiene sus manos acogedoras y fuertes, que tiene su verdad en las palabras y que puede llamarse Abel, Renato, Boris, Mario o tener cualquier otro nombre, pero siempre en ese momento y en los que van a seguir puede llamarse Cuba.

Y hay ese otro momento en que ni la tortura, ni la humillación, ni la amenaza pueden contra esa pasión que nos trajo al Moncada.

El hombre se nos acercó. Sentimos una nueva ráfaga de ametralladoras. Corrí a la ventana. Melba corrió detrás de mí. Sentí las manos de Melba sobre mis hombros. Vi al hombre que se acercaba y oí una voz que decía: «han matado a tu hermano». Sentí las manos de Melba. Sentí de nuevo el ruido del plomo acribillando mi memoria. Sentí que decía sin reconocer mi propia voz: «¿Ha sido Abel?» El hombre no respondió. Melba se me acercó. Toda Melba eran aquellas manos que me acompañaban. «¿Qué hora es?». Melba respondió: «Son las nueve».

Estos son los hechos que están fijos en mi memoria. No recuerdo ninguna otra cosa con exactitud, pero desde aquel momento ya no pensé en nadie más, entonces pensaba en Fidel. Pensábamos en Fidel. En Fidel que no podía morir. En Fidel que tenía que estar vivo para hacer la Revolución. En la vida

de Fidel que era la vida de todos nosotros. Si Fidel estaba vivo, Abel y Boris y Renato y los demás no habían muerto, estarían vivos en Fidel que iba a hacer la Revolución Cubana y que iba a devolverle al pueblo de Cuba su destino.

Lo demás era una nebulosa de sangre y humo, lo demás estaba ganado por la muerte. Fidel ganaría la última batalla, ganaría la Revolución.

Antes de ver a Fidel...¹³

En el Moncada fue tanto el sufrimiento que llegó un momento que estaba insensibilizada... «Abel está muerto, Boris está muerto, ¿cómo yo no lloro ni siento nada? ¿Por qué no sufro?». Así pensaba yo. Vine a reaccionar cuando vi a Fidel.

Melba y yo estábamos en los altos, en el Vivac, cuando sentimos una bulla y ella me dijo: «Ahí está Fidel». Cuando vi a Fidel vivo reaccioné y empecé a llorar, creo que estuve la noche entera llorando.

Antes de ver a Fidel yo pensaba que estaba muerta: me pellizcaba para ver si estaba viva y no me sentía. Melba creía que Fidel no estaba vivo, pero yo decía: «Si Fidel vive no importa lo demás». Lo del Moncada fue muy fuerte, para todos, porque uno no estaba preparado para esa cosa tan horrible que pasó.

Panchito Cano fue el que nos vio a nosotras allí. No en los primeros momentos, pero sí el mismo día. Cuando vimos a Panchito Cano, Melba y yo sentimos la misma sensación: este hombre no es guardia ni es malo. Él nos retrató a nosotras...

¹³ Tomado de *El Libro de los Doce*, Guairas, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1967.

Nos sacaron del Vivac en una máquina y nos ponen a Melba y a mí detrás. Delante iba un hombre, de espaldas, pero yo ni lo veía porque me daba igual todo... Y era Fidel. Si me hubiera dado cuenta que era él a lo mejor no me hubiera podido controlar. Cuando llegamos a la cárcel de Boniato que se bajó, vi que era él.

Cuando me vio me dijo: «Abel anda huyendo por las lomas». Él no sabía que estaba muerto, y yo tuve que darle la noticia.

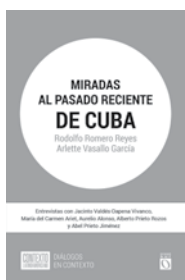
Boris, mientras tanto, había ido para Siboney, y allí se encontró a Ramirito Valdés. Le preguntó a Ramirito por nosotras dos y cuando le dijo que no sabía de nosotras, viró para Santiago de Cuba. Entonces es cuando lo cogen, ya él había tomado el camino de las lomas y viró.

El día 27 los militares trataron de hacer ver las cosas a su manera. Ríos Chaviano dio una conferencia de prensa. Yo recuerdo que él mostró los impactos de las balas, diciendo que eran de los ataques. Le pregunté dónde estaban los atacantes y dónde los guardias. Cuando me lo dijo le contesté: «Entonces los impactos no son de los atacantes, sino de los guardias».

Habló de las armas que traían «fabricadas en Montreal», y yo le pregunté: «¿Usted cree que en Montreal se fabrican armas?». Luego sacó la ametralladora de Pedrito Miret, que era un arma vieja, que yo conocía de antes, de Cayo Confites y de la Universidad. Pero cuando más se indignó fue cuando se le preguntó: «¿Dónde estaba usted en el momento del combate?».

Pero en el Moncada quedó vivo Fidel. Abel, en el hospital decía: «Bueno, aquí nos van a matar, pero Fidel es el que no puede morir». Y se lamentaba: «¿Por qué yo no iría con Fidel, se darán cuenta los que están con él que Fidel no puede morir?». Sabía que lo iban a matar, pero su obsesión era Fidel, que no le pasara nada.

COLECCIÓN DIÁLOGOS EN CONTEXTO



MELBA HERNÁNDEZ DEL REY

«¡Conserven la vida de cualquier manera!»¹⁴

El 26 de Julio. ¿Las 24 horas del 26 de julio de 1953? No puedo concentrarme a pensar en un espacio de tiempo tan cerrado. Para mí, el 26 de julio empezó el 25. Desde ese día supimos que estábamos en las últimas horas antes de una acción de importancia. No sabíamos exactamente lo que iba a ocurrir y no lo preguntábamos. Nos limitamos a trabajar. Haydée Santamaría y yo sabíamos que vendrían muchos automóviles con otros compañeros a reunirse en la casa de Siboney.

Nos dedicamos a limpiar el patio, que había quedado lleno de clavos y pedazos de madera: eran restos de la cerca que se había levantado para que no se viera lo que ocurría dentro. Temíamos que los automóviles se poncharan con algún clavo olvidado: limpiamos el patio pulgada por pulgada.

Después colocamos las colchonetas que nos habían mandado para que descansaran los muchachos. Y en eso estábamos cuando empezaron a llegar los primeros: Gómez García venía en un automóvil agitando en la mano unos papeles donde había escrito un poema revolucionario.

¹⁴ Tomado de *Relatos del asalto al Moncada*, Comisión de Orientación Revolucionaria de la Dirección Nacional del PURSC, La Habana, 1964, pp. 71-76.

Ernesto Tizol me puso riendo un paquético en la mano, como si fuera un regalo: era una bandera del 4 de septiembre que habían traído como camuflaje. En unos momentos la casa se llenó de esa actividad concentrada de muchas personas moviéndose en silencio.

Del fondo del pozo sacaron los uniformes que estaban allí guardados. Estaban húmedos y arrugados: Haydée y yo empezamos a plancharlos, mientras Guitart me suplicaba: «Oye, el primero que planchen es para mí». Lo complacimos y desde las diez de la noche ya él paseaba por toda la casa, de completo uniforme, con gorra y todo. Comimos mangos, leche y galleticas.

Como a las once de la noche llegó Fidel y se repartieron las armas: había una atmósfera de disciplina como nunca la he visto antes ni después: un momento como ese no se puede ni describir... Mientras nosotras terminábamos de planchar uniformes, los muchachos empezaron a moverse con las armas.

Hubo un momento de terror: alguien vio a un hombre uniformado moviéndose en la sombra del patio. ¿Sería un oficial de la dictadura? ¿Estaríamos descubiertos? Alguien se asomó sigilosamente a mirar, mientras los demás esperábamos. El vigía se echó a reír: era Guitart, el primer uniformado, que tomaba el fresco de la noche.

Y ese no fue el único susto: cuando Fidel terminó de repartir las armas, a uno de los muchachos se le escapó un tiro al aire. Después del disparo cayó un gran silencio sobre todo el mundo; era posible que el tiro hubiera atraído la atención de alguien, pasamos minutos y minutos nada más que oyendo chillar a los grillos. Después volvimos a respirar: estábamos de suerte. Nadie había oído.

Haydée y yo nos acercamos a Fidel para pedirle órdenes, nos dijo que esperaríamos por ellos en la casa de Siboney

hasta que hubiera noticias del resultado de la acción. Nosotras nos miramos decepcionadas. Hasta entonces habíamos estado seguras de que iríamos con ellos y ahora nos sentimos echadas a un lado. Yo le protesté a Fidel de que nosotras éramos tan revolucionarias como cualquiera de los de allí y que era injusto que nos discriminaran por ser mujeres. Fidel titubeó: le habíamos tocado un punto sensible. Nos dijo que él dejaba la responsabilidad en manos de Abel: él decidiría si su hermana y yo debíamos ir con ellos. Esperamos a Abel con impaciencia. No podíamos creer que nos dejaran atrás después de que nos habíamos considerado parte esencial del grupo. Cuando llegó Abel, lo flanqueamos enseguida para pedirle su opinión. Pero ya entonces tuvimos un buen defensor: el doctor Mario Muñoz dijo que podíamos ir en calidad de enfermeras. Nos reclamó como necesarias, Abel y Fidel nos dieron permiso y empezamos a prepararnos.

Como a las cinco de la madrugada, Haydée y yo salimos en el último automóvil. El trayecto fue sin incidentes, excepto porque vimos algo que nos asustó de pronto: la máquina de Boris Luis abandonada y con las puertas abiertas en la cuneta. Comprendimos que había ocurrido lo que temíamos: se habían ponchado. Fuimos en tensión el resto del camino y, casi como a propósito para calmarnos, fue a Boris Luis el primero que vimos disparando junto a un muro del Moncada. Entre ráfaga y ráfaga, extendió la mano para saludarnos.

Cuando nos bajamos en el Hospital, ya tuvimos que atravesar el espacio hacia la puerta bajo fuego graneado. La batalla estaba andando. Casi enseguida que llegamos tuvimos que atender heridos: los dos primeros fueron soldados de la dictadura que levantamos del suelo inútilmente: estaban muertos. Más tarde llegó uno de los nuestros herido de bala a sedal en el

vientre. Luego llegaron más y más. Pero el ruido de los balazos disminuía y eso era un signo malísimo.

Entró Abel y nos hizo notar que los disparos venían de un solo frente de los que se habían señalado para el ataque al Moncada. Esto era señal de que habíamos fracasado: por momentos el fuego era menos y menos y menos... Eran como las ocho de la mañana. Abel nunca perdió la serenidad. Nos llamó a las dos aparte y nos dijo: «Estamos perdidos. Ustedes saben igual que yo lo que me va a pasar a mí y posiblemente a todos. Pero lo que más me interesa es que ustedes, las mujeres, no se arriesguen. Escóndanse por el Hospital. Ustedes son las que más oportunidad tienen de salvar la vida. Conserve la vida de cualquier manera. Tiene que quedar alguien para contar lo que pasó aquí». No supimos qué contestarle. Se nos fue entre las manos. Minutos después lo vimos en el patio, cuando lo detuvieron y se lo llevaron entre varios soldados, a golpes y culatazos.

Corrimos por los pasillos del hospital y nos refugiamos en la sala de niños, que era un infierno de chillidos y terror, los niños no habían tomado alimento y gritaban de hambre y miedo. Ayudamos a la enfermera a preparar agua de cebada y eso nos ayudó a no pensar en lo que podía estar ocurriendo afuera.

A las diez de la mañana nos encontraron en la sala de niños. Nos subieron a un automóvil y nos llevaron al cuartel. Allí nos encerraron en una gran habitación que posiblemente pertenecía al Club de Oficiales, porque recuerdo que había mesas de billar. Y bajo las mesas de billar los muchachos ya torturados se quejaban sangrando sobre las baldosas. Se los llevaban de cuatro en cuatro, los arrastraban con ellos y un rato después los traían, desmadejados, para llevarse cuatro más. ¿Qué les hacían más allá de aquella puerta? Nunca lo supimos, porque a todos les habían arrancado los dientes a culatazos y cuando querían

hablarnos solo abrían la boca enseñando las encías ensangrentadas y murmurando cosas que no se entendían.

A mi lado dejaron caer al muchacho que habíamos atendido en el Hospital. El de la bala a sedal en el vientre. No estoy segura, pero creo que ya estaba muerto. Había quedado a mitad del camino por donde pasaban los soldados y traté de levantarlo para que no le pasaran por encima. Con mucho trabajo lo senté y le apoyé la cabeza en mi hombro; pero pesaba mucho y se volvió a resbalar una y otra vez. Por fin no tuve más fuerzas para alzarlo y los soldados, sin preocuparse de apartarlo, le pasaron varias veces por encima. La herida del vientre se abrió completamente y por ella empezaron a salirse los intestinos. Cuando nos sacaron de allí seguía tirado en el suelo; nunca supe cómo se llamaba.

Varios soldados nos llevaron a la oficina de la comandancia. Por el camino, uno de ellos nos dijo: «¿Ustedes no querían sangre? Pues vengan para que vean sangre».

Nos llevaron a la barbería del cuartel, donde por lo visto habían torturado a muchos. Estaba completamente cubierta de sangre, no solo el piso sino hasta las paredes y el techo. Nos arrastraron hasta un balconcito estrecho, allí parecía haber un tragante tupido y la sangre se había estancado en un charco de un centímetro de profundidad. De afuera soplabla una brisita de mañana, que hacía pequeñas olas en el laguito de sangre, como un mar muy tranquilo rompiendo en la arena.

Encerradas en la oficina de Sarría pasamos un espacio de tiempo que no sé cuánto duró. No sé, me acuerdo que un soldado iba y venía, horrorizado, hablando solo y muy bajito como un loco, con un sonsonete que no paraba: «Esto sí que a mí no me gusta. Esto no puede ser». Me acuerdo que Haydée y yo comenzamos a tener arqueadas secas, con dolorosas

contracciones del estómago vacío. Pedí agua y me dijeron que: «íbamos en coche de que no nos hubieran matado y de contra pedíamos hasta agua».

Luego debe haber pasado un día, porque nos llamaron para que viéramos el entierro de los militares muertos. Nos asomaron por una ventana y vimos salir los carros fúnebres, con banda militar y banderas del 4 de septiembre. Buscamos para ver si veíamos algún ataúd que pudiera ser de los nuestros. Pero de ellos sí que no volvimos a saber jamás. De afuera nos llegaban noticias que eran mejor ni oír. A través de la puerta oímos gritar a una mujer en el pasillo: «Me mataron a mi marido». Luego nos dijeron: «Al cabecilla de ustedes, a Fidel Castro, lo hicimos tiritas» y hasta nos ofrecieron enseñarnos el cadáver.

En la noche un soldado le dijo a otro: «¿Qué se habrá creído ese de los zapaticos de dos tonos?». Y comprendí que habían atrapado y torturado a Boris Luis: él llevaba los únicos zapatos de dos tonos. En el fondo, creo que las dos estábamos seguras de que Abel había muerto, pero creíamos que si no lo decíamos lo mantendríamos vivo. Ni una sola vez habló Haydée de su hermano, como para no matarlo con el pensamiento. Solo lo mencionó cuando nos trasladaron, una eternidad después, al Vivac de Santiago de Cuba.

Bajamos las dos desde la claridad de afuera hasta un sótano donde estaban hacinados los prisioneros. Y por primera vez Haydée dijo en voz alta lo que siempre había temido: «Mira bien. Si Abel no está aquí es que lo mataron». Instintivamente nos apretamos las manos en la oscuridad mientras bajamos la escalera. Uno a uno empezamos a mirar a los muchachos, buscando el rostro de Abel. Haydée llegó primero con sus ojos al último de la fila, porque sentí que la presión de su mano iba dis-

minuyendo hasta cesar: Abel Santamaría estaba muerto. Después, no sé cómo, alguien me dijo que ya era el 28 de julio.

Así, setenta y dos horas de mi vida desaparecieron. Era el 28 de julio: la larga noche sin días del 26 de julio había terminado.

Los hombres más valientes que pueda haber¹⁵

Fue el primero de mayo de 1952 cuando hice mis primeros contactos con lo que había de ser el grupo entrañable del Moncada. Había ido a un acto que se celebraba en el cementerio; allí conocí a Abel Santamaría. Abel me invitó a ir a su casa para que conociera las ideas de Fidel. Fui esa noche. Fidel no pudo concurrir. Conocí a Haydée Santamaría.

Dos o tres días después, en la casa de Haydée y Abel, vi a Fidel. En aquella época muchos jóvenes sabíamos cuál era nuestro deber con la Patria, pero no encontrábamos el camino para encauzarnos. Cuando Fidel tomó la palabra en aquella reunión yo tuve la impresión inmediata de que sabría guiarnos y que realizaría con éxito los planes que se proponía.

Ya desde entonces fui visita diaria de la casa de Abel y de Haydée. Y fue creciendo además de la absoluta identificación revolucionaria, un sentimiento de profunda amistad, fraternal, hacia Yeyé.

Yo había estudiado Leyes. No era una carrera «productiva» para mí. Los pocos asuntos que llevé no eran los que dejaban mayores ganancias, aunque sí los que permitían mis principios. Mis «clientes» eran guajiros explotados, una muchacha que del prostíbulo salía para la cárcel; obreros despedidos. Recuerdo

¹⁵ Publicado en *Verde Olivo*, bajo el título «Siempre supimos que el asalto al Moncada culminaría en la Victoria», 28 de julio de 1963, p. 29.

aún un caso que llevé defendiendo a los obreros de los «Ómnibus Aliados»...

Una vez, cuando Fidel estaba recién graduado, con el fin de recaudar fondos para el movimiento, íbamos a llevar un asunto de Eugenio Sosa, que era dueño de una arrocera en Matanzas y, según conocimos después, tenía intereses en el *Diario de la Marina*. A medida que nos íbamos adentrando en los hechos, el trabajo nos iba gustando menos. Al conocer todos los pormenores, decidimos defender a los campesinos que Sosa acusaba, y no a este, y renunciar así a la posibilidad de obtener algunos fondos. Así mantenía Fidel, desde el principio, la pureza de nuestro movimiento.

Nunca olvidaré mi primer pequeño trabajo para el movimiento. Fue el 20 de mayo del 52. Se editaba entonces el periódico *Son los mismos* y se me designó para distribuirlo en un acto que se celebraría ese día en la Universidad. Más adelante, Fidel, con el espíritu crítico que lo caracteriza, propuso cambiarle el nombre al periódico por *El acusador*, ya que según nos explicó hacía falta un periódico más combativo. El primer número de *El Acusador* lo distribuimos el 16 de agosto en un acto en memoria de Chibás. Al ir a buscar el periódico a la imprenta fuimos detenidos Abel, Elda Pérez y yo. El SIM nos cogió en la misma imprenta. A nosotras se nos puso en libertad al mediodía, no sin antes recibir un «responso» de Ugalde Carrillo. Al salir quisimos informar a los demás compañeros y ninguno aparecía. Al día siguiente fui con Fidel y Yeyé a visitar a Abel en el Vivac. Fidel tenía solo un peso en el bolsillo. No sabía qué comprarle al compañero preso. Al fin se decidió por comprarle cigarros, fósforos y tabacos. El recuerdo de Fidel cargando el paquetico de cigarros para Abel ha quedado en mi mente como tantos recuerdos de aquellos días.

Al ver a Abel nos quejamos de la «irresponsabilidad» de los compañeros que se habían esfumado. Abel sonrió y llamó a los demás compañeros. Uno a uno fueron apareciendo «Chucho» (Jesús Montané), Raúl Gómez García... todos los demás. La policía había hecho una redada de la que solo se habían salvado Fidel y Yeyé.

Ya desde entonces la policía nos tenía fichados y las persecuciones no se hicieron esperar. Teníamos escondida en la casa de Abel una ametralladora viejísima que era nuestro mayor tesoro. Un día, allí se presentó Irenaldo García Báez. Pudimos actuar rápidamente. Mientras Irenaldo subía por un elevador, por el otro bajaba la ametralladora. El hijo de Pilar García comenzaba entonces su carrera de asesino. Allí se quedó haciendo preguntas y parecía interesarse por las palabras de Abel. Ese interés no respondía a otra cosa que al deseo de conocer lo más posible del carácter de nuestro movimiento y de sus dirigentes.

Fidel hizo su centro de operaciones en la casa de Abel y en la de mis padres. A fines del 52 ya teníamos gente de Pinar del Río, La Habana y Matanzas. Una noche hubo una revisión de las tropas. Aquella fue una de las operaciones más audaces de esos días. Mi casa era muy grande. Mis padres y yo la evacuamos. Cuando regresé más tarde, recibí una gran sorpresa al abrir la puerta. Aquello estaba lleno de jóvenes desde la sala hasta el fondo. Y lo más sorprendente era el extraordinario silencio que guardaban. Fidel había ordenado una «alarma» y las tropas respondieron rápidamente.

Para conmemorar el centenario del Apóstol se hizo la histórica peregrinación de las antorchas. Se movilizaron compañeros de La Habana y Pinar del Río para participar en ella. Fue un hermoso y emocionante homenaje al Apóstol aquel desfile para esperar el 28 de enero de 1953. De la Universidad bajaron miles

de jóvenes con sus antorchas. Entre ellos íbamos nosotros, ya como un grupo organizado. Nuestras antorchas tenían grandes clavos para poder responder a la policía si nos atacaba. Marchábamos de brazo, disciplinadamente, la gente cuando nos veía pasar se impresionaba. Oí a varios que comentaban: «¡Esos que van allí son los comunistas!».

Ya en el 53 el trabajo se intensificaba. Ellos salían a las fincas cercanas y Yeyé y yo nos quedábamos con alguna tarea en La Habana. Otras veces íbamos con los compañeros para trasladar armas y uniformes.

Uno de los trabajos más delicados que se me asignó fue el de hacer contacto con el compañero Florentino Fernández. Este era sargento sanitario del Ejército de Batista y trabajaba con nosotros. Nos prestó gran ayuda: él consiguió gran número de los uniformes con los que fuimos al Moncada. Como es natural, esta y cada una de las tareas que había que ir desarrollando se llevaba a cabo dentro de gran discreción y con el conocimiento de un reducido número de compañeros. Florentino fue luego con nosotros al Moncada y hecho prisionero y golpeado salvajemente, se salvó por el ardid de hacerse el loco. Hoy está en las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

En mi casa se guardaban uniformes y armas. Los planes se iban desarrollando. De vez en cuando se aparecía Fidel. Unas veces iba con Oscar Alcalde, otras con Níco López, otras con Chenard, etc. Traían cajas vacías y se llevaban armas y uniformes. Esta operación se fue realizando a lo largo de los días.

Una noche —previamente me habían avisado de que tendría un contacto muy importante— tocaron a mi casa. Era un muchacho que tenía una mancha en la cara. Era Renato Guitart. Lo llevé, según las instrucciones que tenía, a la casa de Abel que estaba a unas pocas cuadras de la mía. Luego no supe más de él

y guardé una viva impresión de este encuentro. Renato se hospedó en casa de Abel. Después partió sin que supiéramos nosotros hacia dónde. Por un olvido, se llevó las llaves de Haydée. A los pocos días Yeyé recibió un paquetico con las llaves. Por más que lo examinamos no pudimos averiguar de dónde procedía...

Luego tuvo que salir Abel. Se fue para Santiago, aunque en aquel momento nosotras no lo sabíamos. Cuando Fidel supo que nos preocupábamos por Abel, empezó a traernos noticias de él frecuentemente...

Cuando seleccionaron a Haydée para salir a Santiago, con un paquete de armas y uniformes, ya no nos quedaron dudas de que los acontecimientos se avecinaban.

Al fin Fidel me planteó que me preparara para realizar una misión y que iba a tener la alegría de ver a Abel y a Yeyé. Recuerdo que fui a una florería de la calle Neptuno para conseguir una caja de flores. En ella metimos las escopetas que me tocaba llevar como parte del equipaje valioso. Cogí el tren de por la noche hacia Santiago, aunque todavía no sabía para dónde iba. Ernesto Tizol me acompañó al ferrocarril. En Santiago me esperaban Abel, Renato Guitart y Elpidio Sosa. Ellos quisieron que conociera la ciudad antes de ir a la finca. Abel estaba muy contento y me habló con mucho entusiasmo del carácter de los santiagueros.

«Mira, Melba –me decía– cuando terminemos esto yo vengo a vivir a Santiago de Cuba».

A partir de entonces Haydée y yo estuvimos incorporadas al trabajo en la finca. Allí atendimos la limpieza, planchábamos los uniformes, ayudábamos a los compañeros; el 25 de julio oímos por radio los carnavales y Chaviano habló. Yeyé y yo pensábamos en qué lejos estaba de conocer los acontecimientos que se

avicinaban y cuya naturaleza exacta nosotras también desconocíamos.

Cuando llegó el momento de la salida para el Moncada, Fidel quiso que nos quedáramos en la casa. Nosotras protestamos. Él nos comprendió plenamente y nos dijo que no tenía inconveniente. El Dr. Muñoz propuso que fuéramos con él al Hospital Civil, ya que podríamos ser muy útiles en la tarea de curar a los heridos. Fidel nos permitió ir y le gustó la idea, ya que estaríamos cerca de Abel, que ya había partido.

En la última máquina salimos para el Moncada. Con nosotros iban Julio Reyes, Raúl Gómez García y el Dr. Muñoz. De ese grupo solo vivimos Yeyé y yo...

Llegamos al Hospital Civil bajo una balacera terrible. Los muchachos peleaban con coraje, con gran valentía. Las enfermeras, el personal del Hospital, la gente del pueblo se identificaban con nosotros. Algunos ayudaban a cargar las escopetas calibre 22. Son ellos, también, combatientes del Moncada. El fervor patriótico de los jóvenes se contagiaba a todos.

Mis compañeros fueron los hombres más valientes que pueda haber. En ningún momento perdieron la serenidad ni se rebajó la moral. Allí, en el Hospital, Yeyé se creció. Ella conocía algo de colocar vendajes y curar heridos. En el central donde nació —que hoy lleva el nombre de «Abel Santamaría Cuadrado»— Yeyé se había puesto a trabajar junto al médico para atender a los campesinos y a las familias pobres. Ahora, en el Hospital aplicaba sus conocimientos atendiendo no solo a los heridos nuestros, sino a las dos bajas que tuvo el enemigo. Yo no tenía experiencia de enfermera, pero creo que lo hice lo mejor que pude. Nunca había preparado siquiera una jeringuilla para una inyección. Allí lo hacía como una experta.

Delante del Hospital cayó el teniente Fereau. Parece que regresaba a esa hora de los carnavales. Su mujer lo acompañaba. Al oír los tiros fue hacia el Hospital pistola en mano. Se le dio el alto. No hizo caso. Cayó delante del Hospital. Su mujer fue hacia él. Yeyé y Gómez García fueron a prestarle auxilio. Yo les cubría. Una bala dio cerca de Gómez García que cayó aturdido. Fui a atenderle, la mujer del teniente gritaba bajo las balas. Corría peligro. Yeyé la convenció de que se fuera. De que si algo se podía hacer por salvar la vida de su marido, nosotros lo haríamos. Y lo intentamos. Pero ya era tarde.

Allí, en el Hospital, vimos un joven vestido con una guayabera muy limpia, que había ido a atenderse. Nos miró a nosotros con desprecio profundo por el uniforme que traíamos. Era Julio Trigo, que había venido para participar en el ataque, pero se le separó del grupo porque la noche antes tuvo una hemoptisis.

Había ido al Hospital a curarse. Cuando le explicamos quiénes éramos quiso enseguida combatir junto a nosotros. No sé cómo consiguió un uniforme. No teníamos armas para él. En ese momento, uno de los cristales de las ventanas saltó hecho añicos por los disparos e hirió en la cara a Julio Reyes. Mientras lo atendíamos, Julio Trigo siguió peleando con la escopeta de este. Cuando Julio Reyes estuvo dispuesto para reanudar la pelea, costó mucho trabajo que Trigo le devolviera la escopeta. Luego se apoderó de una Thompson de un cabo de la policía y siguió peleando con ella. Se olvidó de su medicina, de su enfermedad. Cuando Abel dio la orden de que cesara el fuego porque ya se había acabado el parque, Trigo quería seguir peleando, ya que todavía le quedaban balas de la Thompson. Hubo que darle una orden para que dejara la ametralladora y se pusiera de nuevo su traje de civil. Nosotros pensábamos que así podría salvarse.

Se estuvo combatiendo hasta las ocho de la mañana. El parque se había agotado. Ya el fuego había cesado en el resto de los puntos atacados. Abel dio la orden de que cesara el fuego y empezó a planear la manera de salvar el mayor número posible de compañeros. Las enfermeras y los enfermeros del Hospital colaboraron mucho con nosotros. Recuerdo que un viejecito le dio su cama a Abel. La enfermera le vendó un ojo a este para que pareciera un paciente. Los compañeros se pusieron batas sanitarias. Yeyé y yo fuimos para la sala de niños donde había un verdadero caos. Con los disparos, al iniciarse el ataque, los niños se habían despertado y hubo que adelantarles la hora del alimento. Ahora lloraban nuevamente y fuimos a tranquilizarlos.

Los soldados de la tiranía no entraron en el Hospital hasta una hora después de cesar el fuego. Entonces comenzó la orgía de sangre. A uno de los hermanos Matheu que había sido herido, lo sacaron de su cama y lo desaparecieron. A nosotros nos llevaron hacia el cuartel. Antes de llegar al mismo, asesinaron al doctor Muñoz. Estaba a unos pasos de nosotras.

Nos llevaron al Club de Oficiales del Moncada. Allí iban llegando los muchachos que venían de las cámaras de torturas. Allí llevaron a un compañero al que habíamos vendado una herida en el vientre. Venía con el cuerpo destrozado, con la cara cubierta de sangre. Lo habían golpeado terriblemente. Se sentó junto a mí. Apenas podía sostenerse. Yo traté de sostenerlo con los hombros. Pero era inútil. Cayó al suelo. Allí lo patearon y golpearon más aún. Estaba ya inconsciente. Luego se lo llevaron y no lo vimos más.

Haydée y yo oímos a aquellas bestias que hablaban: «El de los zapatos de dos tonos es una fiera...».

Nos dimos cuenta de lo que querían decir aquellas palabras. Boris tenía unos zapatos nuevos de ese tipo. Con ellos había ido

al Moncada por una muchacha, ya que los demás se pusieron zapatos que venían bien con los uniformes. Hablaban de Boris. Lo estaban torturando y no podían dominarlo.

A Yeyé y a mí nos pasaron a una oficina. Desde allí vimos los funerales de los soldados y la llegada de Díaz Tamayo. Estábamos impacientes. Cerca de nosotras se estaba desarrollando la tragedia, se estaban cometiendo los crímenes terribles y nada conocíamos. «El Tigre» fue a vernos. Nos dijo lo que le habían hecho a Abel y a Boris. Haydée tuvo tanta firmeza en aquellos momentos que no puedo describirla. Fidel lo contó en *La historia me absolverá*. Como él dijo: «Nunca fue puesto en lugar tan alto el heroísmo y dignidad de la mujer cubana».

Alrededor de las siete de la noche de aquel día terrible en que la soldadesca venía a rendirnos cuenta constantemente de sus atrocidades, un sargento que hasta entonces se había mantenido discretamente y no había participado en aquellos hechos siniestros, se acercó a nosotras. Le dio un pañuelo blanco a Haydée y le dijo: «Toma, lo vas a necesitar. Lo que ustedes esperaban, pasó ya».

Por esta frase calculamos que fue a esa hora cuando asesinaron a Abel.

¡Con cuánta firmeza recibió Haydée aquella noticia! Hay que ver lo que era su hermano para ella. No he conocido hermanos más unidos. Más fácil hubiera sido para Yeyé perder la vida que perder la de los seres que más quería. Yeyé no querrá que hable así. Pero puedo decirlo. Las mujeres cubanas podemos enorgullecernos de contar con un ejemplo como el de ella.

Abel nos había dicho en el Hospital que sabía que iba a morir.

«Lo importante —decía— es que no muera esto que hemos iniciado».

Fidel nos había enseñado que al final sería la victoria y a pesar de aquellos golpes terribles, a pesar de que pensábamos que el propio Fidel había caído, siempre mantuvimos la fe en los principios y en el triunfo final.

Después vino el juicio, el proceso que todos conocen, con las calumnias que quiso atribuirnos la tiranía y que Fidel pulverizó en su histórica defensa. A Haydée y a mí nos condenaron a siete meses en la cárcel de Guanajay. Los demás compañeros fueron condenados a Isla de Pinos.

A nuestra salida de la cárcel hicimos contacto por medio de cartas que secretamente llegaban de Fidel a nosotras. Fidel reconstruyó en el presidio *La historia me absolverá* y nos la envió. Fidel nos decía que el Moncada había sido necesario, que en aquel momento era la acción indicada, pero que ahora había que dar una gran batalla ideológica. Cuando tuvimos en nuestras manos *La historia me absolverá* nos dispusimos a editarla. Desde el presidio Fidel nos decía cómo debía ser la portada, los colores que se usarían y aun el tipo de letra y los espacios que habría entre los párrafos. Nos encomendó una tirada ambiciosa. Creo que de unos 100 000 ejemplares. Esto no lo recuerdo bien. No pudimos tirar tantos. Se editó en una imprenta pequeña. El dueño se llamaba Emilio. En la edición intervinimos Lydia Castro, Pepe Valmaña, Humberto Grillo, Gustavo y Machaco Ameijeiras, Haydée y yo.

Por aquella época estábamos en el trabajo clandestino, que Fidel orientaba desde la cárcel. Nos ocupábamos de reunir a los compañeros que no habían ido al Moncada por falta de armas. Luego vino la gran campaña nacional por la Amnistía. A los 22 meses, los compañeros fueron puestos en libertad.

Haydée, Lydia Castro y yo los esperamos en la Isla de Pinos. ¡Podrán imaginarse lo que fue aquel momento para nosotras!

Eran dos años sin ver a los compañeros y además, era la oportunidad de continuar la lucha. Haydée había ido una vez a Isla de Pinos con la esperanza de ver a Fidel y había tenido que regresar sin lograrlo. Ahora, al reunirnos tuve la confirmación de aquello que Fidel nos había dicho, de aquello que nos repetía Abel, de aquello que estaba en el alma de cada uno de los grandes compañeros que cayeron: el Moncada era una victoria porque señalaba un camino. Y ya esa misma noche, en el propio barco, rehuyendo chivatos y espías del gobierno, el movimiento tuvo su primera reunión después de la prisión.

El último legado de Abel¹⁶

[...]

¿En qué momento Abel sabe que ustedes están ya allí?

Cuando nos ve en el Hospital. Abel era el jefe del Hospital. Abel se entera de que nosotras estábamos allá cuando nos encuentra en pleno combate. Nuestra máquina fue la última de la cadena de carros que fueron a la acción. Iba manejada por Mario. En ella íbamos Julio Reyes, iba Yeyé, iba Raúl Gómez García, e iba yo.

Cuando Abel nos ve se sorprende. Y entonces le explicamos, y le entró mucha alegría de que estuviéramos allá. Inmediatamente nos dio instrucciones: qué teníamos que hacer, de cruzar el pasillo ese grande que había entre el vestíbulo y el fondo del Hospital. Teníamos que cruzar todo ese pasillo, Yeyé y yo estábamos apoyando a la retaguardia integrada por uno de los Mateu, por Álvarez Breto, por Julio Reyes y Julio Trigo,

¹⁶ Publicado en *Santiago*, junio de 1973.

que estaban combatiendo allí, y entonces nosotras íbamos mucho por el pasillo a ver cómo andaba la cosa por allá, a recoger instrucciones de Abel. Él nos decía: «Tengan cuidado, atraviesen el pasillo así y tomen estas medidas, no se arriesguen por gusto».

¿Cuándo dejaron ustedes de ver a Abel?

El último legado de Abel Santamaría es aquel que nos da ya cuando tenemos que rendirnos y nos advierte que había terminado todo, que no se podía perder la oportunidad de que el pueblo de Cuba conociera de aquella verdad y de la pureza de aquel Movimiento, y nos dice: «No sabemos la suerte de Fidel, la suerte que correrá Fidel. Todos nosotros seremos asesinados. Ustedes tienen que ser muy firmes ahora. Más importante que yo, más importante que nosotros, es que ustedes vivan, porque para que esto viva, ustedes tienen que vivir, en ustedes es donde hay más posibilidades de salvación, en ustedes: dos mujeres». Este fue el último legado de Abel: «Defiendan sus vidas, no pierdan la cabeza, no se afecten porque yo voy a caer, yo tengo que caer, no importa, pero ustedes tienen que vivir, no se entreguen, no se regalen, porque si ustedes se regalan, el pueblo de Cuba no va a saber nunca la realidad de esto que ha pasado. Esto nace, no termina. Con esto empezamos».

¿Cómo fueron capturados ustedes?

Nosotras estábamos en la sala de niños, haciéndonos pasar por madres acompañantes y somos delatadas. Nos capturan como fueron capturados todos los combatientes del Hospital, con excepción de Ferro que pudo escapar.

Entonces el único que pudo escapar fue él, todos los demás fuimos hechos prisioneros allí. A todos se nos entregó. A todos.

Se nos fue delatando uno por uno. Porque de lo contrario, por qué iban a haber descubierto a Abel, si Abel estaba en una cama de enfermo con un ojo vendado, y muchos compañeros estaban hospitalizados. Y los heridos que estaban allí, bueno, esos estaban como heridos, ingresados ya. Pero a todos nos descubrieron en el último rastreo.

Se portaron muy bien las enfermeras, los enfermos, los trabajadores del Hospital y algunos médicos, muy bien, tremendamente bien. Se portó muy bien la gente que habíamos hecho prisionera, como por ejemplo el director de la Banda de Música de La Habana, que estaba allá con motivo de los carnavales. Ninguna de esa gente nos delató, de la gente que hicimos prisioneros.

NOS PUEDES ENCONTRAR EN DIFERENTES LIBRERÍAS EN LA HABANA

Prado N° 553, e/ Teniente Rey
y Dragones, Habana Vieja.

f **LibreríaAbrilCuba**



LIBRERÍA CUBA VA

Calle 23 esq. a J,
Vedado.

JESÚS MONTANÉ OROPESA

El asalto a la posta tres el 26 de Julio¹⁷

A las cuatro de la madrugada ya estábamos preparados los 133 hombres y dos mujeres que nos encontrábamos en la granja Siboney, a 15 minutos de Santiago. Había llegado el momento de salir para atacar. Fidel, minutos antes, nos había ordenado ponernos los uniformes de militares, entregado las armas, y dado las instrucciones pertinentes.

Fidel pidió voluntarios para tomar la posta tres, y en honor a la verdad, todos dimos un paso adelante. Pero fue el Dr. Castro quien escogió a los que integraríamos ese primer grupo: Carmelo Noa, de Artemisa; José Luis Tasende, obrero de una compañía productora de queso; Renato Guitart, de Oriente; Ramiro Valdés, un joven de Artemisa; José Suárez Blanco, líder del M-26-7 en Pinar del Río, también de Artemisa; Pedro Marrero, obrero de una cervecería; y quien les habla.

Renato Guitart era el jefe de la «Operación Posta Tres». A las 5 y 10 de la madrugada del 26 de julio partimos hacia nuestro objetivo. Quiero aclarar que no se distribuyeron cargos algunos ni galones de ninguna clase, ya que estos — todos estábamos de acuerdo— había que ganárselos en la lucha.

¹⁷ Publicado en el suplemento del periódico *La Calle*, 26 de julio de 1959, p. C-8.

A las 5 y 20 minutos de la madrugada llegamos al cuartel Moncada.

En la primera máquina en el asiento delantero, íbamos Pedro Marrero, al timón; yo en el medio, y Renato Guitart a mi derecha, en la ventanilla. Renato con un arma larga y una pistola, yo con un rifle calibre 22, y Marrero con una 45. En el asiento trasero, Noa, Tasende, Ramiro Valdés y Suárez Blanco, con armas largas y cortas distribuidas.

Nadie en el asalto utilizó armas blancas, pues, sencillamente, no las llevábamos. En la posta tres había dos soldados y un sargento. Nosotros parqueamos el auto a 10 o 15 metros de ese lugar. Como estábamos vestidos de militares saludamos a los tres militares y ellos nos respondieron. Nos apeamos los siete del automóvil. Ramiro Valdés había quitado las cadenas que cerraban la entrada de las máquinas al cuartel, mientras que Marrero, Guitart, Noa, Tasende y Suárez Blanco desarmaban a la posta. Los dos soldados no ofrecieron resistencia, pero el sargento intentó tocar el timbre de alarma, a pesar de las advertencias que se le hicieron, y hubo necesidad de ultimarlos de un balazo.

La cara de sorpresa del sargento es tal cuando cae herido, que le dice a Suárez Blanco: «¡Hijo, qué has hecho!», pues pensaba que era un compañero del Cuerpo. Pero aun herido, el sargento en su caída logra tocar el timbre de alarma, y con ello alertar al resto de la tropa. Casi simultáneamente el compañero Gustavo Arcos, tripulante del tercer auto, se le hace sospechoso a un militar y no le queda más remedio que tirarle. También un posta cosaca —movible— que vigila los alrededores del cuartel, atrasado en su recorrido según los chequeos que habíamos realizado días antes, nos sorprendió y constituyó un factor importantísimo en el fracaso del asalto.

Después de desarmar a los dos soldados de la posta tres, que no hicieron resistencia, los llevamos encañonados hasta una barraca que está a la izquierda del cuartel, después de entrar. Suárez Blanco, Ramiro Valdés y yo, logramos encañonar a más de 50 soldados que se encontraban a medio vestir y semidormidos. Entonces se origina un tiroteo y la gente restante del cuartel logra formar una resistencia.

Muchos compañeros que no conocían la topografía del Moncada, equivocadamente entraron en las casas aledañas al cuartel, creyendo que eran parte de la fortaleza. Cuando teníamos encañonados al grupo de 50 soldados comenzaron a tirarnos de distintos lugares. A esa hora ya estaba formado el tiroteo en el Palacio de Justicia, que había sido tomado por Raúl Castro, habiendo emplazado una ametralladora en la azotea, cumpliendo así las órdenes de su hermano Fidel. Abel Santamaría, conjuntamente con su hermana Haydée y la Dra. Melba Hernández — hoy mi esposa — habían ocupado el hospital Saturnino Lora.

En otras barracas del cuartel los soldados comenzaron a tirarle a los demás autos que se encontraban fuera del Moncada. La resistencia duró hasta las 8 y 30 de la mañana del 26 de julio. El tiroteo fue intensísimo. Desde el Palacio de Justicia y desde el hospital nuestros compañeros disparaban hacia el cuartel.

En todo momento el compañero Fidel se mantuvo dirigiendo el ataque manteniéndose siempre en zona de peligro, saliendo con vida por verdadero milagro de Dios. Hubo un instante en que, cuando ya se había dado la orden de retirada, una ráfaga de ametralladora nos pasó muy cerquita de nuestras cabezas, lanzándonos juntos al suelo.

Logré coger una máquina junto con Ciro Redondo y Suárez Blanco, y nos dirigimos a Siboney, según las instrucciones que

habíamos recibido en caso de fracasar el ataque. Fidel también logró salir en otro auto, logrando más tarde agrupar alrededor de 20 compañeros en Siboney, lugar donde nos conminó en un discurso a continuar la lucha, y animados por sus palabras nos dirigimos hacia las lomas de Siboney para allí continuar la resistencia armada.

De ese grupo, entre otros, recuerdo a los siguientes compañeros: Almeida, Oscar Alcalde, Mario Chanes, Francisco González, Eduardo Montano, Jaime Costa, Armando Mestre — muerto en el *Granma*— Israel Tápanes, Reynaldo Benítez, Vero, Lazo y otros más hasta el número de 20 justamente.

De los siete que íbamos en la primera máquina que asaltó la posta tres, murieron cuatro: Noa, Guitart, Tasende y Marrero. Guitart fue muerto en combate. A Tasende lo vi herido en una pierna durante la lucha. De Marrero tengo la impresión que fue asesinado más tarde, al igual que la mayoría de nuestros compañeros. De Noa realmente no sé, aunque pienso lo mismo que con Marrero.

El grupo de veinte que habíamos logrado reunirnos estuvimos dándole vueltas a las lomas aledañas a Santiago durante los días comprendidos entre el 26 y 29 de julio en que Fidel nos ordenó a Tápanes y a mí que bajáramos a Santiago para acompañar a tres heridos, y además porque estábamos sumamente debilitados, y sin fuerza alguna para proseguir en los montes.

Cuando bajamos, Tápanes, los tres heridos y yo, nos detiene un grupo de militares y nos conducen al cuartel Moncada, donde nos recibe una jauría de más de 50 soldados, cercándonos y dándonos patadas e insultándonos hasta llegar a las oficinas del SIR. Reynaldo Benítez fue también víctima de esas vejaciones.

Mientras, Fidel y los demás se internaban en los montes.

Se me acercó un sargento con los guantes ensangrentados y una navaja barbera amenazándome con extirparme los testículos si no hablaba. Si decía que había combatido me iban a matar irremisiblemente. No podía revelar el nombre de Fidel, para resguardarlo —al igual que a los demás—, ya que esa era la consigna hasta tanto no transcurrieran seis u ocho horas: el tiempo necesario para que lograran escapar. Me dieron un galletazo y me hicieron una herida muy leve con la navaja, aplicándoseme más bien torturas mentales, pero siempre negué mi participación en el ataque (hasta el día del juicio), con lo que logré salvar la vida. Me preguntaron si yo aspiraba a ser coronel, y le respondí que en la General Motors ganaba más que un coronel. Chaviano le dijo al capitán Lavastida, refiriéndose a mi persona: «Este tiene tipo de profesor... Es un intelectual... Déjalo, que es incapaz de hacerle daño a nadie... ¡No hace falta fusilarlo!...».

Si logré despistar en los primeros momentos a los esbirros fue porque los guajiros del monte me habían dado una guayabera limpia y lo necesario para afeitarme y asearme, y por lo tanto no lucir como uno de los atacantes. En fin, me habían detenido por sospechas. Pero al enviarles al SIM, en La Habana, mis huellas dactilares y mi foto supieron que allí estaba fichado con motivo de la detención que me hicieron cuando un mal compañero nos delató a raíz de sacar el periódico *El Acusador*, en una tirada especial que hicimos de 10 000 ejemplares, de los cuales lograron ocuparnos 5 000. Todos los de ese grupo participamos en el asalto al Moncada.

Entonces, Chaviano no tuvo dudas de que yo había participado en el ataque. Estuve preso en el Moncada hasta el 1ro. de agosto, fecha en que fui trasladado para el Vivac de Santiago de Cuba, llegando allí Fidel dos días después. De ese lugar nos

trasladaron para la cárcel de Boniato, hasta el 1ro. de octubre en que fuimos enviados a Isla de Pinos.

En todos los momentos nos estuvieron amenazando de muerte. Y se prepararon expediciones desde el cuartel Moncada para asesinarlos; hechos que no pudieron llevarse a efecto gracias a la intervención del teniente Llanes Pelletier, que era supervisor militar de la cárcel de Boniato.

Fue en Isla de Pinos donde se funda la academia ideológica «Abel Santamaría» para adoctrinar a los 29 compañeros presos que allí nos encontrábamos, y fue Fidel quien personalmente nos adoctrinó.

Jesús Montané Oropesa es hombre que no le gusta hablar de sí mismo, al igual que las principales figuras de nuestra Revolución. Gran esfuerzo nos costó que hiciera un paréntesis en sus agotadoras labores de la hora actual, pero cuando lo convencimos de lo imprescindible que resultaba para el periódico La Calle publicar un reportaje acerca del asalto al cuartel Moncada – primero por salir este periódico en tan señalada fecha y segundo porque con ello honraría la memoria de la Revolución y de sus compañeros caídos – fue que accedió a conceder-nos la entrevista que hemos comenzado con el vívido e impresionante relato que nos hizo de la gesta heroica del 26 de julio de 1953.

Compañero Montané – le preguntamos – ¿dónde lo sorprendió a usted el 10 de marzo de 1952?

Era el jefe de personal de la General Motors Inter-America Corporation donde llevaba seis años trabajando.

¿Y cómo se inició usted en las luchas revolucionarias?

A media cuadra de donde yo trabajaba conocí al compañero Abel Santamaría Cuadrado, que prestaba sus servicios en una fábrica de autos. Cambiamos impresiones sobre la situación

política de Cuba y coincidimos en los ideales libertarios. Después, hicimos contacto con un empleado de una cervecería y viejo revolucionario del año 30, con quien dimos los primeros pasos revolucionarios editando el periódico tabloide (pequeño) que se llamaba *Son los mismos*.

¿Cuándo conoció usted al Dr. Fidel Castro?

Lo conocí fortuitamente. El 1ro. de mayo de 1952 Abel Santamaría y yo fuimos al Cementerio de Colón, donde coincidimos con el Dr. Fidel Castro. A él se le había roto su automóvil, y como tenía que ir a la ciudad de Colón, en Matanzas, le pidió prestado su auto al compañero Abel.

Continúa diciéndonos Montané, mientras enciende un tabaco y nosotros lo imitamos. [...]

Fidel tenía que ir a Colón para entrevistarse con el doctor Mario Muñoz, médico de esa ciudad, quien además era radioaficionado y piloto amateur, y con quien ya había establecido contacto para iniciar la lucha armada contra la tiranía. Nosotros acompañamos a Fidel en el viaje.

Fidel le pidió al Dr. Muñoz que hiciera dos plantas de radio, clandestinas, para transmitir desde la provincia de La Habana. Una de ellas fue utilizada el 8 de mayo, aniversario de la muerte de Guiteras, en la Universidad de La Habana.

Nuestro entrevistado se acomoda en el asiento como para ir recordando mejor aquellas actividades iniciales que al final darían al traste con el régimen usurpador, y prosigue:

Editamos otro periódico: *El Acusador*, que estaba orientado por Fidel Castro, dirigido por Raúl Gómez García, joven estudiante de Filosofía y Letras, quien era natural de Güines, y más conocido entre nosotros como «El Poeta de la Revolución».

Gómez García fue asesinado vilmente y torturado en el Moncada. Como subdirector fungía el compañero Abel Santamaría Cuadrado, joven contador de Encrucijada, también muerto en el Moncada. Como redactores estábamos Juan Martínez Tinguao y el que habla.

Con motivo del primer aniversario de la muerte de Chibás publicamos una edición extraordinaria de 10 000 ejemplares con cinco hojas cada uno. A cada ejemplar le pusimos un sello con un gomígrafo, con un índice acusador. Imagínese usted sellar 10 000 ejemplares.

A continuación del relato que nos está haciendo el veterano del Moncada y del Granma, Jesús Montané, le recordamos la primera traición de que fue víctima el Movimiento 26 de Julio, y de cuyo traidor habló recientemente el Dr. Castro en una comparecencia televisada, cuando explicaba al pueblo la traición de un miembro de la Fuerza Aérea.

Por la delación de un compañero que nos ayudaba en la distribución del periódico —nos sigue diciendo Montané— todos fuimos apresados por la Policía —el 16 de agosto de 1952—, la que logró ocuparnos 5 000 ejemplares. Pero los otros 5 000 logramos distribuirlos. Las compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría también fueron apresadas, pues ya se habían incorporado al Movimiento y trabajaban activamente con nosotros. También fue detenida Elda Pérez. Solamente, ahora recuerdo, que el compañero *Tinguao* logró zafarse de las garras policíacas.

¿Ya Fidel había ido a Artemisa a captar nuevos elementos?

Fidel fue a Artemisa, y entre otros había establecido contactos con José Suárez Blanco, Ciro Redondo, Ramiro Valdés, José Ponce Díaz, y otros compañeros más.

¡Ah!, compañero Montané, ¿pudiera decirnos el nombre del primer traidor?

No... No estoy autorizado para revelarlo...

En el año 1953, cuando se produjo el ataque al cuartel Moncada muchos se preguntaron por qué no se escogió el antiguo campamento de Columbia u otra fortaleza habanera. Le hacemos la interrogación al compañero Montané, quien nos responde sobre este particular.

Se escogió el Moncada porque era la segunda fortaleza militar de la Isla. Estimábamos que el tomar una posición de esa naturaleza haría un gran impacto en las huestes gobiernistas; además de que ello crearía confianza en el pueblo. Los efectos psicológicos de la toma del Moncada hubieran podido muy bien ser el comienzo del derrocamiento de la dictadura. Pensábamos hacernos fuertes en Oriente para después continuar la lucha en las demás provincias.

Con marcada expresión de energía en su rostro, Montané nos dice:

Fuimos al Moncada y a Bayamo no por el mero hecho de cambiar un régimen por otro, sino para liberar a Cuba de los lastres coloniales de los cincuenta años de vida republicana, como la politiquería, el latrocinio y el nepotismo, e implantar en el país un régimen que transformaría radicalmente nuestro sistema en lo económico, político y social. Y la prueba está en que lo hemos hecho después, ahora, tal como lo habíamos prometido. Llevábamos en la mano un rifle, pero en la otra el programa de la Revolución, que fue redactado por Raúl Gómez García, bajo la dirección de Fidel.

Al fracasar el intento de insurrección del profesor García Bárcenas el 5 de abril de 1953, en el cual no participamos —nos dice Montané— decidimos hacer la Revolución dirigidos por la

nueva generación, la que posteriormente se ha conocido como la del «Centenario del Apóstol».

Llegamos a la conclusión de que los partidos políticos existentes — todos — y sus líderes — todos — estaban incapacitados para vertebrar un movimiento insurreccional que eliminara la dictadura. Y al efecto, con fondos recaudados de nuestros propios ahorros, preparamos y organizamos el 26 de Julio.

En la manifestación del 28 de enero de 1953 logramos reunir 600 compañeros que iban perfectamente organizados, como pudieron ver los habaneros en aquella memorable fecha. En su gran mayoría eran miembros del Partido Ortodoxo y del estudiantado cubano. Por ejemplo, en la Universidad de La Habana se incorporaron al Movimiento, Pedro Miret y Léster Rodríguez, el primero hoy ministro de Agricultura, y el segundo capitán del Ejército Rebelde, por cuyos conductos pudimos entrenar en armas a los hombres en la Universidad.

¿Quién dirigía el Movimiento, compañero Montané?

A la dirección del Movimiento pertenecían los compañeros Fidel Castro, Abel Santamaría, Oscar Alcalde, Ernesto Tizol, José Luis Tasende, Mario Muñoz, Renato Guitart, Pedro Miret, y un servidor.

¿Fue al doctor Castro a quien se le ocurrió escoger el cuartel Moncada para iniciar la lucha bélica contra la tiranía?

Sí, fue a Fidel a quien se le ocurrió atacar en Oriente. Nuestro Movimiento estaba dividido en dos grupos. Uno estaba ocupado de la parte militar — que eran los únicos que sabían el lugar, hora y fecha del ataque — ; y el otro que estaba encargado de las tareas financieras, al cual yo pertenecía.

En 17 automóviles salimos para Oriente. Yo iba en un carro de mi propiedad con cinco compañeros más. Entre ellos, Gabriel Gil, quien después fuera expedicionario del *Granma*.

En Oriente, Renato Guitart era el único que sabía lo que se estaba preparando. Ciento sesenta y cinco era el número de hombres que estábamos preparando para el ataque. Ciento treinta y cinco atacaríamos al Moncada. Y treinta al cuartel de Bayamo.

Unos nos trasladamos en autos; otros en ómnibus, y los restantes en tren. Entre estos últimos mi actual esposa, la doctora Melba Hernández, y Haydée Santamaría, señora de nuestro compañero el doctor Armando Hart: las dos únicas mujeres que tomaron parte en la acción.

Todas las armas fueron trasladadas por tren. Yo salí de La Habana el 24 de julio y llegué a Santiago el día 25 en horas de la mañana. Previamente había pedido 15 días de licencia en mi trabajo en la compañía «Bauer and Black» (fábrica de curitas), de la cual era contador.

Fidel salió antes que yo en un auto también. A la una de la madrugada ya nos encontrábamos reunidos en la granja Siboney (a 15 minutos del Moncada) los 135 hombres que atacaríamos el cuartel. Fidel ordenó a todos que se fueran a dormir, menos el grupo que se quedó haciendo posta en la granja.

El comandante Abelardo Crespo, hoy jefe de Bomberos de La Habana, le tocó hacer guardia con una ametralladora argentina, que era la única que teníamos. Las armas con que contábamos eran muy malas y viejas: rifles calibre 22, escopetas calibre 12, pistolas 38 y 45, un M-1 y una ametralladora como antes dije.

Las telas para los trajes se compraron en el propio cuartel de San Ambrosio, a través de un compañero que pertenecía al

Ejército —no recuerdo su nombre—. Muchos de los trajes se hicieron en la casa de la doctora Melba Hernández, en Jovellar 107. (Una de las dos casas donde comenzó el 26 de Julio. La otra fue la de Abel Santamaría, en 25 y O, las que frecuentaba mucho el doctor Fidel Castro Ruz).

Las armas las adquirimos casi todas en La Habana, en armerías. Aquí en la capital, antes de salir, hacíamos prácticas de tiro en el Club de Cazadores, y en una finca de Nueva Paz, del compañero Hidalgo Gato.

Dirigió la costura de los trajes —del Ejército antiguo— la mamá de Melba, la señora Elena Rodríguez del Rey de Hernández. Y la confección de los mismos estuvo a cargo de la viuda de Tasende, y la señora Delia Terry, una empleada del hogar de la doctora Hernández.

De más está decir que fue Fidel Castro, cerebro dirigente del Movimiento, quien organizó y ultimó todos los detalles del asalto al Moncada. Al mencionarle a nuestro entrevistado este particular, él nos responde:

Al compañero Abel Santamaría se le ordenó que tomara el Hospital Civil Saturnino Lora, en compañía de otros, entre ellos las dos únicas mujeres que había. Fidel estaba muy consciente de que el segundo de a bordo en el Movimiento era Abel, y quería salvaguardarlo del peligro; y en el caso de que él —Fidel— muriera, Abel pudiera continuar dirigiendo la acción. A Raúl le ordenaron tomar el Palacio de Justicia, que está a un costado del Moncada (el Hospital está enfrente), y que emplazara una ametralladora en la azotea.

Inteligentemente Fidel escogió la fecha del 26 de julio de 1953 para producir el ataque. He aquí las causas en labios del compañero Montané Oropesa:

Se escogió dicha fecha por ser el domingo de Santa Ana, cuando se celebran los tradicionales carnavales santiagueños, y que es natural que haya mucho bullicio y aglomeración de personas, por lo cual pasaríamos inadvertidos un grupo de 135 hombres por la ciudad santiaguera, y porque además no se darían cuenta de esa cantidad de hombres alojados en hoteles, en casas y en la granja Siboney. Además, en esos festejos se tirarían cohetes, voladores, etcétera, lo cual sería un factor a favor de nosotros.

Montané, ¿cuántas máquinas tomarían parte en el ataque a la posta tres?

Siete u ocho, y unos cincuenta y más hombres, ya que nos dividimos en tres grupos.

Ya para terminar nuestra entrevista con Jesús Montané Oropesa, este nos explica cuáles fueron a su juicio las causas del fracaso en el ataque al cuartel Moncada:

El timbre de alarma que hizo sonar el sargento de la posta, a quien hubo que ultimar; la posta cosaca —movible— que se encontraba atrasada en su recorrido, y que nos descubrió por tal razón, ya que la teníamos chequeada perfectamente; y la equivocación de los tripulantes de algunos autos que en vez de ir al cuartel escogieron un camino equivocado.

Déjeme decirle, antes de terminar que solo ocho de nuestros hombres murieron en combate. Los demás, en número de ochenta —y más— fueron asesinados.

[...]

La Causa 37 por el asalto al cuartel Moncada ya es conocida de todos, y el doctor Fidel Castro en su histórico documento *La historia me absolverá* recoge brillantemente el juicio de aquellos sucesos que conmovieron a toda Cuba.

Como resultado del juicio de la Causa 37 fueron condenados a 13 años de prisión: Oscar Alcalde Valls, Ernesto Tizol Aguilera, Pedro Miret Prieto y Raúl Castro Ruz.

A diez años de prisión: Andrés García Díaz, Enrique Cámara, Agustín Díaz Cartaya, René Bedia Morales, Eduardo Montano Benítez, José Suárez Blanco, Mario Chanet de Armas, Armando Mestre Martínez, Francisco González, Ciro Redondo, José Ponce Díaz, Ramiro Valdés Menéndez, Julio Díaz González, Israel Tápanes, Jesús Montané Oropesa, Reynaldo Benítez, Fidel Labrador, Gabriel Gil y Juan Almeida Bosque.

A tres años de cárcel: Eduardo Rodríguez Alemán, Orlando Costez Gallardo y Manuel Lorenzo Costa. A siete meses de reclusión en la cárcel de mujeres de Guanajay: la doctora Melba Hernández y Haydée Santamaría Cuadrado.

También a diez años de cárcel: Gustavo Arcos Bergnes y Abelardo Crespo Arias.

Y 15 años de prisión al doctor Fidel Castro Ruz.

REVISTA CONTEXTO LATINOAMERICANO



Publicación de la Editorial Ocean Sur que pretende analizar los procesos políticos y la coyuntura actual en América Latina y el Caribe desde un posicionamiento crítico y revolucionario, rescatar la memoria histórica del continente, traer la filosofía y el marxismo, actualizados, a nuestras luchas por la emancipación y promover el debate.

PEDRO MIRET

Un grupo verdaderamente heroico¹⁸

Vamos a hacer un recorrido sobre las circunstancias anteriores al asalto al Moncada. Me parece que si no se tienen en cuenta todas las circunstancias que rodearon el hecho, se pierde un poco su significación. Habría que dar un brinco muy atrás para llegar a la génesis de la situación actual, uno de cuyos hitos importantes lo constituye el asalto al cuartel Moncada, cuyas simientes fueron plantadas por todos los que desde mediados del siglo pasado empezaron con su rebeldía a crear el sentido de Nación y a darle forma a la palabra libertad hasta llevarla a la amplitud que dicha palabra representa hoy en Cuba. Nuestro brinco será más corto: solo un año atrás.

La mayor parte de nosotros en aquel entonces formábamos parte del estudiantado o de la clase obrera. Me estoy refiriendo en general a quienes después hubieron de participar o rodearon el hecho del Moncada.

Todos estos compañeros vivían en el ambiente que existía en el país. Un ambiente lleno de podredumbre, un ambiente,

¹⁸ Versión de la charla pronunciada por el comandante Pedro Miret a miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias el 26 de julio de 1962, en un acto organizado por el Departamento de Instrucción Revolucionaria del MINFAR. Publicado en *Verde Olivo*, 29 de julio de 1962, p. 6.

en fin, parecido al que existe hoy en América Latina. Digo muy parecido porque entonces no existía, como hoy, un ejemplo como el que está dando el pueblo de Cuba. El ambiente en general en aquella época, en la juventud, era, por una parte, de corrupción total; por otra, de falta absoluta de fe.

El 10 de marzo significó para la juventud una especie de chispazo o toque de alerta, que le conmovió las entrañas, le hizo adoptar nuevas actitudes, cambiar conceptos y, finalmente, la llevó a juntarse. En el sector universitario se creó un gran clamor. Digo un gran clamor porque la mayor parte de la gente se reunía para protestar, pero sin ninguna línea definida, sin ningún principio claro.

Esa amalgama de gente que se reunió allí aquel día era de lo más curiosa. Estaba formada por individuos como Masferrer, por un lado, y Fidel, por otro. Enemigos irreconciliables, de ideas y sistemas de vida antagónicos y que sin embargo en la primera oportunidad, concurren en el mismo lugar. Yo creo que eso puede dar una idea de la confusión tremenda que reinaba en aquel centro. Masferrer, claro está, enseguida cogió su rumbo y así muchos de los individuos maleantes que fueron allí. Así fueron quedando solo una serie de personas que con el transcurso de los días fueron percatándose, cada vez más; de la verdadera significación del hecho del 10 de marzo. Es decir, a muchas personas de allí les picó «un bichito» que inculca una «enfermedad» que se llama Revolución y que es un mal que no tiene cura, que llega el momento que abarca todo el pensar de la persona y se convierte en el móvil vital.

Un buen día empezamos a cambiar impresiones los miembros de ese grupito (el compañero Raúl, entre ellos) y acordamos que nosotros teníamos que seguir luchando hasta que el estado de cosas terminara. Se hizo claro que nosotros teníamos

que luchar por algo más que por derribar a Batista. Empezamos a analizar lo que había producido el golpe del 10 de Marzo y todos los regímenes anteriores y llegamos a la conclusión de que no estábamos de acuerdo ni con lo anterior ni con el presente, que en aquel momento era el 10 de Marzo.

Así comenzamos a trabajar, todavía sin un plan; pero ya con el propósito de hacer de ese tipo de actividad, nuestra preocupación futura.

En esos días, mientras nosotros y otros grupos de jóvenes estábamos preocupados por estas cuestiones de ideas, otras gentes estaban preocupadas en ver cómo se ligaban a Batista o cómo lo combatían para guardar posiciones, etc. Los camajanes seguían en sus 9 de Marzo; para ellos el 10 de Marzo fue un día más.

Es digno destacar que los líderes de la oposición, los que se suponían que iban a salvar al pueblo, eran Pardo Llada, Millo Ochoa, Aureliano, etc.; esos eran los «bravos». No había ningún plan insurreccional (porque ya se hablaba de insurrección en aquella época) en que no estuvieran los «superman» de Millo Ochoa y Pardo Llada, por un lado y los «superman» de Aureliano, por otro. Aureliano entonces empezaba a crear una cosa que se llamaría Triple A. (Nunca se pudo saber por qué se llamaba así).

Debemos señalar que mientras por un lado se seguían las mismas costumbres de enjuague entre las mismas gentes, por otro lado se iba formando una mentalidad distinta entre ciertos sectores de la juventud.

La primera fecha de insurrección la dieron el 1ro. de junio de 1952. Después lo de las fechas se convirtió en un perfecto relajo; cada semana daban una fecha ¡que no fallaba nunca! (Yo creo que ese mismo sistema lo está siguiendo la contrarrevolución ahora).

Al principio nosotros nos creímos que las primeras fechas eran ciertas. Pero enseguida nos fuimos acostumbrando a verlas pasar sin gloria.

El primer pretexto que dieron para posponer la primera fecha fue que los contactos no habían podido coordinarse —ese pretexto lo repitieron después muchas veces— (siempre las insurrecciones priístas eran a base de tener más armas que Batista). Ahora yo me imagino que será tener más armas que nosotros; pero siempre les faltó una caja de balas o les faltó un contacto y después de Playa Girón, les faltó una División americana más.

Es interesante ver cómo el grupo que después atacó el Moncada fue razonando y definiendo su posición. Yo recuerdo que nos dio por estudiar ya que casi ninguno entendía como los miembros de la U.I.R. y de la A.R.G. y de no sé cuántas organizaciones y nombres raros, que ya la gente los ha olvidado, y que eran en ese tiempo los «bravos», (los «gatillo alegre»), no conocieran el manejo de las armas, en primer lugar y en segundo lugar a nadie le cabía en la cabeza, que estos individuos pudieran luchar de verdad por el bienestar del pueblo, como ellos decían; no era posible concebir que este personal pudiera ir a ninguna acción que condujera, en definitiva, a nada bueno para nadie, inclusive para los que fueran con ellos. En aquella época estaba en boga un libro de Mira y López que se llama *Problemas Psicológicos Actuales*, y ese librito, en una forma muy condensada, retrata ciertos aspectos de la vida revolucionaria que surgen y suelen ocurrir en realidad. Retrataba también el caso de todos los pseudo revolucionarios que allí se encontraban. En ese ambiente y ya un poquito enterados, llegamos a la conclusión que todas esas fechas seguirían hasta lo eterno. Que no llegarían a ningún sitio y como en definitiva nosotros ya nos

habíamos propuesto trabajar en ese nuevo trabajo a que nos estábamos dedicando, en una forma seria, fuimos perdiendo la fe en todos esos falsos líderes y lo mismo fue ocurriendo a los grupos que por otro lado laboraban con las mismas intenciones y por los mismos principios. Creo que cada quien se trazó su meta particular. Uno lleva dentro el deseo de que todo salga bien, pero a veces la realidad se encarga de destruirlo y eso estaba ocurriendo con la famosa «revolución» de los auténticos. Esa era una de las tantas cosas ideales que teníamos en la cabeza y que tuvimos que ir destruyendo metódicamente.

La última fecha que recuerdo fue el 10 de septiembre. Ese día se «iba a acabar el mundo». Pero como siempre, no pasó nada. Aunque para nosotros sí ocurrió algo importante, pues se apareció un individuo flaco y largo, como no he visto otro jamás. Aquel compañero medía seis pies y cuatro o cinco pulgadas. Vino a vernos de parte de una persona que no estaba precisamente entre los favoritos de los predios universitarios, a pesar de su postura vertical y sin equívocos contra la tiranía. Pero ¿qué se podía esperar si allí los favoritos eran los señores que meses atrás fueron objeto de sus viriles denuncias!

El compañero flaco y largo venía de parte de Fidel a ver si podíamos entrenarle un grupito que él tenía, ya que carecía de medios para entrenarlo. Nos llamó la atención la forma tan cortés, tan diferente de este compañero. Era lógico: él no tenía cartel de guapo. Era un simple obrero del mercado que tenía que trabajar diariamente muy duro. Estaba tan flaco por el hambre que pasaba. Creo que pocas veces dejé de pasarla.

Ese compañero murió en el desembarco del *Granma* y hoy su nombre lo lleva la refinería de petróleo más grande de Cuba: se trata de Níco López. En él perdió la Revolución uno de sus genuinos líderes.

La impresión que nos causó trabajar con estos compañeros fue agradable. Estas personas eran campesinos; provenían de Pinar del Río, La Habana y Matanzas. Ninguno era incorrecto, todos se portaban de una forma seria, responsable, cuando uno hablaba con ellos notaba otro ambiente. Se respiraba otro aire alrededor de estos muchachos (algunos no eran tan muchachos). Fue entonces cuando nosotros decidimos que valía la pena abandonar todo el resto del personal y dedicarnos a trabajar con estas personas que se producían en forma tan diferente.

Se empezó a pasar sigilosamente todo ese personal hasta que llegó al número de 1 400 a 1 500. Todos, más o menos de la misma formación, en su mayor parte, jóvenes ortodoxos. Ninguno exhibía ningún carnet, vuelvo a repetir, de guapo. Todos eran idealistas, como se decía entonces, y todos participaban de ese entrenamiento en una forma consciente. Se veía que eran individuos que dejaban su tiempo, que les era muy necesario, para dedicarse a tareas que no eran de su agrado. Se veía que estos compañeros iban allí en cumplimiento de un deber. Eso se prolongó hasta el mes de diciembre. En el ínterin empezamos a trabajar conjuntamente, con esas nuevas fuerzas que se nuclearon y se integraron finalmente en lo que después fue el Movimiento 26 de Julio. Todavía no se llamaba así; pero fue el que culminó con el ataque al cuartel Moncada y al cuartel de Bayamo.

Es interesante ver cómo fue continuando la metamorfosis mental y hasta física de todos los compañeros. Para hablar con José Luis Tasende (era obrero de la «Nela») había que meterse en una de las neveras donde se guardaba la mantequilla, lo que hacía que cuando se prolongaban las conversaciones salíamos medio congelados.

Había otro compañero muy interesante que era Abel. Siempre con su tabaco en la boca, unos ojitos pícaros y su libro de las obras escogidas de Lenin bajo el brazo.

Así transcurrió el tiempo y fue aumentando el conocimiento de que en la forma en que se desarrollaban los acontecimientos, con la mentira como norma y con la ausencia total de las masas de todos los planes conspirativos (todos se basaban en contragolpes militares en los que el pueblo aparecía como espectador) no se derribaría jamás a la tiranía y ante la disyuntiva de seguir esperando de otros lo que no nos iban a dar, se decidió que con nuestros propios medios iríamos a la acción y es a partir de ese momento que empiezan a perfilar ya los planes que condujeron al asalto al cuartel Moncada y al de Bayamo.

A partir de diciembre ya ese grupo empieza a trabajar más aceleradamente, con fines más definidos, ya empieza a desligarse de todos los otros grupos (a desligarse en cuanto a planes de operación) porque empieza a concebir sus propios planes. Ya empieza a desconfiar de los demás, no en el aspecto de creer que fueran los únicos poseedores de la verdad, sino en el sentido de estimar que solamente con el esfuerzo propio se lograría hacer algo.

En la Universidad, en las narices de todo el mundo, de los 1 200 a 1 400 hombres que se habían entrenado, empezamos a hacer un sistema de selección para entrenar un grupo de comandos. Después de seleccionados se les empezó a probar en distintos actos. Esos mismos más o menos fueron los que después se batieron heroicamente en Santiago y Bayamo.

Había que ver cómo esos compañeros, que en su mayoría eran campesinos u obreros, se dedicaban a hacer los ejercicios selectivos en el piso de una azotea de una escuela de la Universidad. Muchos venían con su guayabera planchadita, posiblemente la única, y allí había un instructor que los mandaba a

tirarse en el suelo y a hacer veinte mil cosas que ellos no entendían y salían la mayor parte de las veces con la guayabera rota.

En esa segunda etapa casi todos cambiamos el método de vida radicalmente. Cada uno se desvinculó completamente de lo que había hecho el año anterior.

Una vez determinado que nosotros seríamos los que ejecutaríamos la acción, nos dedicamos seriamente a estudiar los planes, a estudiar las posibilidades de los lugares y a estudiar la forma de obtener los medios materiales, es decir, el dinero.

Nadie puede imaginarse las enormes dificultades con que tropezábamos para conseguir el poco dinero que costó la operación. En algunos fue dramático el esfuerzo como en los casos de Chenard, Montané, Alcalde, etc., que entregaron todo lo que tenían y algunos, aun lo que no tenían.

Para dar idea de lo difícil que era conseguir armas, les voy a contar una anécdota. Una vez estaba en el hospital con un pie roto. Apareció Fidel; se suponía que Fidel y yo nunca habíamos, para que no nos vincularan (siempre nos veíamos en lugares apartados). Apareció, cerró la puerta, sacó una billetera, de ella un billete lila y me dijo: «Hay que trabajar». Se me enderezó el pie, enseguida salí cojeando. Yo nunca había visto un billete de aquellos, creo que era de 100 pesos. De allí salimos a hacer una «comprita». Nos habían ofrecido 10 ametralladoras Thompson a \$250.00 cada una. El individuo que las ofrecía no podía fallar. Era un republicano español que nunca había estado en Cuba. ¡No podía fallar! El hombre acababa de llegar de Nueva York. En aquella época éramos muy ingenuos en cuanto al F.B.I. y todas esas cosas. Producto de eso fue la trampa en que caímos.

El famoso español era miembro de lo que después se llamó el BRAC. Las ametralladoras viejas que traía pertenecían

al S.I.M. Fuimos nosotros con un fajo de billetes enorme, primera vez que andábamos con tanto dinero.

Alcalde, que era nuestro financiero, pasaba a ratos vigilando el dinero, de lo más serio; pero también las autoridades cojeaban más que nosotros, eran más malos que nosotros. Los miembros del Buró andaban con unas camisitas azules de mangas cortas, que los identificaba como miembros del ejército. Esos buenos señores se creían que eso era un paseo. Nos tenían «tan bien rodeados, que nos escapamos».

Llegamos entonces a la conclusión de que nosotros no podíamos adquirir armas de ese tipo sin caer seguramente en una trampa. Fue entonces cuando determinamos que nuestras armas estaban en las armerías y fue cuando se decidió tomar las escopetas y rifles calibre 22 para realizar el asalto al cuartel Moncada. Fuimos con los rifles porque esto fue lo único que pudimos conseguir. Porque a nosotros nadie nos dio, ni un «vizcaíno».

Nos dimos a la tarea de suplir la desventaja de las armas con un entrenamiento muy riguroso. Cada uno de los compañeros, que ya había sido seleccionado, lo fuimos pasando por una finca, donde le dimos un entrenamiento bastante riguroso de tiro con rifle calibre 22 y de entrenamiento con escopeta en el Club de Cazadores. No se nos ocurría ni remotamente decirles que con esos iban a ir al Moncada, ni del Moncada se hablaba jamás. Eso no se habló con nadie. Y no se nos ocurría decirlo porque corríamos el riesgo de que cualquier indiscreción nos ridiculizara por completo y diera al traste con nuestro plan. Lo que sí es bueno aclarar es que a base de entrenamiento se logró que el rifle 22 se convirtiera en un arma mortífera en manos de los compañeros que fueron al Moncada. Ellos lo demostraron allí. Eso demuestra que muchas veces no hay que descansar

tanto en el arma como en el conocimiento que se tenga de ella. Estos compañeros tendrían armas pequeñas; pero tenían un corazón muy grande y creo que eso quedó también perfectamente demostrado en el asalto al cuartel Moncada.

Creo que era la primera operación realmente secreta que se hacía en el país. Debemos agregar que todo se fue cumpliendo a medida de nuestros deseos. Los planes del chequeo del cuartel en Santiago, los trabajos que llevaron a cabo allá los compañeros Renato Guitart y Abel Santamaría. Cómo lograron disimular todos sus movimientos todos los compañeros, cómo se pudieron llevar los 165 hombres que componían esa tropa de asalto, con todas sus armas y parque. Cómo se pudo llegar al cuartel en sí; y cómo se fueron cumpliendo, con sus pormenores, los detalles del plan. ¿Por qué falló el plan? Ya eso es harina de otro costal.

Lo que quería fundamentalmente era aclarar, cómo esa juventud fue transformándose. Fue proponiéndose cada vez metas más avanzadas, cómo esa juventud llegó al Moncada, pasó el Moncada, estuvo presa o estuvo trabajando afuera. Fue una cosa diferente a todo el resto de las cosas que se habían hecho hasta entonces en el país. Creo que es digno de destacar cómo eso creó una fe nueva en el pueblo, cómo regó esa simiente, que ya se había sembrado mucho antes y cómo, en definitiva, dio al traste con toda la base de sustentación de esa tiranía y continuando con el *Granma* y Girón creó las sólidas bases sobre las que se sustenta la Revolución Socialista Cubana, que es el luminoso faro hacia donde miran esperanzados todos los pueblos oprimidos de América Latina.



COLECCIÓN VANGUARDIA **60 años de Revolución en Cuba**

En conmemoración al 60 aniversario del triunfo de la Revolución Cubana, Ocean Sur publica, en ocho breves tomos, la obra intelectual de figuras relevantes en la historia de Cuba, cuyo pensamiento y acción adquieren vigencia en nuestros días. El lector podrá encontrar en el estuche, los siguientes títulos: *José Martí, Julio Antonio Mella, Fidel Castro, Ernesto Guevara, Camilo Cienfuegos, Celia Sánchez, Haydée Santamaría y Vilma Espín.*

Contiene 8 libros, 2018, ISBN 978-1-925756-22-7

RAMIRO VALDÉS MENÉNDEZ

Discurso pronunciado el 16 de julio de 1977. Fragmentos¹⁹

[...]

Artemisa fue el centro principal del movimiento revolucionario organizado por Fidel, en la antigua provincia pinareña. De Artemisa salió uno de los mayores contingentes de jóvenes para dar inicio a la lucha armada revolucionaria. De esta localidad partimos hacia Santiago de Cuba cerca de una treintena de combatientes la víspera del 26 de julio de 1953. Catorce revolucionarios de Artemisa, Guanajay y Pinar del Río murieron en el Moncada, en su mayoría asesinados después de la acción. Otros tres compañeros, participantes del ataque, y más tarde expedicionarios del *Granma*, dieron sus vidas después del 2 de diciembre de 1956. José Ramón Martínez, asesinado después del desembarco, y Julito Díaz y Ciro Redondo, que cayeron peleando en la Sierra Maestra durante el primer año de guerra revolucionaria.

Recordábamos las dificultades inmensas de todo tipo con que se iniciaron los preparativos insurreccionales. Las armas escasas con que contábamos al comienzo de la lucha. Pero al mismo tiempo, la seriedad, la disciplina, el entusiasmo, la confianza en el futuro y en Fidel de aquel grupo de combatientes.

¹⁹ Publicado en *Granma*, 18 de julio de 1977.

Creo firmemente que en aquellos jóvenes trabajadores y humildes, surgidos de la entraña más genuina del pueblo, estaban ya estampados muchos de los rasgos que hoy queremos forjar en el nuevo hombre comunista.

Recordamos hoy a *Ciro Redondo*, compañero que participó en el asalto al Moncada, se salvó milagrosamente de ser asesinado, nos acompañó casi dos años en el presidio, fue expedicionario del *Granma* y cayó heroicamente en combate en la Sierra Maestra, siendo ascendido póstumamente por Fidel, a proposición del Che, al grado de comandante del Ejército Rebelde. *Ciro* era un sencillo hijo de este pueblo, empleado de una tienda, y apenas tenía al morir 26 años de edad.

Recordamos también a *Julito Díaz*, trabajador humilde de una ferretería, que fue combatiente del Moncada, estuvo 22 meses preso en Isla de Pinos, marchó al exilio en México, vino en el *Granma* y murió gloriosamente en el ataque al Uvero, el 28 de mayo de 1957.

Recordamos a *José Ramón Martínez*, joven obrero de Guanajay, que participó bajo el mando de Raúl en la acción del Palacio de Justicia el 26 de Julio, fue expedicionario del *Granma* y cayó asesinado en los días siguientes al desembarco y al revés de Alegría de Pío.

Basta pasar revista a la relación de los jóvenes de Artemisa y otras zonas pinareñas asesinados en el Moncada para comprender la pureza de las raíces populares sobre las que se ha levantado el edificio de la Revolución. Aquellos combatientes tenían en su sangre el espíritu inconforme y rebelde de las clases trabajadoras y explotadas, no estaban vinculados a ninguno de los vicios de la politiquería imperante y llevaron a la acción del 26 de Julio la generosidad, la limpieza de ideales y el desprendimiento más absolutos.

Tomás Álvarez Breto, obrero de la construcción de 25 años de edad, fue torturado y asesinado después de tomar parte en la acción del hospital Saturnino Lora.

Antonio Betancourt Flores, obrero y más tarde trabajador por cuenta propia, tenía 20 años de edad al caer por la Revolución.

Flores Betancourt Rodríguez, obrero de 24 años, fue rematado por los esbirros después de combatir en el Moncada.

Gregorio Careaga Medina, obrero y después humilde empleado de una funeraria, fue asesinado brutalmente en Maffo al día siguiente de la acción del 26 de Julio. Tenía al caer 30 años de edad.

Rigoberto Corcho López, empleado de 22 años, llevó al Moncada su profundo espíritu martiano y dio su vida por estas ideas.

Guillermo Granados Lara, trabajador por cuenta propia, tenía al morir 30 años de edad.

Emilio Hernández Cruz, obrero de 21 años, se destacó por el ardor con que siguió a Fidel en los preparativos y en la acción que dio inicio a la lucha armada revolucionaria.

José Labrador Ruiz, campesino de esta zona, murió en el Moncada a la edad de 27 años.

Marcos Martí Rodríguez, el más joven de los artemiseños caídos en el Moncada, tenía 19 años cuando fue cobardemente asesinado, hallándose desarmado y prisionero, después de intervenir en la acción. De origen campesino pobre, fue obrero agrícola y más tarde empleado de un almacén.

Carmelo Noa Gil, campesino trabajador de 27 años, fue uno de los participantes en la toma de la Posta 3 de la fortaleza santiaguera.

Ismael Ricondo Fernández, también campesino humilde de esta región, solo contaba 23 años al combatir y caer asesinado en el cuartel Moncada.

Alfredo Corcho Cinta, campesino de Guanajay, fue asesinado después del ataque. Era un compañero de gran carácter y responsabilidad.

José Costa Velázquez, obrero de 29 años, de origen campesino y miembro también de la célula revolucionaria de Guanajay, fue ultimado cobardemente luego de participar en la acción.

Lázaro Hernández Arroyo, humilde obrero de la construcción, natural de Pinar del Río, estuvo entre los atacantes del cuartel de Bayamo y cayó asesinado junto a varios de sus compañeros después del combate. Tenía apenas 19 años de edad al morir.

En una Revolución, como bien dijo el Che, se triunfa o se muere, si es verdadera. A triunfar o a morir marchamos hace 24 años, junto a muchos otros, los combatientes de Artemisa, rumbo a una acción revolucionaria que aún no sabíamos ni dónde ni cómo se habría de realizar, y que resultó el ataque al cuartel Moncada. ¡Cuántos compañeros no regresaron de aquel viaje! ¡Cuántos hermanos heroicos y admirables quedaron para siempre a lo largo del camino que abrió el 26 de Julio! Para muchos de ellos, los que murieron junto a la tumba de Martí en el año del centenario, los que le dieron al Apóstol su sangre y su vida para que él siguiera viviendo en el alma de la Patria, no hubo retorno de aquella cita con el deber. Y hoy, al contemplar esta emocionante ceremonia, al ver la enorme y fervorosa multitud que ha venido a acompañar hasta su último destino los restos de los héroes caídos, más que un acto luctuoso, nos parece contemplar el regreso victorioso de aquellos combatientes, multiplicados en el pueblo, multiplicados en la Revolución, multiplicados en las firmes manos de nuestros obreros y nuestros campesinos, que sostienen en alto la

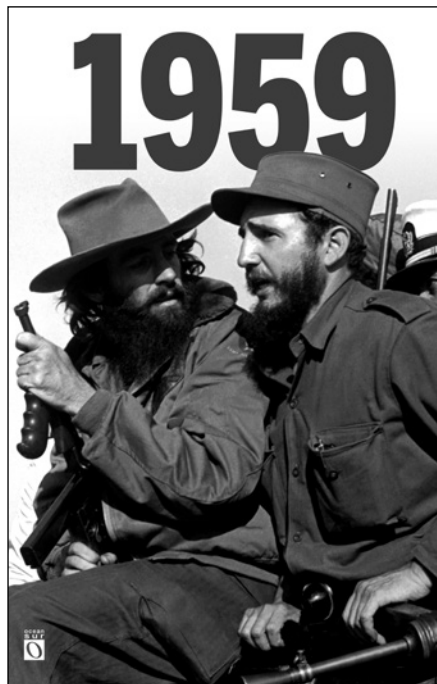
gloriosa enseña del Moncada y que la llevarán adelante, con fuerza invencible, hasta el triunfo definitivo del socialismo y el comunismo.

¡Que vivan eternamente los héroes de la Patria! ¡Viva nuestro Partido Comunista de Cuba!

¡Viva Fidel!

¡Patria o muerte! ¡Venceremos!

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



1959

Colección 60 Aniversario de la Revolución Cubana

Cuba, 1959. El mundo cambió. No se trataba de una insurgencia popular o únicamente la victoria armada de un grupo de guerrilleros; era el inicio de una revolución social que se asumía por vocación martiana, que garantizaría educación y salud para todos, y que repartiría la tierra entre los campesinos. Ocean Sur propone, en esta edición, 15 imágenes del primer año de aquella Revolución que hizo historia.

16 páginas de fotos, 2018, ISBN 978-1-925756-27-2

LÉSTER RODRÍGUEZ PÉREZ

El asalto²⁰

[...]

Nosotros seguimos por todo Garzón para doblar en Carretera Central y parquear frente al Palacio de Justicia. Abel seguiría para bajar la calle Trinidad, que sale a un costado del Hospital. Creo que Dalmau era el que conducía el auto donde íbamos. Los dos carros del grupo que conducía Abel se adelantaron. Dalmau, por no ser de Santiago, siguió derecho y tuvimos que dar la vuelta a la Plaza de Marte para retornar al entronque de la Central con Garzón. Ya los dos carros de Abel bajaban Trinidad. El grupo, del que era jefe Renato, tomaba la posta. En el momento en que nosotros nos bajábamos del nuestro, frente al edificio de la Audiencia, Fidel entraba en el quinto carro por la calle paralela a la Central, para entrar por la posta del cuartel. Eran las cinco y treinta de la mañana, la hora fijada para comenzar el ataque.

Cuando parqueábamos, vimos a un soldado que se dirigía hacia el cuartel. Raúl Castro, que estaba al frente de nuestro grupo, fue el primero en tirarse de la máquina. Con una pistola en la mano derecha caminó apresuradamente y dijo al soldado: «Estás detenido».

²⁰ Publicado en *Verde Olivo*, 26 de julio de 1964.

«¿Qué pasa?» —preguntó con gran sorpresa el soldado—. «¡Que se cayó Batista!» —respondió Raúl mientras indicaba al guardia que fuera hacia el interior del edificio para ser el primer prisionero nuestro.

Yo toqué en la puerta del edificio; abrió un sargento de la policía que estaba sin camisa. El grupo lo encañonó; ahí fue donde empezamos a oír los tiros de nuestros compañeros y los soldados. Hicimos prisionero al policía y tomamos el elevador para subir al último piso; llevábamos los prisioneros con nosotros.

Había que subir la azotea por una escalera. Raúl abrió de un tirón la puerta que conduce a ella. Yo me asomé antes desde una parte del piso, desde donde se veía el polígono del Moncada y empecé a disparar contra algunos de los guardias que iban a ocupar la 50 que estaba sobre el Club de Oficiales. Luego seguí al grupo hacia la azotea. El muro de esta es bastante alto y dificultaba hacer disparos contra el cuartel; por otra parte había algunas escopetas trabadas, que me tocó arreglarlas. Se mantenía a raya, no obstante, a los soldados que trataban de llegar a la ametralladora 50. Raúl y yo bajamos para hacer un recorrido para ver qué pasaba. Al bajar por el ascensor encontramos a un soldado con fusil en mano. Nos abrimos en ángulo y Raúl le dijo que se rindiera, que si disparaba podía matar a uno de nosotros, pero que el otro daría cuenta de él. Pero detrás de este soldado había otro, y al escuchar las palabras de Raúl, se rindió; también se entregó el primero. Entregaron sus Springfields y vinieron a ser el tercero y cuarto prisioneros que hacíamos. Los condujimos hasta el último piso, donde quedó un compañero custodiándolos. Había un viejito, empleado de la Audiencia, que nos dijo que tenía un hijo que vivía en el sótano y que el mismo estaba llorando, que le permitiéramos salir; nosotros accedimos.

Después de un buen rato notamos que el combate comenzaba a decrecer en intensidad. En el cuartel, el grupo de Gildo Fleites, Fidel Labrador y Pedrito Miret cubría la retirada de Fidel y demás compañeros. El Comandante en Jefe había ordenado la retirada y Chenard venía a comunicar esa orden a Raúl en la Audiencia y a Abel en el Hospital, pero Chenard fue abatido por el camino.

Fleites, Labrador y Miret habían sido heridos y por la feliz casualidad de que el médico-capitán Tamayo llegara a tiempo a donde ellos, estos no fueron asesinados por las bestias sedientas de venganza, suerte que corrieron casi todos nuestros compañeros hechos prisioneros después del combate. (Este hecho lo consigna detalladamente el compañero Primer Ministro Fidel Castro en *La historia me absolverá*).

Después

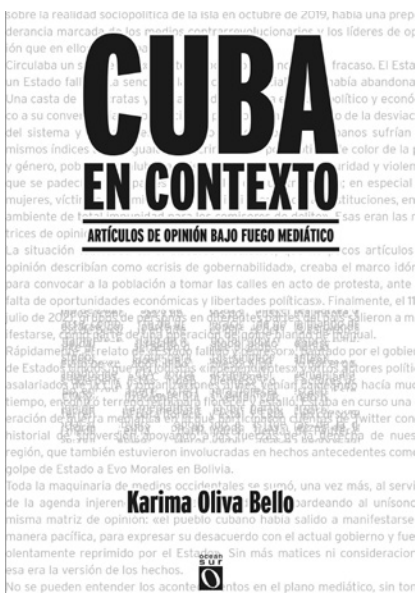
Bajamos a los prisioneros y los metimos en una celdita donde ponen a los detenidos que van a juicio. En ese momento llegó un carro celular conocido por jaula, con 15 policías. Tocarón a la puerta; yo me adelanté a abrir la puerta, Raúl quedó en el centro y los demás compañeros se situaron a los dos lados. Abrí la puerta y cuando entró un sargento gordo con una pistola, Raúl se le tiró a agarrarlo e imperativamente dijo en alta voz: «¡Todos están presos!». Como un solo hombre, los 15 policías se entregaron con sus armas. Fue algo que sorprendió vivamente a los que acompañábamos a Raúl, cómo aquellos policías, armados y que nos doblaban en número, se entregaran mansamente sin que uno solo hiciera ademán de disparar. Los hicimos prisioneros, encerrándolos. Las armas que teníamos multiplicaban tres veces el número de seis que éramos nosotros. Viendo que el combate había cesado y al comprobar la retirada desde la

azotea, decidimos retirarnos. Raúl y yo salimos a pie; los demás en carro. Yo cogí una guagua en la calle Celda y me bajé en Enramada y Carnicería, bajé a pie hasta mi casa para cambiarme de ropa. En mi casa quemaron el uniforme, me vestí de civil y mi padre llamó a un chofer para que me llevara hasta Palma Soriano, evadiendo la detención.

Luego supe que Raúl había sido el único detenido en nuestro grupo. Él se había ocultado en una casa en Santiago y luego salió caminando por la línea del tren. Lo detuvieron en Palmarito.

A todos los prisioneros que dejamos encerrados en la Audiencia dimos un trato correcto. Ellos reconocieron después que no se les ofendió ni maltrató por nosotros. Una actitud incomparablemente opuesta tuvieron los soldados con nuestros compañeros hechos prisioneros.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



CUBA EN CONTEXTO

Artículos de opinión bajo fuego mediático

Karima Oliva Bello

Los artículos que se aglutinan en este libro, han sido escritos con la intención de brindar un aporte a la resistencia y la lucha en defensa del socialismo en los momentos más duros de guerra mediática que ha vivido Cuba en los últimos tiempos. Son resultado de un esfuerzo colectivo. Se integran a las tantas formas de resistencia que Cuba ha venido ensayando ante la guerra simbólica.

2022, ISBN 978-1-922501-61-5

ANDRÉS GARCÍA DÍAZ

El asalto al cuartel de Bayamo²¹

«... había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto».

¡Esa fue la orden! Se había producido en una reunión de Batista, el jefe del Ejército, del SIM, el general Martín Díaz Tamayo y otros, horas después del valeroso ataque al cuartel Moncada (5:15 a.m. del 26 de julio de 1953). El propio Díaz Tamayo dijo que era una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes. Fidel lo denunció en el juicio por los sucesos del Moncada.

A partir de ese momento una verdadera cacería humana se inició por aquel grupo de hombres de bajos instintos criminales natos, bestias portadoras de todos los atavismos ancestrales revestidas de forma humana, monstruos refrenados por la disciplina y el hábito social que solo les falta la orden para entregarse a esa orgía de sangre.

El tirano –relató Fidel en el juicio– al hablar en el polígono militar el 27 de julio dijo que eran 33 las bajas nuestras, que habían caído en el ataque al cuartel, y al terminar esa semana ya sumaban 80 los cadáveres de jóvenes asesinados, muchos de ellos después de haber sido terriblemente torturados.

Igualmente ocurrió con los prisioneros del grupo que realizó el ataque al cuartel de Bayamo. Eran 25, de los cuales la mitad fueron

²¹ Publicado en *Revolución*, 20 de julio de 1962, p. 1.

ultimados. Los cadáveres de tres de ellos fueron echados al fondo de un pozo ciego cerca del río Cauto, en un lugar conocido por Barrancas.

Eran Raúl de Aguiar, Armando del Valle y Andrés Valdés, asesinados a medianoche, en el camino hacia Palma Soriano por el sargento Montes de Oca y el cabo Maceo, del cuartel de Miranda. En una alcantarilla de la carretera, cerca de Bayamo, fue igualmente asesinado Mario Martínez Ararás, quien al ser preguntado por los soldados sobre quién era el responsable del grupo expresó: «el responsable de esta revolución es José Martí», y murió valientemente.

También se refirió Fidel, y denunció el crimen ante el Tribunal, a lo ocurrido en la carretera entre Bayamo y Manzanillo, cerca de Veguitas, donde tres jóvenes prisioneros del ataque al cuartel, después de ser salvajemente golpeados a culatazos, fueron dejados allí, ahorcados, por muertos, dándose el caso singular que uno de ellos recobró el sentido horas después y sobrevivió para poder relatar el crimen. Se refería a Andrés García Díaz. Los otros dos, Hugo Camejo y Pedro Vélez, fueron hallados allí por los campesinos al día siguiente. Sus cadáveres presentaban múltiples desgarraduras y contusiones. Habían sido arrastrados, con una sogá atada al cuello (como Andrés) tirados por el jeep que tripulaban sus verdugos.

Los campesinos de Veguitas, de la finca «Ciro León» y «Las Trovadas» recuerdan a Andrés con mucho cariño. Su vida para ellos es como una leyenda, le llaman cariñosamente «el muerto vivo». Sienten, además, un gran dolor al recordar el hallazgo de los cadáveres de Hugo y Pedro. Ven en Andrés algo suyo. Tiempo después del 26 de Julio, cuando Andrés fue a la Sierra Maestra y se unió a las fuerzas de Fidel, ellos le pidieron que hiciera algo allí en la zona, alguna hazaña. Él les pertenecía, su nombre tenía que seguir ligado a Veguitas. Tenía que asaltar el cuartel de allí. Él era para ellos un mártir convertido en héroe por circunstancias extraordinarias de la vida y por qué llevaba dentro el ideal de la Revolución.

Andrés fue el primer ayudante de Almeida, y se destacó como un buen combatiente. Hoy es capitán del Ejército Rebelde y desempeña un cargo de responsabilidad en el cuartel maestro San Ambrosio.

El extraordinario interés humano que rodea el caso del sobreviviente del ataque al cuartel de Bayamo, Andrés García Díaz, arrastrado y ahorcado en el callejón de Veguitas al Central Sofía, mueve al relato, y es él, y los campesinos que lo ayudaron a escapar a la persecución de sus verdugos, quienes nos cuentan el hecho.

Viste el honroso uniforme verde olivo. Lo encontramos cuando le limpiaban los zapatos, frente al cuartel San Ambrosio, en La Habana Vieja. Es sábado al mediodía. Ha terminado sus labores para ir a almorzar. Joven, humilde, sencillo. Nos atiende con afecto y advertimos en él la emoción que le produce el recuerdo de aquellos momentos tan singulares de su vida, tan llenos de dolor y sacrificio y a la vez tan llenos de esperanzas y de fe en el futuro de la Patria.

Conocí a Fidel en una reunión en la Universidad de La Habana, al día siguiente del artero golpe del 10 de marzo, que tanta sangre y dolor trajo al país. Mi madre, Mercedes Valdés, era ortodoxa y a pesar de que yo era muy joven, sentía ansias de emprender la lucha cívica. Allí iniciamos los contactos y nos vinculamos al trabajo revolucionario que con condiciones excepcionales dirigía Fidel, había que enfrentarse a Batista y con él destruir los males seculares que representaba y agobiaban la República.

Comenzamos el entrenamiento —nos dice— íbamos a una finca en el pueblo de Palos, en La Habana, otros compañeros se entrenaban en el manejo de las armas en otra finca, en Guanajay. No había otro camino que la revolución armada frente a la dictadura castrense y la miseria moral de nuestros corrompidos políticos. El golpe del 10 de marzo era una puñalada por la espalda a nuestro pueblo. Era el pisotón del imperialismo y los

explotadores frente a toda posibilidad pacífica de salvar al pueblo de tanta frustración.

La modestia del joven combatiente lo detiene en su relato, cuando se trata de lo personal, pero al fin lo persuadimos de que su historia es parte de la historia de la Revolución, y accede.

Escogida la fecha del 26 de julio para el ataque al Moncada —nos dice— Fidel propuso que, simultáneamente, se atacara el cuartel de Bayamo, el segundo más importante de la provincia, para aliviar la presión que pudieran hacer los soldados en un solo punto, una vez tomado el Moncada. Así nos trasladamos (un total de 25 compañeros) a la Ciudad Prócer. Sin duda alguna el mentor del grupo lo era el inolvidable compañero Níco López, quien posteriormente cayera abatido a balazos en Alegría de Pío, con otros expedicionarios del *Granma*.

Nos reunimos en el hospedaje Gran Casino, situado en la esquina de Alfredo Usted y Augusto Márquez. A poco menos de dos cuadras del cuartel. El 24 ya estábamos todos allí. Contábamos con muy escasas armas, entre ellas algunas escopetas marca «U». Fidel dio la orden de atacar por la madrugada del 26 y así lo hicimos. Decidimos atacar por distintos puntos. Aunque solo por la entrada del fondo había alguna posibilidad. Cuando intentamos cortar una cerca de alambre de púas que protegía el acceso por este lugar, un soldado que estaba en la caballeriza se percató del ataque y rápidamente se movilizaron en gran número poniendo a funcionar las ametralladoras calibre 50 que tenían instaladas, sin que tuviéramos la menor posibilidad de tomar la posición. En el ataque cayeron dos compañeros y el resto nos dispersamos en distintas direcciones, siendo la mayoría capturados en las malezas y posteriormente asesinados.

Tratando de escapar tomé un ómnibus en dirección a Manzanillo, para ver si podíamos llegar hasta la casa de unos parientes en Campechuela. Me acompañaba mi hermano de crianza, Hugo Camejo y Pedro Vélez. Un policía que iba en el ómnibus sospechó de nosotros porque teníamos los zapatos enfangados y en Manzanillo nos detuvieron. Sobre las nueve de la mañana del día 26 nos trasladaron al cuartel de Bayamo.

El relato se hace cada vez más impresionante.

Sabíamos que estaban asesinando a todos los que caíamos prisioneros. Los golpes y vejaciones eran constantes. En las primeras horas de la madrugada nos sacaron del cuartel de Bayamo, por orden del teniente Suárez. El sargento de la Paz y el cabo Maceo nos trasladaron en un *jeep* hasta el callejón de Sofía, al fondo del cementerio del pueblecito de Veguitas, a unos 67 kilómetros de Bayamo, en dirección a Yara.

Estábamos seguros de que nos asesinaban. Allí comenzaron a darle culatazos a mi hermano Hugo. Estábamos maniatados. Me incorporé para interponerme y evitar con mi cuerpo el atropello. Fue aún dentro del *jeep*. Me alcanzaron con la culata del fusil en la sien. Caí inconsciente. Sobre las 5 de la tarde de ese día (27 de julio) empecé a recuperar el conocimiento. Estaba terriblemente adolorido y con una soga que me apretaba fuertemente en el cuello. Al parecer, la posición en que quedó y por ser yo el que estaba atado al extremo de esta, no logró estrangularme.

El cuadro era espantoso. Mis hermanos de lucha yacían inermes. A rastras alcancé la manigua. Alguien me vio saltar la cerca próxima a la cuneta y poco después fui perseguido por los soldados, en un cañaveral de la finca de Ciro León. Los tuve tan

cerca que, imposibilitado para huir, porque además, físicamente no lo podía hacer, me tiré boca arriba junto a un gran plantón de hierba guinea. Quería verles la cara a mis asesinos. Caminaron aprisa pensando que yo podía huir y me pasaron por el lado sin que me descubrieran. A la mañana siguiente me fui hasta el batey de la vaquería contigua al cañaveral. No era un lugar seguro y me encaminé a un paso del río Buey para tomar un camino próximo, frente a la casa de un campesino. Acertaba a pasar por el lugar Bernardo Amaya López, campesino de la zona que venía de cortar caña. Vivía allí cerca. Cariñosamente me brindó ayuda. Su bondad infinita y su repudio al crimen, del que ya tenía noticias, hizo posible que yo lograra salir con vida de aquella zona que era constantemente recorrida por los soldados.

No olvidaré jamás la valiente conducta de aquel campesino. De su familia, de su anciana madre Manuela López. Que muchas veces preparó, como su esposa Bélica González, los alimentos que me llevaba al cañaveral donde me tuvo oculto, donde me curaba las heridas, hasta que logró que pudiera salir a un lugar seguro.

Bernardo sabe —nos expresa Andrés— que el Ejército ha tenido noticias de que estoy escondido en la zona. Que si permanezco allí me capturarán y junto con él nos darán muerte. Busca un contacto y localiza a Níco Verdecia, de Bayamo. Níco está vinculado a la ortodoxia. Es un buen revolucionario y me saca del lugar. Me inyecta, me cura y considerando que el medio más seguro es que, con las garantías necesarias, me lleven a Santiago. Lo logro con la intervención personal de monseñor Pérez Serantes.

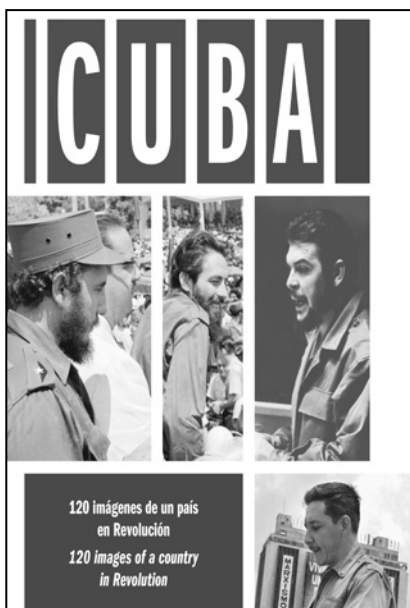
Este posteriormente lo entregó a las autoridades y fue remitido a la prisión de Boniato, donde estaban Fidel, Raúl y los demás compañeros sobrevivientes del Moncada.

En la prisión pude relatar a Fidel toda la odisea vivida y el asesinato de mis compañeros. Raúl me cortaba el pelo para que pudieran sanarme las heridas. Durante más de un mes tuve en el cuello el surco equimótico de la soga con que pretendieron ahorcarme. Tenía que decir que era una rozadura con los beju-cos en el monte, pues me hubieran matado para que no pudiera relatar eso ante el Tribunal.

Antonio Verdecia es primer teniente del Ejército Rebelde, destacado en la construcción de la Ciudad Escolar «Camilo Cienfuegos». Durante la guerra se batió mil veces con los soldados de la dictadura, en la zona del llano de Bayamo y Holguín. Estuvo con el grupo de Lara y posteriormente con el comandante Víctor Mora.

Con Verdecia nos trasladamos desde Bayamo a Veguitas, a la Finca «La Troyada», donde con Bernardo Amaya López, quien sigue siendo el mismo guajiro noble y trabajador y revolucionario, reconstruimos este pasaje de la Revolución.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



CUBA

120 imágenes de un país en Revolución

120 images of a country in Revolution

La épica de la Revolución cubana inmortalizada en 120 imágenes de momentos que hicieron historia en la mayor de las Antillas.

The epic of the Cuban Revolution is captured by 120 images taken over almost six decades.

168 páginas, 2016, ISBN 978-1-925317-23-7

JOSÉ PONCE DÍAZ

Recuerdos del ataque²²

Diez años han transcurrido desde que se ejecutara por un grupo de jóvenes, sin conocimiento militar alguno, el asalto al cuartel Moncada. Muchos logramos salir con vida, la inmensa mayoría, de lo que fuera el centro principal de la desigual batalla, no así después cuando la soldadesca batistiana descargó su odio e impotencia no solo contra los combatientes, sino también contra el pueblo santiaguero. Muchas horas después del combate se cumplía la orden emitida por el cobarde tirano, y que denunciara valientemente nuestro máximo líder en el histórico juicio: «había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto».

De todos es conocida la procedencia de aquellos jóvenes. Muchos nunca habíamos participado en la vida pública, entre ellos me encontraba yo. Mis funciones se limitaban por entonces a administrar una pequeña imprenta que poseía en mi pueblo natal, Artemisa. Surge la fatídica madrugada del 10 de marzo, que recibe inmediatamente la justa condena de parte del pueblo. En la vanguardia de esa protesta estaba el estudiantado. Los jóvenes artemiseños se unen al grito de condenación viril al régimen de facto, nacido del engaño y la traición a los más caros

²² Publicado en *Verde Olivo*, 28 de julio de 1963, p. 15.

anhelos de todo un pueblo. Por segunda vez, Batista escala al poder a espaldas del pueblo cubano.

El manifiesto de los estudiantes artemiseños es tirado en mi imprenta. Pero cometo un pequeño desliz: el propio documento lo identifiqué con nuestro pie de imprenta. La acción represiva no se hace esperar, paso a ser un número más en la larga lista de los «enemigos» del cuartelazo.

Junto con otros compañeros formamos una célula secreta dirigida por Pepe Suárez. Se suceden los viajes continuos a la capital, las prácticas de tiro en la Universidad, en El Pitirre, y en un lugar cerca de Las Cañas. Las tertulias de Prado 109.

Un buen día, en Artemisa, y encontrándome parado en la esquina del café La Aurora divisé de «fenómeno» a nuestro comandante Pepe Suárez. Casi instintivamente me acerqué a él, me movía la curiosidad por conocer qué lo traía por allí.

«Ahí está Fidel, el dirigente de nuestro movimiento», me dijo Pepe después de saludarnos. Aquella fue la primera ocasión en que charlé con Fidel.

Las reuniones se sucedían cada vez más continuas, en el local del Partido Ortodoxo, en la Universidad. Unas veces en compañía de Ramiro Valdés, otras con Abel Santamaría y así con muchos otros compañeros. Esto era el principio, por entonces yo era un miembro más del movimiento. Nuestra labor por aquel tiempo era la captación de elementos jóvenes afines a nuestras ideas.

Hay que destacar como un hecho de enorme importancia, más aún si tenemos en cuenta la inexperiencia nuestra en ese tipo de actividades, la discreción y seriedad que caracterizaba al grupo de jóvenes que integraban nuestro movimiento y que hizo posible que hasta el propio instante del asalto al Moncada

la dictadura no conociera de nuestros planes a pesar de los miles de pesos, agentes y chivatos con que ya contaba el régimen.

Llega el 24 de julio. Recibimos la orden de viajar a La Habana. De Artemisa partimos en unión de Julio, Rosendo Méndez y varios compañeros más. Aquella mañana nos hospedamos en una casa de la calle Basarrate, cerca de la Universidad, si no recuerdo mal.

Las órdenes se sucedían vertiginosamente. Allí recibimos los boletines para Santiago. Al amanecer del 25, estábamos alojados en el hotel Rex, de la capital oriental. Nuestro inolvidable Renato Guitart era el responsable del grupo.

Pasadas las doce de la noche fuimos trasladados para Siboney. Allí hicimos contacto con Jesús Montané. Ya amanecía, habíamos descansado brevemente cuando comenzaron a entregarse las armas. La emoción nos embargaba, Fidel nos comunicó la misión que se nos encomendaba y el objetivo que tendría el ataque al cuartel Moncada.

Cada minuto parecía un segundo. El tiempo apremiaba; de Siboney partimos con rumbo al Moncada. Los combatientes se distribuyeron en grupos de siete u ocho en las distintas máquinas que poseíamos. Estábamos incluidos en el grupo que tomaría el cuartel.

Mientras avanzábamos hacia el cuartel, ocupando la tercera máquina, vimos venir por la acera a un soldado con un cartucho en la mano. Gustavo Arcos le dio el alto, bajándose rápidamente del carro. La primera máquina había forzado la posta tres. Fidel iba en la segunda.

Arcos, al bajarse, resbala. El «casquito» estúpidamente quiere aprovechar el accidente y lleva la mano hacia el revólver. Este fue su grave y último error.

Mientras tanto, el fuego tomaba grandes proporciones. Fidel, desde la propia puerta del cuartel, daba órdenes de que avanzáramos, y el tiro «sato». Protegidos por el carro comenzamos a responder al nutrido fuego de la soldadesca. Así transcurrió largo rato. Entonces observé que algunos de los compañeros de la avanzada iniciaban la retirada, cumpliendo órdenes de Fidel. Nuestro pobre y escaso parque era cada vez menos.

Nuestra posición estaba sometida a un potente fuego. Los pedazos de mampostería de la pared del cuartel saltaban por el aire. Más tarde supe que estábamos bajo el fuego de una calibre 50. No era «familiar» para mí aquel tableteo rítmico y penetrante.

Avancé decidido hacia la segunda máquina, que estaba a mi derecha. Por un instante quedé al descubierto. De pronto sentí un fuerte impacto en mi hombro derecho y en la mano izquierda que me tumbó al suelo. En breves segundos tenía la mano horriblemente hinchada, de mi hombro salía abundante sangre. Pero comprendía que debía hacer acopio de todas mis fuerzas si quería salir vivo de aquel lugar.

Rápidamente gané la acera opuesta. Escurriéndome a través de unas casas situadas frente al cuartel, logré alcanzar la calle. Después me enteré que aquellas casas pertenecían a oficiales de la tiranía.

Ya en plena calle, intercepté una máquina de alquiler. Sin detenerme a mirar le dije: «Lléveme para Siboney». Él me respondió: «No tengo gasolina para llegar hasta allí». Sin titubear manifesté: «No importa, le echamos».

La máquina estaba ocupada por un señor de 40 años, de acento español. Este y el chofer estaban extremadamente excitados. En lugar de llevarme para Siboney me condujo a la Colonia Española. No lo supe hasta que no llegué al lugar. Yo no

conocía tampoco Santiago. Allí me dijo: «Quédate aquí para que te curen».

«Espérate, que voy a buscar el médico», nos dijo el enfermero. Estábamos en la sala de reconocimiento. Cuál no sería mi sorpresa e indignación cuando vi llegar en lugar del médico a un «tremendo» cabo de la Guardia Rural.

Este venía un poco nervioso, parece que ya tenía noticias de los sucesos que se estaban produciendo. Ambos se pusieron a conversar sin dirigirse a mí. Yo permanecí sereno sobre la mesa de reconocimiento, tenía a medio colocar una bata sanitaria que me permitía ocultar mi pistola. En forma vaga el cabo le comunicó al enfermero que yo estaba detenido.

Hoy comprendo que el temor y la duda embargaba a este agente del batistato. Yo conservaba aún mi «camuflaje», el traje del ejército de la tiranía que habíamos adoptado como parte de nuestro plan.

Frente a esta escena, quizás, el cabo pensó de una manera: «Si es enemigo lo tengo detenido, si es de los nuestros lo estoy cuidando... y así no tengo que ir al Moncada».

Al poco rato, ya había recibido los primeros auxilios y esperaba mi traslado a una habitación por orden facultativa, cuando hizo su aparición un hombre grueso, sin camisa, extremadamente pálido y con sus manos sobre el vientre... todo destrozado.

Dirigiéndose a mí, me preguntó: «¿Tú eres transeúnte o revolucionario?». Sin meditar, le respondí: «Revolucionario». Enfurecido extrajo su pistola. Varias personas que allí se encontraban se le abalanzaron. Tarde comprendí que este seguramente era un agente de los cuerpos represivos de la dictadura, pero la suerte estaba de mi lado. Su tez adquirió un color cenizo y cayó de bruces al suelo antes de que pudieran auxiliarlo. Batista había perdido un asesino.

Ya en la habitación, junto al compañero Gustavo Arcos, que había sido sometido a varias operaciones a consecuencia de las graves heridas recibidas —su estado me preocupaba... estaba casi muerto—, recibimos la visita, en forma descompuesta, de varios oficiales que traían órdenes del sanguinario Chaviano para sacarnos de allí. El doctor Posada los interceptó en la puerta y estableció con ellos una violenta discusión. El galeno se negaba, una y otra vez, a los propósitos criminales de los emisarios del tristemente célebre coronel Ríos Chaviano.

Durante varios días continuó el asedio de los criminales. Siempre la misma actitud valiente en el doctor Posada, cuya viril conducta hizo posible que conserváramos la vida. Había que pasar por sobre su cadáver, según lo manifestara, si los asesinos querían consumir su criminal fin.

Casi un mes permanecimos en el sanatorio, yo me había restablecido de mis heridas. Arcos escapaba de los brazos de la muerte. Se recibió la orden de trasladarnos para la sala de penados del Hospital Militar. Todavía pienso qué razones se ocultaban detrás de aquella orden. La orgía de asesinatos contra compañeros indefensos había cesado. El pueblo de Santiago acudía diariamente a conocer de nuestra suerte, a llevarnos alimentos, a darnos aliento. En gesto de valentía y desprendimiento brindaban sus casas a nuestros familiares.

El resto es historia de dominio público. De Isla de Pinos fuimos para el exilio, los cuerpos represivos no cesaban de perseguirnos. Con recursos propios y de nuestros familiares arribamos a Costa Rica en unión de Jaime Costa. Corría el año 1955. En San José se unieron a nosotros algunos combatientes que lograron sobrevivir al asalto del Moncada. Entre ellos, recordamos a Gustavo Arcos y José R. Martínez, y también nos

reunimos con el compañero Efigenio Ameijeiras que había perdido a su hermano Juan Manuel en el ataque al Moncada.

De Costa Rica pasamos a México. Nuevas esperanzas afianzaban nuestros ideales de redimir y ganar la libertad para nuestro pueblo. De nuevo volvimos al combate, siempre bajo la dirección de nuestro querido jefe, Comandante Fidel Castro, y una sola consigna: la de «Libertad o muerte».

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



HEGEMONÍA Y CULTURA EN TIEMPOS DE CONTRAINSURGENCIA «SOFT»

Néstor Kohan

¿Y si se hacen públicas las fotos de torturas en Guantánamo y Abu Ghraib? La «democracia republicana» y su liberalismo solo «interrogan de manera fuerte». ¿Y si se descubre el dinero sucio de la inteligencia norteamericana en ONGs, blogs y sitios webs? ¡Negar todo! ¡Son iniciativas de «la sociedad civil»! ¿Se puede entonces resistir? Sí, se puede. Baraguá. Moncada. Girón. Goliat no es invencible.

120 páginas, 2021, ISBN 978-1-922501-29-5

MARIO LAZO

«Recuerdos del Moncada». Fragmentos²³

[...]

Me ordenaron montar en el tercer automóvil. Cuando voy a salir de la Granjita, oigo la voz de Abel que decía a Fidel: «Yo no voy al hospital. Allí que vayan Yeyé, Melba y el Médico. Yo tengo que pelear si hay que pelear, que otros pasen los discos y repartan las proclamas».

Fidel, consciente del valor de la figura de Abel, amistosamente le ordenó:

«Tú tienes que ir al Hospital Civil, Abel, porque yo te lo ordeno y tenemos que ser disciplinados. Irás al Hospital, porque yo soy el jefe, y como tal debo ir al frente de los hombres. Tú eres el segundo, yo, posiblemente, no regrese con vida».

Abel continuó insistiendo: «Precisamente Fidel, porque eres el jefe debes cuidarte, no vamos a hacer como Martí, inmolarse cuando más falta le haces a la Patria y a nosotros mismos».

Fidel lo miró fijamente, le puso las manos en los hombros y persuasivo, aunque con firmeza, le respondió: «Yo voy al cuartel y tú al hospital, porque eres el alma del Movimiento, compañero inteligente, abnegado y valiente, y si muero tú me sustituirás». Se volvió a nosotros y ordenó: «¡Vamos!».

²³ Publicado en *Verde Olivo*, 23 de julio de 1978.

Segundos después una caravana de automóviles corría por la carretera de la Granjita hacia Santiago de Cuba. El recorrido se hacía sin dificultades, pero al llegar al puente de hierro, por el que solo podía pasar un vehículo, vimos aproximarse, en sentido contrario, a dos *jeeps* del ejército y nos sobresaltamos. No sé cómo detuvieron sus carros y dieron marcha atrás para dejar pasar nuestra larga fila, que, al continuar avanzando, recibió el saludo militar de los que nos proponíamos derrocar; nos confundieron con miembros del Ejército.

Pensando sobre el incidente concluí que quizás los que viajaban en los *jeeps* iban de cacería por el tipo de escopeta que llevaban. Después teniendo en cuenta esta casualidad pensé que no tendríamos problemas para poner en práctica nuestra operación sorpresa contra el cuartel Moncada, ordenada y dirigida por el compañero Fidel.

La caravana continuó la marcha y el auto conducido por Pedro Marrero se acercó a la fortaleza. Unos metros antes de llegar a la Posta 3 se detuvo y Renato Guitart se bajó gritando a los centinelas allí apostados: «¡Abran paso, que ahí viene el general!».

Los soldados se cuadraron de inmediato y presentaron armas. Serían aproximadamente las 5:15 de la mañana del 26 de julio de 1953.

«26 de julio de 1953 hace 16 años». Fragmentos²⁴

[...]

Tuvimos que retirarnos en marcha atrás, pues por todas las direcciones ofrecíamos mejor blanco al enemigo. Nos retira-

²⁴ Publicado en *Verde Olivo*, 27 de julio de 1969.

mos por la misma calle por donde habíamos entrado. Era una callecita como de dos cuadras y media que daba a la Avenida Garzón. Las casas que había en esa calle estaban habitadas por clases y oficiales del Ejército. La máquina de Ramirito estaba ponchada, así mismo caminé.

Cuando la máquina en que yo viajaba llegó a Siboney, ya Fidel y otros compañeros más estaban allí. En Siboney nos reunimos, según mis cálculos unos 45 hombres. Fidel nos dijo que solo había dos caminos a seguir: los que quisieran volverse a la ciudad y esconderse y esperar nuevas orientaciones, y el de coger las montañas. «Yo estoy por el de las montañas», dijo Fidel. Con él nos fuimos 18. Había uno de estos compañeros que estaba herido en una pierna y andaba con mucha dificultad, teníamos que ayudarlo a caminar, era Reinaldo Benitez Nápoles.

Cuando salimos de la granjita para internarnos en las lomas, no conocíamos la zona. Fidel quería salir a la Gran Piedra, pero nos perdíamos a menudo, a veces marchábamos algún tiempo y volvíamos a salir al mismo lugar de donde habíamos partido.

Vimos una casita, un ranchito de guano y Fidel nos ordenó que fuéramos a explorarlo. Nos dirigimos al bohío Oscar Alcalde, Roberto Galán, Israel Tápanes, Rosendo Méndez y yo. Ya serían como las 2 de la tarde cuando llegamos a la casita. Tenía aspecto miserable y no había nadie, pero vimos que había fuego en el fogón y una lata con café. En esos momentos llegó la dueña, una morena como de 80 años.

Le dijimos quiénes éramos y que queríamos un práctico, nos dijo que iba enseguida a buscar a su nieto para que nos sirviera de guía. Nosotros recelamos de la decisión de la señora, sospechábamos que nos iba a vender, ella lo notó y entró en un pequeño cuarto trayendo en la mano una caja de cartón... sacó unos papeles viejos... que la acreditaban a ella como mensajera,

firmado por el general Antonio Maceo, y otros documentos más... firmados por otros generales de la Guerra del 95.

Como a las dos horas de haber salido de la casa de la vieja, los que marchábamos a la retaguardia oímos un movimiento en la hierba, yo le dije: Alto, ¿qué pasa ahí? Vimos salir de la maleza un mulato joven con los brazos levantados... «Yo soy el nieto de Chicha, donde ustedes tomaron café ahora. Ella me mandó ayudarles y he venido corriendo».

Fui enseguida a avisarle a Fidel que marchaba alante, de que ya teníamos el guía. El joven estuvo con nosotros como dos horas y nos dio el rumbo correcto de la Gran Piedra.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



MUJERES EN REVOLUCIÓN

Coordenadas para un feminismo cubano socialista

Karima Oliva Bello

En este libro se unen las voces de mujeres muy fuertes; solo algunas, porque felizmente hoy son muchas las que trabajan para forjar la igualdad; con la intención de entretrejer miradas diferentes, desde lugares y experiencias de lucha diversas en América Latina, para una aproximación compleja a la cuestión feminista.

240 páginas, 2022, ISBN 978-1-922501-58-5

JUAN ALMEIDA BOSQUE

«Un lugar en el libro de la Historia»²⁵

[...]

Yo era peón de albañil. Estábamos haciendo una obra en Ayestarán. Había un maestro de obras allí que era bueno en cierta forma, en el fondo era bueno; ahora, con respecto al trabajo era malo, porque daba jornales de hambre y sueldos de miseria, la verdad.

Entonces, yo conocí al compañero Armando Mestre, un muchacho estudiante de Bachillerato del Instituto de La Habana, deportista, tenía ciertas relaciones, vivía cerca de mi casa y nos conocimos; hubo una cierta simpatía entre él y yo; ya salíamos juntos, hablábamos, nos preguntábamos tal cosa; me decía si yo estudiaba, yo le decía que no, que no estudiaba, que había salido del cuarto grado de la escuela y que no había tenido oportunidad de seguir estudiando. Entonces él me decía que me podía ayudar a prepararme para que yo fuera también al Instituto, que ahí se abrían mejores campos, que uno tenía mejores perspectivas en la vida. Yo le decía que era mejor perspectiva ir al Instituto, pero que primero tenía que ganarme

²⁵ Tomado de *El Libro de los Doce*, Guairas, Instituto del Libro, La Habana, 1967.

el jornal, porque yo tenía familia muy numerosa y debía ayudar a los padres míos a resolver la situación.

Entonces, transcurrieron años de esa amistad, y el 10 de marzo, cuando dio el golpe Batista, él me fue a buscar y me dijo: «Vamos a la Universidad, que se están movilizandando a las fuerzas vivas y al pueblo allí para repudiar el golpe militar». Entonces fuimos allí, llegamos buscando armas, no había armas... que las armas llegaban, que no llegaban las armas, que las iba a traer no sé quién. Y, en definitiva, las armas que vi por primera vez en mi vida fue las que nos puso Fidel en la Colina Universitaria, en el Salón de los Mártires, para hacer prácticas de tiro; el famoso M-1, aquel lo conocen todos los estudiantes de aquella época, y el fusil Springfield; el M-1 sin culata, que tenía la culata plegable, que pasó por las manos de todo el mundo.

Esas fueron las armas rudimentarias con que nosotros empezamos los primeros pasos, por primera vez, a tener contacto con armas. En aquella oportunidad no era como ahora, que aquí en este país ya cualquiera sabe manejar un fusil y anda con el fusil.

Pedrito Míret era responsable de las prácticas de armas con su camiseta enguatada con la H aquella, ¿te acuerdas?, con su golpecito de puño y mano abierta, y la «patada».

Me encontré a Fidel allí, empezó a hablar de la Revolución, lo que era Revolución, el proceso, el atraso que implicaba el golpe de Estado, que la juventud tenía que unirse, las fuerzas vivas, que él contaba con elementos que no habían tenido complicidades con el pasado.

Fue mi primer contacto con Fidel. Andaba con un libro de Lenin debajo del brazo, un libro azul, con la efigie de Lenin en relieve. Ese fue el que apareció en el Moncada. Tenía un traje gris Fidel, con el cuello de la camisa como que le han dado

muchos zurciditos, la camisa un poco raída...; con el carácter firme ese.

Hay un pasaje ahí que yo quiero hacer resaltar: fue cuando yo me iniciaba en los grupos insurreccionales, bajo la dirección del compañero Fidel, cuando lo conocí en la Universidad de La Habana.

[...]

Yo era por aquel entonces medio risueño, medio alegrote... Antes le daba a la vida otro significado, más liberal, diría yo.

Yo recuerdo que fui a unas prácticas de tiro allá en Los Palos; había un instructor que era el que nos enseñaba a tirar a nosotros allí con fusiles 22. Ponían una latica de leche y entonces cada compañero le tiraba a la latica los disparos, seis disparos cada uno. Y yo agarré mi fusilito, sin nunca haber tirado y, «¡prah!», le di el primero a la latica, «¡prah!», le di el segundo a la latica, el tercero a la latica, «¡prah!», y me dio tanta alegría que empecé a saltar allí: «¡Soy un bárbaro!». Entonces me dijo el instructor: «Óigame, compañero, parece mentira que usted se ponga aquí con ese escándalo y esa gritería». Y yo le digo: «No, es una alegría que está dentro de mí y no puedo evitarlo»: Dice: «Yo creo que usted no va a ser un buen revolucionario». Dígole: «Óigame lo que le voy a decir: si yo hubiera nacido en el 95 hubiera sido veterano de la Guerra de Independencia. Por tal motivo, en esta tengo que ser un buen revolucionario».

Cuando fuimos para el Moncada me recomendaron a mí, parece que el expediente mío decía que yo era un poquito chivador, porque Fidel le dijo en la máquina que yo iba, le dijo al compañero Alcalde, que iba manejando la máquina: «Ten cuidado con Almeida, que es un poquito "chivador"», y me llevaron por la Carretera Central hasta Santiago de Cuba como un

presidiario casi. Parece que el compañero Alcalde pensaba que yo me iba a dar a la fuga, y yo no lo pensé en ningún momento, porque yo pensé que no era una práctica ya, ir a Santiago de Cuba, a los carnavales de Santiago de Cuba, por el premio de haberme comportado tan bien en los ejercicios y demás.

Después, cuando llegamos allá a Santiago —fue el día 25, como a las cuatro y media, que llegamos a Santiago de Cuba—, nos alojaron en una casa, en Celda 8, y de ahí de Celda nos trasladaron a otra, de la que nos fue a recoger como a las doce de la noche el compañero Guitart. Nos llevaron a Siboney; en Siboney empezaron a repartir los uniformes...

Vi que los compañeros se ponían los uniformes, se ponían las corbatas...

Uniformes de soldados de la tiranía. Yo dije: «Bueno, ya me va a tocar mi fusil, ¿no?». Esperaba mi fusil yo con un esmero y unas ganas de verme con mi fusil, pero cuando veo lo que me toca: un 22. Cuando me tocó el 22 ese me enfrié...

Ya desde que llegué a Celda 8 ya vi que no era una práctica, que era de verdad que se iba a librar un hecho insurreccional. Yo te voy a manifestar con honradez que cuando me dieron el fusil ese, a mí se me enfrió el corazón; después tuve que darle masaje natural para que volviera a latir, porque se paró.

El problema no era el hecho, ¡era un fusil 22, tú! Empezaron a repartir las balas, cogí mis cuatro cajitas de balitas 22, hasta que se aproximara la hora.

Fidel, antes de salir para allá, les habló a los compañeros del momento histórico...

Tú sabes cómo es Fidel hablando.

Yo no me acuerdo bien; pero sí recuerdo que uno de los párrafos que dijo fue que aquel era un momento histórico que íbamos a vivir, que la historia siempre recordaría a los compa-

ñeros, y que nos íbamos a ganar un lugar muy bien merecido en el libro de la Historia.

Ahí hubo unos incidentes de unos compañeros que se acobardaron, y que Fidel mandó que los encerraran, y que en las condiciones actuales yo los hubiera mandado a fusilar; fueron los culpables de que hubiera cierta confusión... en una bifurcación del camino, se desviaron las máquinas.

LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ. FRAGMENTOS²⁶

[...]

Escuché al dictador el lunes 27 de julio, desde un bohío de las montañas, cuando todavía quedábamos 18 hombres sobre las armas. No sabrán de amarguras e indignaciones en la vida los que no hayan pasado por momentos semejantes. Al par que rodaban por tierra las esperanzas tanto tiempo acariciadas de libertar a nuestro pueblo, veíamos al déspota erguirse sobre él, más ruin y soberbio que nunca. El chorro de mentiras y calumnias que vertió en su lenguaje torpe, odioso y repugnante, solo puede compararse con el chorro enorme de sangre joven y limpia que desde la noche antes estaba derramando, con su conocimiento, consentimiento, complicidad y aplauso, la más desalmada turba de asesinos que pueda concebirse jamás. Haber creído durante un solo minuto lo que dijo es suficiente falta para que un hombre de conciencia viva arrepentido y avergonzado toda la vida. No tenía siquiera, en aquellos momentos, la esperanza de marcarle sobre la frente miserable la verdad que lo estigmatice por el resto de sus días y el resto de los tiempos, porque sobre nosotros se cerraba ya el cerco de más de mil hombres, con armas de mayor alcance y potencia, cuya consigna terminante era regresar con nuestros cadáveres. Hoy,

²⁶ Tomado de Fidel Castro Ruz: *La historia me absolverá*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2005.

que ya la verdad empieza a conocerse y que termino con estas palabras que estoy pronunciando, la misión que me impuse, cumplida a cabalidad, puedo morir tranquilo y feliz, por lo cual no escatimaré fustazos de ninguna clase sobre los enfurecidos asesinos.

Es necesario que me detenga a considerar un poco los hechos. Se dijo por el mismo gobierno que el ataque fue realizado con tanta precisión y perfección que evidenciaba la presencia de expertos militares en la elaboración del plan. ¡Nada más absurdo! El plan fue trazado por un grupo de jóvenes ninguno de los cuales tenía experiencia militar; y voy a revelar sus nombres, menos dos de ellos que no están ni muertos ni presos: Abel Santamaría, José Luis Tasende, Renato Guitart Rosell, Pedro Miret, Jesús Montané y el que les habla. La mitad han muerto, y en justo tributo a su memoria puedo decir que no eran expertos militares, pero tenían patriotismo suficiente para darle, en igualdad de condiciones, una soberana paliza, a todos los generales del 10 de marzo juntos, que no son ni militares ni patriotas.

Más difícil fue organizar, entrenar y movilizar hombres y armas bajo un régimen represivo que gasta millones de pesos en espionaje, soborno y delación, tareas que aquellos jóvenes y otros muchos realizaron con seriedad, discreción y constancia verdaderamente increíbles; y más meritorio todavía será siempre darle a un ideal todo lo que se tiene y, además, la vida.

La movilización final de hombres que vinieron a esta provincia desde los más remotos pueblos de toda la Isla, se llevó a cabo con admirable precisión y absoluto secreto. Es cierto igualmente que el ataque se realizó con magnífica coordinación. Comenzó simultáneamente a las 5:15 a.m., tanto en Bayamo como en Santiago de Cuba y, uno a uno, con exactitud de minutos y segundos prevista de antemano, fueron cayendo los

edificios que rodean el campamento. Sin embargo, en aras de la estricta verdad, aun cuando disminuya nuestro mérito, voy a revelar por primera vez también otro hecho que fue fatal; la mitad del grueso de nuestras fuerzas y la mejor armada, por un error lamentable se extravió a la entrada de la ciudad y nos faltó en el momento decisivo.

Abel Santamaría, con 21 hombres, había ocupado el Hospital Civil; iban también con él para atender a los heridos un médico y dos compañeras nuestras. Raúl Castro, con 10 hombres, ocupó el Palacio de Justicia; y a mí me correspondió atacar el campamento con el resto, 95 hombres. Llegué con un primer grupo de 45, precedido por una vanguardia de ocho que forzó la posta tres. Fue aquí precisamente donde se inició el combate al encontrarse mi automóvil con una patrulla de recorrido exterior armada de ametralladoras. El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, pues las cortas iban a la vanguardia, tomó por una calle equivocada y se desvió por completo dentro de una ciudad que no conocían. Debo aclarar que no albergo la menor duda sobre el valor de esos hombres, que al verse extraviados sufrieron gran angustia y desesperación. Debido al tipo de acción que se estaba desarrollando y al idéntico color de los uniformes en ambas partes combatientes, no era fácil restablecer el contacto. Muchos de ellos, detenidos más tarde, recibieron la muerte con verdadero heroísmo.

Todo el mundo tenía instrucciones muy precisas de ser, ante todo, humano en la lucha. Nunca un grupo de hombres armados fue más generoso con el adversario. Se hicieron desde los primeros momentos numerosos prisioneros, cerca de veinte en firme; y hubo un instante, al principio, en que tres hombres nuestros, de los que habían tomado la posta: Ramiro Valdés, José Suárez y Jesús Montané, lograron penetrar en una barraca

y detuvieron durante un tiempo a cerca de cincuenta soldados. Estos prisioneros declararon ante el tribunal, y todos sin excepción han reconocido que se les trató con absoluto respeto, sin tener que sufrir ni siquiera una palabra vejaminosa. Sobre este aspecto sí tengo que agradecerle algo, de corazón, al señor fiscal; que en el juicio celebrado a mis compañeros, al hacer su informe, tuvo la justicia de reconocer como un hecho indudable, el altísimo espíritu de caballeridad que mantuvimos en la lucha.

La disciplina por parte del Ejército fue bastante mala. Vencieron en último término por el número, que les daba una superioridad de 15 a 1, y por la protección que le brindaban las defensas de la fortaleza. Nuestros hombres tiraban mucho mejor y ellos mismos lo reconocieron. El valor humano fue igualmente alto de parte y parte.

Considerando las causas del fracaso táctico, aparte del lamentable error mencionado, estimo que fue una falta nuestra dividir la unidad de comandos que habíamos entrenado cuidadosamente. De nuestros mejores hombres y más audaces jefes, había 27 en Bayamo, 21 en el Hospital Civil y 10 en el Palacio de Justicia; de haberse hecho otra distribución, el resultado pudo haber sido distinto. El choque con la patrulla (totalmente casual, pues veinte segundos antes o veinte segundos después, no habría estado en ese punto), dio tiempo a que se movilizara el campamento, que de otro modo habría caído en nuestras manos sin disparar un tiro, pues ya la posta estaba en nuestro poder. Por otra parte, salvo los fusiles calibre 22, que estaban bien provistos, el parque de nuestro lado era escasísimo. De haber tenido nosotros granadas de mano, no hubieran podido resistir quince minutos.

Cuando me convencí de que todos los esfuerzos eran ya inútiles para tomar la fortaleza, comencé a retirar nuestros hombres en grupos de ocho y de diez. La retirada fue protegida por seis francotiradores que, al mando de Pedro Miret y de Fidel Labrador, le bloquearon heroicamente el paso al Ejército. Nuestras pérdidas en la lucha habían sido insignificantes; el 95 por ciento de nuestros muertos fueron producto de la crueldad y la inhumanidad cuando aquella hubo cesado. El grupo del Hospital Civil no tuvo más que una baja; el resto fue copado al situarse las tropas frente a la única salida del edificio, y solo depusieron las armas cuando no les quedaba una bala. Con ellos estaba Abel Santamaría, el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa resistencia lo inmortaliza ante la Historia de Cuba. Ya veremos la suerte que corrieron y cómo quiso escarmentar Batista la rebeldía y heroísmo de nuestra juventud.

Nuestros planes eran proseguir la lucha en las montañas caso de fracasar el ataque al regimiento. Pude reunir otra vez, en Siboney, la tercera parte de nuestras fuerzas; pero ya muchos estaban desalentados. Unos veinte decidieron presentarse; ya veremos también lo que ocurrió con ellos. El resto, 18 hombres, con las armas y el parque que quedaban, me siguieron a las montañas. El terreno era totalmente desconocido para nosotros. Durante una semana ocupamos la parte alta de la cordillera de la Gran Piedra y el Ejército ocupó la base. Ni nosotros podíamos bajar ni ellos se decidieron a subir. No fueron, pues, las armas, fueron el hambre y la sed quienes vencieron la última resistencia. Tuve que ir distribuyendo los hombres en pequeños grupos; algunos consiguieron filtrarse entre las líneas del Ejército, otros fueron presentados por monseñor Pérez Serantes. Cuando solo quedaban conmigo dos compañeros: José Suárez y

Oscar Alcalde, totalmente extenuados los tres, al amanecer del sábado 1ro. de agosto, una fuerza al mando del teniente Sarría, nos sorprendió durmiendo. Ya la matanza de prisioneros había cesado por la tremenda reacción que provocó en la ciudadanía, y este oficial, hombre de honor, impidió que algunos matones nos asesinasen en pleno campo con las manos atadas.

No necesito desmentir aquí las estúpidas sandeces que, para mancillar mi nombre, inventaron los Ugalde Carrillo y comparsa, creyendo encubrir su cobardía, su incapacidad y sus crímenes. Los hechos están sobradamente claros.

Mi propósito no es entretener al tribunal con narraciones épicas. Todo cuanto he dicho es necesario para la comprensión más exacta de lo que diré después.

Quiero hacer constar dos cosas importantes para que se juzgue serenamente nuestra actitud. Primero: pudimos haber facilitado la toma del regimiento deteniendo simplemente a todos los altos oficiales en sus residencias, posibilidad que fue rechazada, por la consideración muy humana de evitar escenas de tragedia y de lucha en las casas de las familias. Segundo: se acordó no tomar ninguna estación de radio hasta tanto no se tuviese asegurado el campamento. Esta actitud nuestra, pocas veces vista por su gallardía y grandeza, le ahorró a la ciudadanía un río de sangre. Yo pude haber ocupado, con solo diez hombres, una estación de radio y haber lanzado al pueblo a la lucha. De su ánimo no era posible dudar; tenía el último discurso de Eduardo Chibás en la CMQ grabado con sus propias palabras, y poemas patrióticos e himnos de guerra capaces de estremecer al más indiferente, con mayor razón cuando se está escuchando el fragor del combate, y no quise hacer uso de ello, a pesar de lo desesperado de nuestra situación.

[...]

El señor fiscal estaba muy interesado en conocer nuestras posibilidades de éxito. Esas posibilidades se basaban en razones de orden técnico y militar y de orden social. Se ha querido establecer el mito de las armas modernas como supuesto de toda imposibilidad de lucha abierta y frontal del pueblo contra la tiranía. Los desfiles militares y las exhibiciones aparatosas de equipos bélicos, tienen por objeto fomentar este mito y crear en la ciudadanía un complejo de absoluta impotencia. Ningún arma, ninguna fuerza es capaz de vencer a un pueblo que se decide a luchar por sus derechos. Los ejemplos históricos pasados y presentes son incontables. Está bien reciente el caso de Bolivia, donde los mineros, con cartuchos de dinamita, derrotaron y aplastaron a los regimientos del ejército regular. Pero los cubanos, por suerte no tenemos que buscar ejemplo en otro país, porque ninguno tan elocuente y hermoso como el de nuestra propia Patria. Durante la guerra del 95 había en Cuba cerca de medio millón de soldados españoles sobre las armas, cantidad infinitamente superior a la que podía oponer la dictadura frente a una población cinco veces mayor. Las armas del ejército español eran sin comparación más modernas y poderosas que las de los mambises; estaba equipado muchas veces con artillería de campaña, y su infantería usaba el fusil de retrocarga similar al que usa todavía la infantería moderna. Los cubanos no disponían por lo general de otra arma que los machetes porque sus cartucheras estaban casi siempre vacías. Hay un pasaje inolvidable de nuestra guerra de independencia narrado por el general Miró Argenter, jefe del Estado Mayor de Antonio Maceo, que pude traer copiado en esta noticia para no abusar de la memoria.

La gente bisoña que mandaba Pedro Delgado, en su mayor parte provista solamente de machete, fue diezmada al echarse encima de los soldados españoles, de tal manera, que no es exagerado afirmar que de 50 hombres, cayeron la mitad. Atacaron a los españoles con los puños ¡sin pistolas, sin machetes y sin cuchillos! Escudriñando las malezas del Río Hondo, se encontraron quince muertos más del partido cubano, sin que de momento pudiera señalarse a qué cuerpo pertenecían. No presentaban ningún vestigio de haber empuñado arma; el vestuario estaba completo y pendiente de la cintura no tenían más que el vaso de lata; a dos pasos de allí el caballo exánime con el equipo intacto. Se reconstruyó el pasaje culminante de la tragedia: esos hombres siguiendo a su esforzado jefe, el teniente coronel Pedro Delgado habían obtenido la palma del heroísmo; se arrojaron sobre las bayonetas con las manos solas; el ruido del metal, que sonaba en torno a ellos, era el golpe del vaso de beber al dar contra el muñón de la montura. Maceo se sintió conmovido, él, tan acostumbrado a ver la muerte en todas las posiciones y aspectos, murmuró este panegírico: «¡Yo nunca había visto eso, la gente novicia que ataca inerme a los españoles, con el vaso de beber agua por todo utensilio. Y yo le daba el nombre de impedimenta!»...

¡Así luchan los pueblos cuando quieren conquistar su libertad, les tiran piedras a los aviones y viran los tanques boca arriba!

Una vez en poder nuestro la ciudad de Santiago de Cuba, hubiéramos puesto a los orientales inmediatamente en pie de guerra. A Bayamo se atacó precisamente para situar nuestras avanzadas junto al río Cauto. No se olvide nunca que esta provincia que hoy tiene millón y medio de habitantes es sin duda la más guerrera y patriótica de Cuba; fue ella la que mantuvo encendida la lucha por la independencia durante treinta años

y le dio el mayor tributo de sangre, sacrificio y heroísmo. En Oriente se respira todavía el aire de la epopeya gloriosa, y, al amanecer, cuando los gallos cantan como clarines que tocan diana llamando a los soldados y el sol se eleva radiante sobre las empinadas montañas, cada día parece que va a ser otra vez el de Yara o el de Baire.

[...]

Conozco muchos detalles de la forma en que se realizaron esos crímenes por boca de algunos militares que llenos de vergüenza me refirieron las escenas de que habían sido testigos.

Terminado el combate se lanzaron como fieras enfurecidas sobre la ciudad de Santiago de Cuba y contra la población indefensa saciaron las primeras iras. En plena calle y muy lejos del lugar donde fue la lucha le atravesaron el pecho de un balazo a un niño inocente que jugaba junto a la puerta de su casa, y cuando el padre se acercó para recogerlo, le atravesaron la frente con otro balazo.

El «Niño» Cala, que iba para su casa con un cartucho de pan en las manos lo balacearon sin mediar palabra. Sería interminable referir los crímenes y atropellos que se cometieron contra la población civil. Y si de esta forma actuaron con los que no habían participado en la acción, ya puede suponerse la horrible suerte que corrieron los prisioneros participantes o que ellos creían habían participado: porque así como en esta causa involucraron a muchas personas ajenas por completo a los hechos, así también mataron a muchos de los prisioneros detenidos que no tenían nada que ver con el ataque; estos no están incluidos en las cifras de víctimas que han dado, las cuales se refieren exclusivamente a los hombres nuestros. Algún día se sabrá el número total de inmolados.

El primer prisionero asesinado fue nuestro médico, el doctor Mario Muñoz, que no llevaba armas ni uniforme y vestía su bata de galeno, un hombre generoso y competente que hubiera atendido con la misma devoción tanto al adversario como al amigo herido. En el camino del Hospital Civil al cuartel le dieron un tiro por la espalda y allí lo dejaron tendido boca abajo en un charco de sangre. Pero la matanza en masa de prisioneros no comenzó hasta pasadas las tres de la tarde. Hasta esa hora esperaron órdenes. Llegó entonces de La Habana el general Martín Díaz Tamayo, quien trajo instrucciones concretas salidas de una reunión donde se encontraban Batista, el jefe del Ejército, el jefe del SIM, el propio Díaz Tamayo y otros. Dijo que «era una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto». ¡Esta fue la orden!

En todo grupo humano hay hombres de bajos instintos, criminales natos, bestias portadoras de todos los atavismos ancestrales revestidas de forma humana, monstruos refrenados por la disciplina y el hábito social, pero que si se les da a beber sangre en un río no cesarán hasta que lo hayan secado. Lo que estos hombres necesitaban precisamente era esa orden. En sus manos pereció lo mejor de Cuba: lo más valiente, lo más honrado, lo más idealista. El tirano los llamó mercenarios, y allí estaban ellos muriendo como héroes en manos de hombres que cobran un sueldo a la República y que con las armas que ella les entregó para que la defendieran sirven los intereses de una pandilla y asesinan a los mejores ciudadanos.

En medio de las torturas les ofrecían la vida si traicionando su posición ideológica se prestaban a declarar falsamente que Prío les había dado el dinero, y como ellos rechazaban indigna-

dos la proposición, continuaban torturándolos horriblemente. Les trituraron los testículos y les arrancaron los ojos, pero ninguno claudicó, ni se oyó un lamento ni una súplica; aun cuando les habían privado de sus órganos viriles, seguían siendo mil veces más hombres que todos sus verdugos juntos. Las fotografías no mienten y esos cadáveres aparecen destrozados. Ensayaron otros medios; no podían con el valor de los hombres y probaron el valor de las mujeres. Con un ojo humano ensangrentado en las manos se presentaron un sargento y varios hombres en el calabozo donde se encontraban las compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría, y dirigiéndose a la última, mostrándole el ojo, le dijeron: «este es de tu hermano, si tú no dices lo que él no quiso decir, le arrancaremos el otro». Ella, que quería a su valiente hermano por encima de todas las cosas, les contestó llena de dignidad: «si ustedes le arrancaron un ojo y él no lo dijo, mucho menos lo diré yo». Más tarde volvieron y las quemaron en los brazos con colillas encendidas, hasta que por último, llenos de despecho, le dijeron nuevamente a la joven Haydée Santamaría: «ya no tienes novio porque te lo hemos matado también». Y ella le contestó imperturbable otra vez: «él no está muerto porque morir por la patria es vivir». Nunca fue puesto en un lugar tan alto de heroísmo y dignidad el nombre de la mujer cubana.

No respetaron ni siquiera a los heridos en el combate que estaban recluidos en distintos hospitales de la ciudad, a donde los fueron a buscar como buitres que siguen la presa. En el Centro Gallego penetraron hasta el salón de operaciones en el instante mismo que recibían transfusión de sangre dos heridos graves; los arrancaron de las mesas, y como no podían estar en pie, los llevaron arrastrando hasta la planta baja donde llegaron cadáveres.

No pudieron hacer lo mismo en la Colonia Española donde estaban reclusos los compañeros Gustavo Arcos y José Ponce, porque se los impidió valientemente el doctor Posada diciéndoles que tendrían que pasar por sobre su cadáver.

A Pedro Miret, Abelardo Crespo y Fidel Labrador, les inyectaron aire y alcanfor en las venas para matarlos en el Hospital Militar. Deben sus vidas al capitán Tamayo, médico del Ejército y verdadero militar de honor que a punta de pistola se los arrebató a los verdugos y los trasladó al Hospital Civil. Estos cinco jóvenes fueron los únicos heridos que pudieron sobrevivir.

Por las madrugadas eran sacados del campamento grupos de hombres y trasladados en automóviles a Siboney, La Maya, Songo y otros lugares, donde se les bajaba atados y amordazados ya deformados por las torturas, para matarlos en parajes solitarios. Después los hacían constar como muertos en combate con el Ejército. Esto lo hicieron durante varios días y muy pocos prisioneros de los que iban siendo detenidos sobrevivieron. A muchos los obligaban antes a cavar su propia sepultura. Uno de los jóvenes cuando realizaba aquella operación se volvió y marcó en el rostro con la pica a uno de los asesinos. Otros, inclusive, los enterraron vivos con las manos atadas a la espalda. Muchos lugares solitarios sirven de cementerio a los valientes. Solamente en el campo de tiro del Ejército hay cinco enterrados. Algún día serán desenterrados y llevados en hombros del pueblo hasta el monumento que junto a la tumba de Martí, la Patria libre habrá de levantarle a los «Mártires del Centenario».

El último joven que asesinaron en la zona de Santiago de Cuba fue Marcos Martí. Lo habían detenido en una cueva de Siboney el jueves 30 por la mañana junto con el compañero Ciro Redondo. Cuando los llevaban caminando por la carretera

con los brazos en alto le dispararon al primero un tiro por la espalda y ya en el suelo lo remataron con varias descargas más. Al segundo lo condujeron hasta el campamento; cuando lo vio el comandante Pérez Chaumont exclamó: «¡Y a este para qué me lo han traído!». El tribunal pudo escuchar la narración del hecho por la boca de este joven que sobrevivió gracias a lo que Pérez Chaumont llamó «una estupidez de los soldados».

La consigna era general en toda la provincia. Diez días después del 26, un periódico de esta ciudad publicó la noticia de que, en la carretera de Manzanillo a Bayamo, habían aparecido dos jóvenes ahorcados. Más tarde se supo que eran los cadáveres de Hugo Camejo y Pedro Vélez. Allí también ocurrió algo extraordinario: las víctimas eran tres; los habían sacado del cuartel de Manzanillo a las 2 de la madrugada; en un punto de la carretera los bajaron y después de golpearlos hasta hacerles perder el sentido, los estrangularon con una soga. Pero cuando ya los habían dejado por muertos, uno de ellos, Andrés García, recobró el sentido, buscó refugio en casa de un campesino y gracias a ello también, el tribunal pudo conocer con todo lujo de detalles el crimen. Este joven fue el único sobreviviente de todos los prisioneros que se hicieron en la zona de Bayamo.

Cerca del Río Cauto, en un lugar conocido por Barrancas, yacen en el fondo de un pozo ciego los cadáveres de Raúl de Aguiar, Armando del Valle y Andrés Valdés, asesinados a media noche en el camino de Alto Cedro a Palma Soriano, por el sargento Montes de Oca, jefe de puesto del cuartel de Miranda, el cabo Maceo y el teniente jefe de Alto Cedro donde aquellos fueron detenidos.

En los anales del crimen merece mención de honor el sargento Eulalio González, del cuartel Moncada, apodado «El Tigre». Este hombre no tenía después el menor empacho para

jactarse de sus tristes hazañas. Fue él quien con sus propias manos asesinó a nuestro compañero Abel Santamaría. Pero no estaba satisfecho. Un día en que volvía de la prisión de Boniato en cuyos patios sostiene una cría de gallos finos, montó el mismo ómnibus donde viajaba la madre de Abel. Cuando aquel monstruo comprendió de quién se trataba comenzó a referir en voz alta sus proezas y dijo bien alto que lo oyera la señora vestida de luto: «Pues yo sí saqué muchos ojos y pienso seguirlos sacando». Los sollozos de aquella madre ante la afrenta cobarde que le infería el propio asesino de su hijo, expresan mejor que ninguna palabra el oprobio moral sin precedentes que está sufriendo nuestra Patria. A esas mismas madres cuando iban al cuartel Moncada preguntando por sus hijos, con cinismo inaudito les contestaban: «¡Cómo no, señora!; vaya a verlo al hotel Santa Ifigenia donde se lo hemos hospedado». ¡O Cuba no es Cuba, o los responsables de estos hechos tendrán que sufrir un escarmiento terrible! Hombres desalmados que insultaban groseramente al pueblo cuando se quitaban los sombreros al paso de los cadáveres de los revolucionarios.

Tantas fueron las víctimas que todavía el gobierno no se ha atrevido a dar las listas completas; saben que las cifras no guardan proporción alguna. Ellos tienen los nombres de todos los muertos porque antes de asesinar a los prisioneros les tomaban las generales. Todo ese largo trámite de identificación a través del Gabinete Nacional fue pura pantomima; y hay familias que no saben todavía la suerte de sus hijos. ¿Si ya han pasado casi tres meses, por qué no se dice la última palabra?

Quiero hacer constar que a los cadáveres se les registraron los bolsillos buscando hasta el último centavo y se les despojó de las prendas personales, anillos y relojes, que hoy están usando descaradamente los asesinos.

Gran parte de lo que acabo de referir ya lo sabíais vosotros, señores Magistrados, por las declaraciones de mis compañeros. Pero véase cómo no han permitido venir a este juicio muchos testigos comprometedores y que en cambio asistieron a las sesiones del otro juicio. Faltaron por ejemplo todas las enfermeras del Hospital Civil, pese a que están aquí al lado nuestro, trabajando en el mismo edificio donde se celebra esta sesión; no las dejaron comparecer para que no pudieran afirmar ante el tribunal contestando a mis preguntas, que aquí fueron detenidos veinte hombres vivos, además del doctor Mario Muñoz. Ellos temían que del interrogatorio a los testigos yo pudiese hacer deducir por escrito testimonios muy peligrosos.

Pero vino el comandante Pérez Chaumont y no pudo escapar. Lo que ocurrió con este héroe de batallas contra hombres sin armas y maniatados, da idea de lo que hubiera pasado en el Palacio de Justicia si no me hubiesen secuestrado del proceso. Le pregunté cuántos hombres nuestros habían muerto en sus célebres combates de Siboney. Titubeó. Le insistí, y me dijo por fin que 21. Como yo sé que esos combates no ocurrieron nunca, le pregunté cuántos heridos habíamos tenido. Me contestó que ninguno: todos eran muertos. Por eso, asombrado, le repuse que si el Ejército estaba usando armas atómicas. Claro que donde hay asesinados a boca de jarro no hay heridos. Le pregunté después cuántas bajas había tenido el Ejército. Me contestó que dos heridos. Le pregunté por último que si alguno de esos heridos había muerto, y me dijo que no. Esperé. Desfilaron más tarde todos los heridos del Ejército y resultó que ninguno lo había sido en Siboney. Ese mismo comandante Pérez Chaumont que apenas se ruborizaba de haber asesinado 21 jóvenes indefensos ha construido en la playa de Ciudadamar un palacio que vale más de cien mil pesos. Sus ahorritos en solo unos

meses de marzato. ¡Y si eso ha ahorrado el comandante, cuánto habrán ahorrado los generales!

[...]

Creo haber justificado suficientemente mi punto de vista: son más razones que las que esgrimió el señor fiscal para pedir que se me condene a 26 años de cárcel; todas asisten a los hombres que luchan por la libertad y la felicidad de un pueblo, ninguna a los que lo oprimen, envilecen y saquean despiadadamente; por eso yo he tenido que exponer muchas y él no pudo exponer una sola. ¿Cómo justificar la presencia de Batista en el poder, al que llegó contra la voluntad del pueblo y violando por la traición y por la fuerza las leyes de la República? ¿Cómo calificar de legítimo un régimen de sangre, opresión e ignominia? ¿Cómo llamar revolucionario un gobierno donde se han conjugado los hombres, las ideas y los métodos más retrógrados de la vida pública? ¿Cómo considerar jurídicamente válida la alta traición de un tribunal cuya misión era defender nuestra Constitución? ¿Con qué derecho enviar a la cárcel a ciudadanos que vinieron a dar por el decoro de su Patria su sangre y su vida? ¡Eso es monstruoso ante los ojos de la nación y los principios de la verdadera justicia!

Pero hay una razón que nos asiste más poderosa que todas las demás: somos cubanos, y ser cubano implica un deber, no cumplirlo es crimen y es traición. Vivimos orgullosos de la historia de nuestra Patria; la aprendimos en la escuela y hemos crecido oyendo hablar de libertad, de justicia y de derechos. Se nos enseñó a venerar desde temprano el ejemplo glorioso de nuestros héroes y de nuestros mártires. Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez y Martí fueron los primeros nombres que se grabaron en nuestro cerebro; se nos enseñó que el Titán había dicho que la libertad no se mendiga sino que se conquista con

el filo del machete; se nos enseñó que para la educación de los ciudadanos en la Patria libre, escribió el Apóstol en su libro *La Edad de Oro*:

Un hombre que se conforma con obedecer leyes injustas, y permite que le pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado... En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que le roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana...

Se nos enseñó que el 10 de Octubre y el 24 de Febrero son efemérides gloriosas y de regocijo patrio porque marcan los días en que los cubanos se rebelaron contra el yugo de la infame tiranía; se nos enseñó a querer y defender la hermosa bandera de la estrella solitaria y a cantar todas las tardes un himno cuyos versos dicen que vivir en cadenas es vivir en oprobios y afrentas sumidos, y que morir por la Patria es vivir. Todo eso aprendimos y no lo olvidaremos aunque hoy en nuestra Patria se está asesinando y encarcelando a los hombres por practicar las ideas que les enseñaron desde la cuna. Nacimos en un país libre que nos legaron nuestros padres, y primero se hundirá la Isla en el mar antes que consintamos en ser esclavos de nadie.

Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta! Pero vive, no ha muerto, su pueblo es rebelde, su pueblo es digno, su pueblo es fiel a su recuerdo; hay cubanos que han caído defendiendo sus doctrinas, hay jóvenes que en magnífico

desagravio vinieron a morir junto a su tumba, a darle su sangre y su vida para que él siga viviendo en el alma de la Patria. ¡Cuba, qué sería de ti si hubieras dejado morir a tu Apóstol!

Termino mi defensa, pero no lo haré como hacen siempre todos los letrados, pidiendo la libertad del defendido; no puedo pedirla cuando mis compañeros están sufriendo ya en Isla de Pinos ignominiosa prisión. Enviadme junto a ellos a compartir su suerte, es concebible que los hombres honrados estén muertos o presos en una República donde está de presidente un criminal y un ladrón.

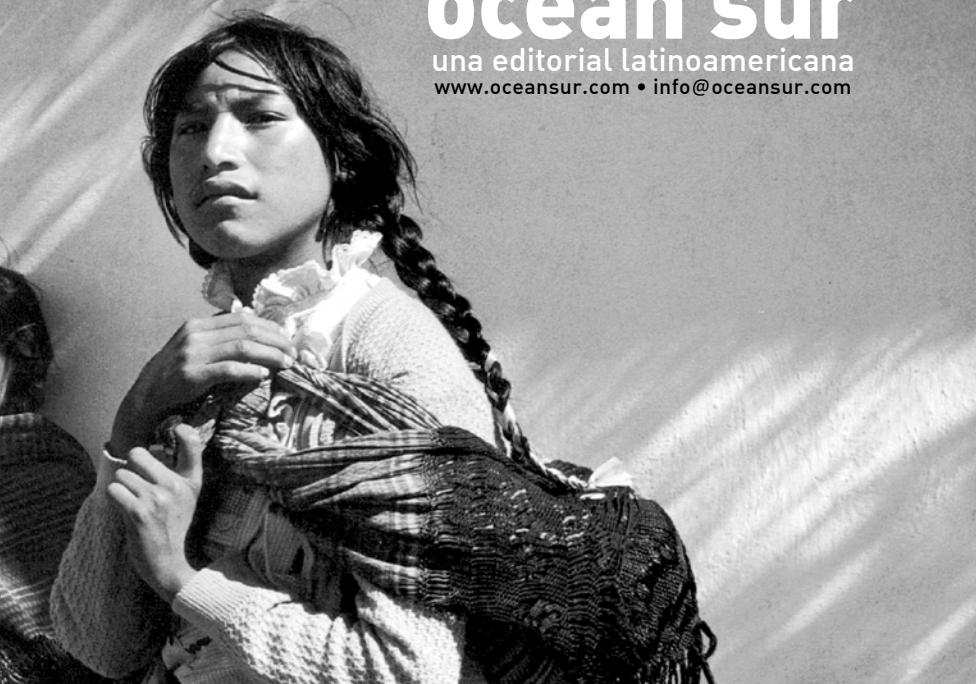
A los señores magistrados, mi sincera gratitud por haberme permitido expresarme libremente, sin mezquinas coacciones; no os guardo rencor, reconozco que en ciertos aspectos habéis sido humanos y sé que el presidente de este tribunal, hombre de limpia vida, no puede disimular su repugnancia por el estado de cosas reinantes que lo obliga a dictar un fallo injusto. Queda todavía a la Audiencia un problema más grave: ahí están las causas iniciadas por los setenta asesinatos, es decir, la mayor masacre que hemos conocido; los culpables siguen libres con un arma en la mano que es amenaza perenne para la vida de los ciudadanos; si no cae sobre ellos todo el peso de la ley, por cobardía o porque se lo impidan y no renuncian en pleno todos los magistrados, me apiado de vuestras honras y compadezco la mancha sin precedentes que caerá sobre el Poder Judicial.

En cuanto a mí, sé que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruín y cobarde ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. Condenadme, no importa, la historia me absolverá.

ocean sur

una editorial latinoamericana

www.oceansur.com • info@oceansur.com



Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

26 DE JULIO

EL ASALTO QUE INCENDIÓ LAS NUBES

Las revoluciones nunca son obra de la cordura. Los testimonios aquí compilados dan cuenta de una generación que destrozó todos los cálculos y dinamitó todas las lógicas de lo que parecía posible [...], y a golpe de entrega y valor fundó un nuevo tiempo en la lucha por la liberación de los seres humanos. En el espíritu de ese ejemplo, transgresor y rebelde, está su principal legado para los revolucionarios de hoy.

—Frank Josué Solar Cabrales

La editorial Ocean Sur, como homenaje al 70 aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, ha reunido las voces de algunos participantes de aquella acción que marcó el camino a seguir para lograr la independencia definitiva. Fragmentos de entrevistas, discursos y relatos han sido reunidos en este volumen para conmemorar tan significativa fecha.



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au

ISBN 978-1-923074-02-6